



LA AMANTE PERDIDA
DEL *L*EQUE

DIANA FRASER

LA AMANTE PERDIDA DEL JEQUE

REYES DEL DESIERTO
LIBRO TRES

DIANA FRASER

**La amante perdida del jeque
por Diana Fraser**

2012 Diana Fraser
<https://dianafraser.com>

Una historia de amor que no debe durar... Cuando Lucy se enamora del Rey de Sitra, quiere huir. Pero no puede. Él es su única pista sobre su hermana desaparecida.

Razeen está decidido a cumplir con su deber como Rey, aunque eso signifique un matrimonio concertado. Pero tiene dos semanas antes de tener que elegir esposa. Dos semanas para tener una aventura con Lucy. ¿Qué podría salir mal?

-Reyes del Desierto-

Se busca: Una esposa para el jeque
La novia de ganga del jeque
La amante perdida del jeque
Despertada por el jeque
Reclamada por el jeque
Se busca: Un bebé para el jeque

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor y se utilizan de forma ficticia. Cualquier parecido con hechos, lugares o personas reales, vivas o muertas, es casual. Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida en forma alguna ni por ningún medio, ni almacenada en una base de datos o sistema de recuperación de datos, salvo en los casos permitidos por la Ley de Propiedad Intelectual de EE.UU. de 1976, sin permiso previo del autor.

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Epílogo](#)

[Postfacio](#)

[Despertada por el jeque](#)

[Otras Obras de Diana Fraser](#)

El rey Razeen ibn Shad miró a través de las tranquilas aguas de la bahía, plateadas bajo la luz de la brillante luna, y observó a su viejo amigo subir a bordo del yate. Había sido una buena noche: cena y conversación con alguien que no era su empleado ni su súbdito, alguien que no quería nada de él. Las risas y los recuerdos compartidos hicieron que la soledad posterior fuera aún más difícil de soportar. Pero no tenía elección. Su país era lo primero.

Estaba a punto de darse la vuelta cuando un destello blanco en las tranquilas aguas llamó su atención. Entrecerró los ojos y vio a un nadador: los brazos cortando el mar en una elegante acción diseñada para moverse rápido por el agua, diseñada para no perturbar la tranquila superficie, diseñada para no ser visto. Y habría funcionado si no hubiera estado observando tan de cerca.

Se acercó a la sombra de las palmeras que bordeaban la playa y observó el tenue movimiento del agua. La playa estaba prohibida hasta que terminara el estudio científico del arrecife de coral que estaba realizando su amigo. Hasta entonces, nadie tenía permiso para estar aquí. La última vez que habían tenido intrusos, habían perdido parte del coral para siempre. Se aseguraría de que no volviera a ocurrir.

LUCY SALIÓ del mar sobre la arena aún caliente, se escurrió el agua de su larga melena y caminó playa arriba. Después de un día preparando la comida bajo cubierta, necesitaba un baño, ¡y qué baño! El agua estaba tan caliente como el aire que ahora acariciaba su cuerpo. Respiró profundamente su fragancia y miró a su alrededor.

La playa era una perfecta media luna de arena blanca bajo las palmeras. A un lado de la pequeña bahía, un promontorio rocoso se adentraba en el agua, marcando el comienzo del arrecife de coral que los científicos del barco habían venido a estudiar.

Había viajado por todo el mundo, pero ningún lugar se acercaba a la perfección de este paraje virgen. La arena blanca era casi luminosa bajo la luz de las estrellas y los tres cuartos de luna. La playa estaba vacía: sin luces, sin gente y sin más sonidos que el lejano ulular de un búho y el seductor chapoteo y arrastre de las olas. Estaba completamente sola. La única señal de habitación era una mansión baja en una bahía vecina y el yate, que se balanceaba perezosamente cerca del arrecife.

Perfecto. O lo habría sido si no hubiera tenido que poner en marcha su plan al día siguiente.

Se sentó y retorció las piernas contra la arena: disfrutando de la sensación de libertad,

saboreando la sensual fricción de la arena seca contra su cuerpo mojado, deseando que su mente olvidara, por un momento, cuál era su verdadero propósito al aceptar el trabajo que la había traído a Sitra.

De repente, se detuvo y una punzada de alarma le recorrió la espalda. Se dio la vuelta y escrutó las sombras, con los oídos aguzados para oír lo que fuera que la había perturbado. Tardó un segundo en verle.

Se alejó de los árboles oscuros, su camisa blanca y sus pantalones pálidos brillaban suavemente en la penumbra. El miedo helado le recorrió el cuerpo, se puso en pie y giró sobre sí misma.

"¿Qué hacéis aquí? Esta playa está prohibida". La voz profunda y potente del desconocido llenó el silencio de la noche.

Retrocedió hacia el mar, con el cuerpo tenso, dispuesta a correr. No podía ver sus rasgos: su rostro estaba en la sombra y su pelo oscuro se fundía con los árboles a sus espaldas. No podía huir de él; estaba más cerca de ella que ella del mar. Respiró hondo, dispuesta a calmarse, obligándose a pensar.

"Sé que está fuera de los límites. Entonces, ¿qué demonios *estás* haciendo aquí?"

"Responde a mi pregunta". Era una orden de alguien acostumbrado a obedecer.

Lucy se tragó la primera réplica airada que le vino a la mente. Estaba sola con un hombre mucho más alto y ancho que ella. De algún modo, no creía que sus movimientos de autodefensa tuvieran ningún efecto sobre él. "Estoy con el barco de allí. El rey nos ha contratado para trabajar en el arrecife. Me apetecía un baño".

"Ya veo". Hizo una pausa. "En ese caso, supongo que puedo confiar en que no molestará al coral". Su voz había perdido su tono enfadado, pero no era menos autoritaria.

Exhaló un suspiro que no sabía que estaba conteniendo. "Sí, por supuesto."

Esperó a que dijera algo más, pero no lo hizo. Dio otro paso atrás, consciente de repente de que no llevaba más que un bikini endeble, de que no tenía teléfono ni nada para protegerse, salvo a sí misma.

"Puedes quedarte si lo deseas".

"No, ya me iba". La luna había subido un poco por encima de las palmeras, arrojando luz sobre el desconocido. Era llamativo, con un cuerpo tan poderoso como su voz.

"Deberías venir de día, entonces apreciarías mejor la belleza de la bahía".

"Estaré trabajando."

"Alex obviamente te mantiene ocupado en El Explorador".

"¿Le conoces?"

"Es un viejo amigo. Le estaba viendo volver al barco cuando te vi". Hizo una pausa. "Es una pena que no tengas la oportunidad de ver la belleza de la playa de día. Pero aquí hay cosas que se ven mejor de noche. La bahía guarda secretos".

"Estoy aquí por trabajo, no por placer". Pero, con sólo mirarlo, "placer" era todo en lo que ella podía pensar.

Una lenta sonrisa se dibujó en su rostro, como si pudiera leer sus pensamientos.

"Vergüenza". Si lo desea, puedo mostrarle uno de los tesoros ocultos de la bahía. Sólo lo conocen unos pocos".

"Pero no te conozco".

"¿Y no sabes si puedes confiar en mí? Muy sabio. Soy, después de todo, un extraño para ti. Sin embargo, no soy un extraño para tu capitán. Fuimos juntos a la universidad".

"¿Cuál?"

Sonrió. "Tienes razón en sospechar. Estuvimos en Oxford. Estudió Biología Marina, pero gana dinero con la empresa familiar: la banca. Nació en Nueva Zelanda, pero se trasladó al Reino Unido de niño. Nos conocimos en Eton. Estuvo brevemente casado con Amber. Fui padrino en su boda. Espero que algún día vuelvan a reunirse". Hizo una pausa. "¿Es suficiente para convencerte de que digo la verdad?"

"Eso es más información de la *que* sé sobre él. Sólo me uní al barco hace unas semanas".

"Él responderá por mi respetabilidad". Sacó su móvil. "¿Desea telefonearle?"

Desde luego que no. Tendría que pagar un infierno por culpa de un capitán controlador que insistía en que todo el mundo hiciera lo que él decía las 24 horas del día. Los baños ilícitos a medianoche definitivamente no estaban en la lista.

"Vale. Me lo creo".

"Bien. Me llamo Razeen". Dio un paso adelante y ella pudo verle con más claridad.

"¿Razeen?" Frunció el ceño. "He oído ese nombre antes. ¿Es común?"

"En Sitra lo es".

"Pero fuiste a la universidad en Inglaterra; suenas inglés".

"Me eduqué en Inglaterra desde muy joven, pero también soy una orgullosa sitrana".

"No me sorprende. Es un país precioso".

"¿Has visto mucho hasta ahora?"

"No, no está orientado exactamente a los turistas. Pero Alex me ha preparado algo en la capital, así que espero ver más entonces".

Hizo una breve pausa. "Bien."

"Me llamo Lucy. Lucy Gee".

Dio un paso adelante y extendió la mano. La mano de él se deslizó por la palma de la suya y se enroscó alrededor de la suya, cálida y fuerte, apretándola con una sensualidad que hizo que oleadas de calor recorrieran su cuerpo. Su tacto tenía un poder al que ella no podía resistirse. Se balanceó imperceptiblemente más cerca de él y sus dedos se enroscaron alrededor de los de él en respuesta. Sus manos eran como dos cerillas encendidas que se fundían, incapaces de separarse. Simplemente encajaban. Se preguntó si él sentiría lo mismo mientras seguía cogiéndole la mano unos segundos más de lo debido. Luego retiró la mano, se apartó y miró al otro lado de la bahía. Quizá se había equivocado.

"Entonces, ¿te gustaría ver el secreto de la bahía?"

Arrastró los pies. "Probablemente debería volver".

"Por supuesto, la decisión es totalmente tuya. Yo también debería volver".

Esperó su respuesta. Debería irse, pero no quería. No era sólo que hubiera algo convincente en ese hombre lo que la hacía querer quedarse, era más bien que sentía que, a un nivel instintivo, podía confiar en él. Llevaba ocho años viajando sin parar y a menudo se había encontrado en situaciones en las que tenía que tomar decisiones instantáneas. Sus instintos no le habían fallado durante ese tiempo. Además, ahora *quería* confiar en ellos. Respiró hondo.

"De acuerdo. ¿Me lo enseñas?"

Otra vez la sonrisa. "Por aquí, Srta. Gee. Había algo en su formalidad, en la forma en que la cálida brisa le alborotaba el pelo y su camisa ondeaba ligeramente, que la estimulaba con más eficacia que cualquier coqueteo manifiesto. Se estremeció cuando una resbaladiza oleada de atracción se filtró por su cuerpo antes de asentarse en sus entrañas. Su sonrisa se transformó en un ceño fruncido. "¿Tienes frío?"

"No, estoy bien."

"Entonces ven, te mostraré el tesoro escondido de la bahía".

Mientras caminaban, uno al lado del otro a lo largo de la orilla, con el mar que se alejaba y se alejaba de ellos con un suspiro, y las palmeras que repiqueteaban suavemente con el suave viento, Lucy intentó desesperadamente pensar en algo que decir. Respiró hondo y se volvió hacia él, pero las palabras se evaporaron ante sus anchos hombros y su mirada oscura. Volvió a mirar al frente, hacia el promontorio.

"¿No tienes curiosidad por saber adónde vamos?"

"Curiosa" no era suficiente para describir cómo se sentía. Se concentró en calmar su acelerado corazón. "Por supuesto. En algún lugar delante de nosotros, supongo".

"Adivinaste bien". Señaló delante de ellos. "¿Ves donde el promontorio termina en un montón de rocas? Entre ellas hay una pequeña cala de arena, está ahí".

"¿Qué hay ahí?"

Atrapó su mirada y su sonrisa irradió un calor que envolvió todo su cuerpo. "No debes impacientarte. Todo se revelará en breve. Pero ya hay pistas: estás pisando una".

"Umm, un misterio. Bueno, la arena es definitivamente más caliente aquí. Así que..."

"Ya verás".

Se detuvo de repente y Lucy escrutó la pared del acantilado, que desde la distancia parecía sólida. Sólo cuando se situó justo delante pudo ver que unas rocas muy salientes sobresalían de una zona empotrada. A medida que se acercaban a la hendidura, un giro en las rocas revelaba una oscuridad no iluminada por las estrellas ni por la luna. Miró a Razeen, repentinamente insegura.

Se detuvo en la entrada, como si percibiera su inquietud. "Es más bonito de noche, pero puedes volver de día si lo prefieres".

En la cabeza de Lucy se desató una breve discusión. Sabía que no debía entrar en las cuevas de noche con un desconocido, claro que no. Pero, ¿cuándo había hecho algo correctamente? Sabía cuidarse sola. "Ahora está bien. Quiero verlo en su mejor momento".

"Entonces toma mi mano y te guiaré".

Miró hacia delante. "Está oscuro como boca de lobo."

"Vengo aquí desde que era niño. Lo conozco al dedillo. Créeme".

"Supongo que hay una primera vez para todo". *Incluyendo confiar en alguien.*

Ella le ofreció la mano, él la estrechó y la arrastró tras él, hacia el interior del estrecho pasadizo. Caminaron por un pasadizo que se retorció y giraba a medida que se adentraba en las rocas. El calor aumentaba, al igual que un olor que a Lucy le recordaba a la casa de su infancia en Nueva Zelanda: azufre. Hubo un giro brusco en el camino y el espacio se abrió de repente. Habían llegado.

"Vaya..." Lucy exhaló con asombro mientras giraba en círculo, con la cabeza levantada para absorber la luz pulsante de miles de luciérnagas que se aferraban a las rocas sobre la gran piscina natural. "Es precioso". Fue a dar un paso adelante.

"Cuidado", la agarró del brazo justo cuando su pie resbalaba en las rocas planas que rodeaban la piscina. "Es profunda".

El leve movimiento de sus dedos en el brazo de ella al acariciarla ligeramente antes de retirar la mano, elevó el calor como ninguna fuente termal podría hacerlo.

"Pero llevo puesto el bikini".

Le miró los pechos antes de volver a mirarla. "¿Quieres entrar?"

"Si lo haces."

"Tendría que entrar sin ropa y no estoy seguro de que te sintieras cómodo con eso". Sonrió.
"¿Estoy en lo cierto?"

Cómodo no fue la palabra que inmediatamente acudió a la mente de Lucy. Interesada estaba, intrigada, obligada. Nunca había visto unos ojos como los de él. Eran oscuros, fundidos y cálidos bajo la luz azul del chocolate de la cueva, pensó. Se lamió los labios, casi sintiendo el efecto de él en su lengua. Debería marcharse ya. Debería marcharse, nadar de vuelta al barco. Pero su cuerpo no se movió y los pensamientos se desvanecieron bajo la compulsión de su mirada. Inspiró hondo para tranquilizarse.

"Sí. *Tienes* razón. Vamos a sentarnos un rato. Pronto tendré que volver al barco". Se sentó en la piedra y hundió los pies en el agua tibia. "Las luces de las luciérnagas se están apagando".

Se sentó a su lado y metió las piernas en el agua, ignorando que sus pantalones se estaban mojando. "Porque les molestamos. Debemos hablar en voz baja".

Durante unos instantes, ambos miraron a su alrededor, observando cómo las luces verdeazuladas volvían a cobrar vida. Era un lugar mágico. El vapor se escapaba en zarcillos a través del aire más fresco, hacia arriba y fuera de la cueva y hacia el cielo iluminado por la luna que se alzaba sobre ellos. Movié los pies por el agua, observando cómo la fosforescencia brillaba con cada movimiento.

"La leyenda local dice que un monstruo marino vive aquí". Su voz era un susurro bajo.

"Estoy acostumbrada a los monstruos marinos", susurró. "Los tenemos en Nueva Zelanda. Los maoríes los llaman *taniwha*. Parece que cada cultura tiene algún producto de su imaginación para asustarlos".

"No de la imaginación aquí. Son bastante reales para la gente de mi país".

"Sí, claro."

"Verdaderamente. La leyenda dice que quien vea el *djullinar* se verá obligado a enfrentarse a lo que más teme".

Un escalofrío le recorrió la espalda. No sabía si era resultado de sus palabras o de su cálido aliento contra su mejilla. "¿Qué pasa si no hay nada que temer?"

"Nadie carece totalmente de miedo".

"Yo soy. Nada puede hacerme daño".

"Parece que ya te han hecho mucho daño".

El silencio se prolongó demasiado, pero Lucy no sabía cómo romperlo. Hacía mucho tiempo que nadie le decía algo así. Se esforzaba por parecer invulnerable y la mayoría de las veces lo conseguía. Pero, por alguna razón, aquel hombre vio a través de la resistente fachada que había creado. Tragó saliva con fuerza, tratando de liberarse de la tensión que le había subido a las sienes. Se obligó a abrir los labios para hablar, pero tenía la garganta seca y no se atrevía a confiar en su voz.

"Lo siento, Lucy, no deseo entrometerme. Era sólo una observación, sin duda inexacta. ¿Por qué no pruebas el agua? Estás temblando y el agua te calentará".

A pesar del aire caliente, de repente sintió frío y, contenta por la diversión que él le había proporcionado, se metió en la piscina. Metió las piernas en el agua caliente y se apoyó en las rocas negras hasta que sus pies encontraron un saliente. Luego se sentó en la roca sumergida y se relajó mientras el agua caliente le rodeaba los hombros.

"Dios mío", suspiró. "Esto vale el riesgo de un *taniwha*".

"Tal vez sea un truco del *taniwha* para acercarte a él. Adormecerte con una falsa sensación de

seguridad antes de atacar".

A pesar del calor, volvió a tiritar. "No creo en los monstruos. Tu monstruo es sólo algo que el dueño inventó para mantener a la gente fuera".

"Tan cínico. Y tan valiente. Me pregunto qué te pondría en guardia".

"Supongo que cada uno tiene su propio *taniwha*. Algo que les hace correr. Y el mío no es un monstruo de muchas patas".

"No, me imagino que no. Una mujer joven que se sumerge en un mar extraño en medio de la noche y nada hacia un país extraño, no tendría miedo de tales monstruos. Aquí tenemos tiburones, ¿sabe?".

"Pequeños". Pero no dentro del arrecife, me lo dijo Alex. De todos modos, no me dan miedo. Cuando era joven, antes de que muriera mi madre, solía bucear. Una vez me topé con un tiburón pequeño, se acercó demasiado, así que le di un golpe en la nariz y se fue".

Él se rió y el sonido penetró en su cuerpo, calentándola y provocándola al mismo tiempo.

"Eres una mujer temible, Lucy. Espero que no decidas que soy tu enemigo y me golpees en la nariz".

Sin pensárselo, se dio la vuelta en el agua, alargó la mano y le tocó la nariz. Su respiración se calmó y ella no se movió.

Ella negó con la cabeza. "No, es una nariz demasiado bonita".

Le cogió la mano y se la llevó a los labios. Luego le besó la palma de la mano y a ella se le cortó la respiración.

"Me alegra oírlo. Le tengo mucho cariño a mi nariz".

Le miró la nariz y luego los ojos. De algún modo, se había acercado a él hasta que su cuerpo se apoyó ligeramente en sus piernas. Parecía totalmente natural cuando su otra mano se enroscó alrededor de su mejilla.

"¿De dónde demonios ha salido, señorita Gee?". Su aliento era cálido en su cara, calentándole la piel y filtrándose hacia el interior de su cuerpo.

"Del mar, como tu propio *taniwha*".

"Pero uno debe huir de sus monstruos, no abrazarlos".

"No siempre se hace lo que se debe".

"En efecto". Le apretó la mano contra el pecho y ella sintió que su corazón latía tan deprisa como el suyo. Entonces su mano se deslizó por su pelo mojado y acercó su cara a la de él. Ella cerró los ojos mientras su cuerpo se relajaba contra el suyo. Cuando sus labios rozaron los suyos, no fue ninguna sorpresa, ningún sobresalto, simplemente un calor de familiaridad que se extendía. Era como si su cuerpo llevara toda la vida necesitando, buscando, el contacto de aquel hombre.

Sus labios eran más poderosos, más posesivos sobre los suyos, de lo que ella había imaginado. Era tan correcto y cortés, a pesar de la sensualidad que ella percibía en él, que no había imaginado que capturaría su boca con tanta pericia. Pero lo hizo. Sus labios se aferraron a los suyos, moviéndose contra los suyos y abriéndolos hasta que el lento ardor de su cuerpo se encendió. Jadeó contra su boca y sintió que su respiración se aceleraba.

Lentamente se deslizó en el agua y la estrechó contra él, atrayéndola hasta que sus cuerpos se amoldaron uno contra el otro. Los botones de su camisa se clavaron en sus pechos y su vientre, y el sedoso material se deslizó sobre su piel desnuda. El calor de su cuerpo contra el de ella era más ardiente que las aguas termales. Era como fuego, fuego jugando con fuego.

Lo rodeó con los brazos y exploró sus músculos a través de la camisa mojada, antes de

apartar el material para sentir la textura y el calor de su piel directamente contra la suya. Su mente se sumergió en un paraíso sensorial. Ya no pensaba en quiénes eran ni en lo que hacían allí, sólo sentía. Y era una sensación que quería intensificar. Él gimió y, por un instante, ella apretó las caderas contra las suyas y sintió su dureza, antes de que él se apartara.

"Lucy". Su voz estaba ronca de deseo.

"Umm..." Buscó sus labios de nuevo, sin querer renunciar a esa sensación de plenitud. Las manos de él eran un placer sobre su piel hambrienta. Ella acercó su cara a la de él, sus labios a un beso de los suyos, invitándolo, tentándolo.

"Lucy". Su nombre sonó como una caricia contra su boca. Pero lentamente, él dejó que sus manos cayeran de su espalda hasta que descansaron libremente alrededor de su cintura. Sacudió la cabeza y se apartó hasta que dejó de tocarla.

Ella le miró a los ojos oscuros, unos ojos que reflejaban las múltiples luces de la cueva. "¿Qué pasa? Apenas reconoció la voz baja y ronca como suya.

"Esto no está bien". Sacudió la cabeza. "Mírate. Me estaría aprovechando completamente de ti aquí, sola, vistiendo tan poco".

"Pero..."

Su dedo tocó brevemente sus labios. "No. No está bien."

Poco a poco, el latido de su corazón se calmó y comprendió la verdad de sus palabras. Cerró los ojos con fuerza al pensar en cómo podría haber progresado el beso.

Sacudió la cabeza. "Lo siento, no sé en qué estaba pensando". No se había comportado tan precipitadamente desde que era adolescente, cuando estaba llena de rabia y desesperada por afecto. Nada bueno podía salir de aquello. Lo sabía a ciencia cierta.

"Ninguno de los dos pensaba con claridad. Ahora soy un extraño para ti, pero no pretendo serlo. Te volveré a ver".

"Pareces muy seguro".

"Lo estoy. Te veré de nuevo y retomaremos donde lo dejamos esta noche. Pero aquí, ahora, debemos dejarlo".

Razeen no se parecía a ningún hombre que hubiera conocido antes: tan atento, tan decidido a hacer lo correcto. Lucy frunció el ceño y se volvió insegura.

"¿Seguro que te gusto?"

Otra vez esa risa. "Bastante seguro. Pero ahora no es el momento".

Ella sonrió y sus dedos se dirigieron al pecho de él. "Tienes razón. Gracias".

"No quiero que tengas dudas; no quiero que te arrepientas". Su sonrisa se desvaneció. Sabía que no se arrepentiría, pero también sabía que no volvería a verle. Se iría de la bahía por la mañana. "Ven, pronto amanecerá". La subió al borde de la piscina y se impulsó tras ella. La cogió de las manos y se levantó, poniéndola de pie al mismo tiempo. "Deberías volver al barco".

Miró a su alrededor, obligándose a centrarse de nuevo, a alejarse de la intensidad que había experimentado con aquel desconocido. "Sí, claro. Miró su cuerpo en bikini y luego volvió a mirarle a él. "Lo siento, no suelo hacer este tipo de cosas". Soltó una carcajada avergonzada. "Debe haber algo en el aire aquí en Sitra".

"Tal vez, o tal vez seamos nosotros. Te veré de nuevo, Lucy, y entonces sabremos si es el aire de la noche, o nosotros".

Ella sacudió ligeramente la cabeza, tan ligeramente que él no sabría que estaba declinando. Tenía que ser aquí y ahora, o nada. Lucy Gee no hacía relaciones. No volvería a verle. Una vez que llegara a la ciudad de Sitra, dejaría el equipo. Tenía una misión propia que cumplir en esa

ciudad.

La cogió de la mano y atravesaron el oscuro túnel de vuelta a la playa. La suave luz del amanecer llenaba el cielo. Recorrió la playa y ahora pudo ver lo que no había visto en la oscuridad de la noche: un vehículo solitario aparcado más allá de los árboles que bordeaban la playa.

"Tu coche".

"Sí. A la pálida luz del melocotón, él le parecía menos real que en la oscuridad, cuando la vista era el menor de los sentidos que la habían atraído hacia él. Ahora era un extraño. Dejó que su mano se soltara de la de él. Él debió de sentir algo de lo que ella sintió, porque la expresión de sus ojos pareció endurecerse un poco mientras se alejaba de ella.

"Su barco", miró hacia el Explorer, ahora también claramente visible.

Ella asintió. "Pronto se despertarán y querrán desayunar". Ella no podía apartar los ojos de él, con la ropa húmeda pegada a cada contorno de su musculoso cuerpo. Podía ver que seguía pensando en ella, que su cuerpo seguía deseándola. "Gracias por esta noche. Ha sido preciosa".

"Tu pelo se está rizando ahora que empieza a secarse".

"Tiene mente propia".

"Como tú".

"Como yo". Se alejó, primero hacia atrás, antes de darse la vuelta y correr hacia el mar.

VIO CÓMO CORRÍA, con el endeble bikini blanco que tanto tiempo había pasado contemplando, que apenas cubría sus delgadas caderas y sus pechos turgentes. Luego se volvió y saludó con la mano mientras el oleaje de una ola la envolvía, cubriéndole el cuerpo y los hombros de agua, antes de dar media vuelta, zambullirse en el agua y desaparecer: unos brazos la llevaban rápidamente de vuelta al barco.

Había dicho que volvería a verla. Y lo haría. Ella no lo sabía, pero ya tenían una cita.

Lucy trazó la línea del rostro de su hermana en el iPad. No había nada inusual en la fotografía ligeramente desenfocada: ropa de marca, sonrisa cara, del brazo de un hombre guapo... solo lo mejor para Maia. No, lo raro era que era la última foto que había visto de ella en cuatro meses, la última foto que su hermana había colgado en Facebook.

¿Dónde estás, Maia?

Lucy se desplazó por la página, hojeando los mensajes más recientes que supuestamente había publicado Maia, y frunció el ceño. Sin duda, los mensajes habían sido escritos por Maia - nadie más podía conocer los detalles que había publicado-, pero no eran actuales. Maia no había estado donde decía que había estado. Lucy lo sabía porque lo había comprobado. Había estado en los lugares donde se suponía que Maia había estado y nadie la había visto. Además, Maia no respondía a ningún mensaje ni comentario, lo que no era propio de ella.

De adolescentes habían hecho dos pactos: uno, vivir la vida al máximo y el otro, mantenerse en contacto. Al fin y al cabo, eran la única familia que tenían. De ahí Facebook, de ahí Twitter. Pero por alguna razón Maia había dejado de estar en contacto. Lucy no se dejó engañar por las últimas actualizaciones. Algo le había ocurrido a Maia y su única pista era esta última foto: de Maia con el rey de Sitra.

Lucy guardó con cuidado el iPad en su mochila y deseó poder alejar su preocupación con la misma facilidad. Sus temores por Maia la acompañaban siempre, como una tensión aguda que le recorría el cuerpo. Se echó la mochila a la espalda y salió a cubierta.

Navegaban por la punta exterior del puerto de Sitra. Al bordear el faro que se aferraba a las rocas, la costa virgen dio paso a los edificios de terracota y arena de la ciudad medieval de Sitra. Los suaves tonos tierra de los edificios de la ciudad se entremezclaban con los verdes grises de las palmeras datileras, los granados y las higueras, revelando los orígenes de oasis de la ciudad. El agua dulce y su estratégica posición costera la habían convertido en un puerto clave para la exportación de incienso al Mediterráneo y a la India. Ahora, era un remanso de sistemas anticuados, un país plagado de intrigas. Y en algún lugar del laberinto de calles serpenteantes, de edificios antiguos y gentes envueltas en túnicas, estaba su hermana.

¿Dónde estaba? ¿Con quién estaba? ¿La retenían contra su voluntad? O Maia estaba ocultando la verdad o alguien le estaba impidiendo comunicarse con Lucy. La idea le revolvió el estómago. Tenía que encontrarla. La mente de Lucy volvió a la foto de Maia y el rey. Era todo lo que tenía para seguir adelante.

Un silbido de lobo atrajo su atención hacia Alex, el capitán. Sonrió y dio una vuelta, dejando que los suaves pliegues de uno de sus pocos vestidos se balancearan alrededor de sus piernas. Sabía que el blanco del vestido contrastaba bien con su bronceado. Luego se dejó caer las gafas de sol por la nariz y miró por encima de ellas con una mirada de acercamiento que había visto practicar a su hermana muchas veces.

"Bueno, ¿no te friegas bien? Aunque sigues llevando tu vieja brújula. Nunca se sabe cuándo la necesitarás, ¿eh?"

Lucy acarició la antigua brújula que siempre llevaba colgada del cuello, uno de los pocos recuerdos de su madre, y se volvió hacia Alex con una sonrisa. Estaba apoyado en la barandilla del barco observando cómo la ciudad se acercaba lentamente. Ella se acercó a él y se apoyó en la barandilla. Él le alborotó el pelo y ella sonrió. Podía ser un maniático del control con el resto de la tripulación, pero fuera del horario de trabajo la trataba como a una hermana pequeña y se sentía como el hermano que nunca había tenido.

"No quiero perderme por ahí."

"No creo que seas alguien que se pierda fácilmente. De todas formas, estás preciosa".

"Vaya, gracias. Pensé que sería mejor lucir lo mejor posible para el Rey".

"Buena idea, pero llevas la ropa equivocada. Si quieres quedarte aquí un tiempo, necesitas ponerte del lado correcto del Rey y su gente. Lo que tienes que hacer es ponerte esto". Le pasó la túnica que llevaba colgada de un hombro. "Pensé que no estarías preparada".

"¿Un burka?"

"No, el abrigo negro se llama abaya y llevas este pañuelo -se llama hiyab- sobre el pelo. Como no musulmana no necesitas cubrirte con un burka".

"Pero...", balbuceó Lucy.

"Cuando en Roma, Luce."

"Pero no estoy en Roma, estoy aquí..."

"En un país musulmán. Exacto. Si quieres conseguir un sello en tu pasaporte necesitarás el apoyo del Rey. Nada pasa por aquí sin su conocimiento o aprobación. Si quieres el apoyo del Rey, ponte esto".

Suspiró y cogió la túnica. "Pensé que con la reputación del Rey podría ponerme lo que quisiera".

Alex se rió. "Dentro del palacio, sí. ¿Pero fuera? No". Entornó los ojos hacia el horizonte. "¿Ves allí, en lo alto de la cresta, ese largo edificio blanco? Es el palacio".

Lucy entrecerró los ojos, con la intención de centrarse en el edificio, hasta que se le aguaron los ojos por el esfuerzo. ¿Se había quedado allí su hermana? ¿O había desaparecido de algún modo en la ciudad en expansión? Tenía muchas preguntas, pero sólo sabía una cosa. Las palabras de Alex resonaron en su mente.

Nada pasó sin el conocimiento del Rey. Nada.

EL PEQUEÑO COCHE se abrió paso con cuidado por las estrechas calles de la ciudad vieja. Los muros de piedra de las casas de los mercaderes, pintados en tonos suaves de ocre, terracota y blanco cal, estaban desconchados en algunos lugares. Las pequeñas tiendas se abrían a la calle y mostraban los productos con los que se había comerciado durante milenios: inciensos como el incienso y la mirra de la propia Sitra, especias de la India y sedas de China. El olor a pan recién horneado llegó al coche desde los numerosos puestos callejeros, haciendo que a Lucy se le

hiciera la boca agua. Hacía mucho tiempo que no desayunaba y había pasado casi toda la noche en vela.

A pesar de intentar concentrarse en lo que tenía delante, su mente no dejaba de pensar en el hombre que había conocido en la playa. Sólo de pensarlo se le revolvía el estómago. Había dicho que volverían a verse, pero ella no sabía cómo. Sabía el nombre de su barco, conocía a su capitán, pero eso era todo. Nadie conocía su verdadero propósito al venir a Sitra. Y así tenía que ser.

Sólo por curiosidad había intentado sonsacarle información a Alex aquella misma mañana. Pero no la había recibido y no se había atrevido a insistir. A pesar de toda su amabilidad con ella, Alex era muy estricto con las normas y la de "no nadar por la noche" era innegociable. Sus ensoñaciones se vieron interrumpidas por un fuerte empujón en las costillas.

"Por mucho que odie detener los sueños diurnos que parecen tener un efecto tan placentero en ti, estamos aquí".

Lucy siguió a Alex y a los demás fuera del coche y entró en un gran patio formal. Allí, el calor del sol matutino se filtraba a través de un entramado de ramas que formaban un dosel que protegía a los visitantes. Les esperaba una falange de hombres vestidos de blanco. Todos altos, armados y con expresión pétrea, obviamente estaban diseñados para impresionar e intimidar, y lo consiguieron. Lucy se alegró de llevar la abaya. Le daba una sensación de protección, algo tras lo que podía esconderse.

Su pequeño grupo fue conducido a través de las enormes y sólidas puertas dobles hasta un vestíbulo vacío, donde el golpeteo de sus sandalias y zapatos resonaba con demasiada fuerza. El corazón de Lucy latía con fuerza en su pecho y el sudor le resbalaba por la espalda. Era mucho más formal, mucho más impresionante de lo que había imaginado. Esperaron varios minutos en el vestíbulo hasta que recibieron la señal de un guardia que abrió una puerta contigua. Entraron en la amplia sala de recepción y fueron conducidos a un grupo de sillas rococó con bordes dorados situadas en un extremo. La estancia estaba repleta de muebles ornamentados y el suelo de mármol estaba cubierto de magníficos cuadros y alfombras de valor incalculable.

"Puedes esperar aquí."

Se sentaron en las sillas agrupadas alrededor de una mesa baja, frente a una silla vacía, y miraron a su alrededor.

El corazón de Lucy latía con fuerza en su pecho. Cuatro meses de planificación, dieciséis semanas de preocupación, ciento doce días de espera, para encontrarse con la única pista conocida que tenía sobre el paradero de su hermana, por fin habían terminado. El pesado tictac de un reloj de gran tamaño marcaba el paso de largos minutos mientras los demás, que también parecían tensos, se agitaban.

"¿Crees que nos dará permiso para continuar la investigación?", susurró el científico principal.

Alex se encogió de hombros mientras echaba un vistazo a los cuadros. "Tal vez. Aunque el jeque ya tiene bastante con lo suyo..."

¿"Jeque"? Creía que era un Rey".

Alex sonrió a Lucy. "Él es King. Solíamos llamarle 'el jeque' en el colegio; solía cabrearle mucho".

Lucy frunció el ceño. "¿En la escuela? ¿A cuánta gente conoces en Sitra?"

Alex frunció el ceño, pero todo lo que iba a decir fue interrumpido por un miembro de su equipo.

"¿Qué posibilidades crees que hay de que nos den permiso?".

"Como decía, aunque está ocupado arreglando el país que ha heredado, sigue empeñado en preservar el medio ambiente, y el arrecife en particular. Con el tiempo podría ser una gran fuente de ingresos turísticos para el país".

"¡Dinero!" se burló Lucy. "Siempre se reduce al dinero, tan mercenario".

Un silencio más profundo descendió sobre ellos y Lucy sintió una punzada en la espalda y una ligera capa de sudor recorrió su cuerpo. La expresión del científico principal era de puro pánico. El ceño de Alex se frunció de inmediato y se transformó en una amplia sonrisa. El leve crujido de las batas se convirtió en el susurro de unos zapatos blandos contra el mármol cuando unos pasos se movieron detrás de ella y se acercaron a la silla situada al otro lado de la mesa baja.

Lucy cerró los ojos con vergüenza y pesar. No había oído el avance silencioso del Rey y su grupo. Qué manera de empezar. Qué manera de devolverle a Alex toda la amabilidad que había tenido con ella. Cuando abrió los ojos se encontró con dos guardaespaldas que, de pie a ambos lados de la silla vacía, la miraban con desaprobación. Se giró y vio a Alex y a una figura con túnica abrazándose y dándose palmadas en la espalda. El sol reflejaba los pliegues de seda blanca de la túnica del hombre, que caía ondulante desde los anchos hombros. Entonces él se volvió y unos ojos oscuros como el chocolate se clavaron en los de ella con una intensidad y una curiosidad que la dejaron sin aliento.

Jadeó y estudió el suelo con pánico, mientras los recuerdos del hombre que había conocido por la noche se fundían con el hombre que ahora avanzaba lentamente hacia ella mientras Alex le presentaba al equipo, uno por uno.

Lo sabía. Todo el tiempo había sabido que volverían a verse. Ella le había dicho que se encontrarían con el Rey al día siguiente. Así que él lo sabía, pero no había dicho nada. Recordó los acontecimientos de la noche lentamente, como si hojeara fotografías, mientras intentaba recordar lo que se había dicho, lo que se había hecho. Pero su mente no se movía más allá del beso mientras su cuerpo respondía como lo había hecho por la noche.

Mantuvo la mirada baja e inclinada, tal como le habían dicho que hiciera. Pero no pudo evitar que sus fosas nasales se abrieran para captar los profundos tonos de cuero de su loción, tan masculina, tan reminiscente del extraño que había conocido en la playa. Podía sentir los ojos del Rey sobre ella, su fuerza mantenía su cabeza inclinada.

"Y ella es Lucy Gee, una compatriota neozelandesa", dijo Alex. Levantó la vista y vio al Rey de pie ante ella, con una expresión divertida en el rostro. "Los conocimientos culinarios de Lucy nos han ayudado a seguir adelante. Es una loca de la nutrición y nos ha hecho comer todo lo sano". Alex sonrió a Lucy y miró al Rey expectante. Pero no hubo palabras de bienvenida como las que había pronunciado a los demás. En su lugar, hubo una larga pausa durante la cual la expresión de desconcierto de Alex pasó primero de una cara divertida a la otra, sonrojada. Fue la cara divertida la que habló primero.

"Bienvenida a nuestro país, Lucy". Su voz era la misma que Lucy recordaba y tuvo el mismo efecto, como notas tocando suavemente sobre su piel, las vibraciones continuando en su cuerpo.

"Vosotros dos no os conocéis, ¿verdad?"

"¿Y cómo podríamos haberlo hecho, Alex?". Los labios del Rey se torcieron en una sonrisa e inclinó la cabeza hacia Lucy antes de darse la vuelta. "Sabiendo lo hermético que es el barco que diriges, estoy seguro de que Lucy no ha tenido tiempo ni oportunidad de abandonar el barco".

El Rey se dio la vuelta y se acercó a la silla vacía, a ambos lados de la cual había un

guardaespaldas. Ahora que se había alejado de ella, era completamente el Rey. Le resultaba difícil conciliar al hombre que tenía delante con el de la noche anterior. Su poder y su estatus eran palpables. Además de los guardias, había asistentes en todas las puertas, una secretaria rondando cerca y personal doméstico colocando refrescos ante ellos.

Hizo un gesto con la mano. "Por favor, tomen asiento".

Se sentaron en las sillas ornamentadas y Lucy quiso relajarse. Inspiró profundamente, pero el aire seco se le atascó en la garganta y la hizo toser. Levantó la vista hacia él y descubrió que la estaba mirando directamente. Sus ojos oscuros parecían fríos bajo la dura luz de la sala de recepción, su ceño estaba fruncido y los afilados planos de sus mejillas caían en sombras hasta una boca que parecía más pensativa que apasionada. Ella bajó inmediatamente los ojos y dio gracias a Dios por la costumbre de que las mujeres mantuvieran la mirada baja. Normalmente se habría opuesto a la restricción, pero ¿ahora? Se sintió intensamente agradecida, mientras estudiaba los antiguos dibujos del suelo de mármol. Necesitaba tiempo para pensar y sólo escuchó a medias la cortés conversación que el rey mantenía con la tripulación y las bromas más juguetonas que intercambiaba con Alex.

¿Podría ser éste el hombre implicado en la desaparición de Maia? ¿Este hombre, con el que casi había hecho el amor la noche anterior, pero que se había zafado cuidadosamente con frío control, a pesar de lo que su cuerpo había deseado tan obviamente? ¿Este era el monstruo que había venido a investigar? Sorbió el té de menta que le habían servido mientras intentaba comprender lo imposible. ¿Había sido Maia seducida tan fácilmente como casi lo había sido ella?

"¡Lucy! Responde al Rey".

Lucy levantó la vista, desconcertada. "Lo siento..."

El rey se inclinó hacia ella, apoyando los brazos en las rodillas. La mayor proximidad fue todo lo que necesitó para que el color volviera a inundar sus mejillas. "Entiendo por Alex que tu deseo es quedarte aquí unas cortas vacaciones en lugar de continuar con la expedición".

Asintió, sin saber si su voz sería firme.

"Le preguntaba, Srta. Gee, si le gustaría quedarse aquí en el palacio, como mi invitada."

Lucy tragó saliva. Era más de lo que podía esperar. Se lo estaban poniendo en bandeja. Excepto por una cosa. No había previsto, ni en sus sueños más salvajes, que *desearía* al hombre en el que se centraban todas sus sospechas. No sólo desearlo, sino sentir dolor físico por él.

"Eso", se aclaró la garganta, "sería muy... agradable". Miró rápidamente a Alex, que se había echado hacia atrás en la silla, con una mano en los labios y los ojos rebosantes de diversión mientras miraba a Lucy y al Rey. "Gracias. Si te parece bien, Alex".

"Desde luego". Sonrió pícaramente al Rey. "Echaremos de menos a Lucy, pero puedo reclutar un sustituto aquí, con tu ayuda. Sé que Lucy estará en buenas manos, por así decirlo".

La expresión del Rey no cambió, sus ojos permanecieron fijos en Lucy, ajeno o decidido a ignorar la insinuación de las palabras de Alex. "Entonces, Lucy, eres bienvenida".

El tono grave de su voz se filtró por su cuerpo como una vibración: desde los huesos de los pies, pasando por el calor de su centro, hasta la punta de los dedos. De repente, el pánico se apoderó de ella. Era totalmente susceptible a él. ¿Qué demonios creía que estaba haciendo? ¿Estaba loca? ¿De verdad creía que podría encontrar a Maia en este mundo -cerrado durante tanto tiempo a los forasteros- o lo más probable era que acabara igual que su hermana? ¿Desaparecer en esta calurosa tierra del sur sin dejar rastro?

"¿Seguro que no es una imposición?"

Señaló a su alrededor. "El palacio es inmenso. No es una imposición".

"Pero..."

"Pero, ¿qué? ¿Cree que tal vez exijo un pago por mi hospitalidad? Tal actitud se llamaría 'mercenaria', ¿no cree, señorita Gee?"

Eso había oído.

"Yo... lo siento. No quise..."

Hizo un gesto con la mano como si quisiera borrar sus disculpas. "Tenías razón en un aspecto. Quiero algo de ti".

La continua sensación de estremecimiento que le inspiraba su proximidad se convirtió de repente en miedo. Se mordió el labio para tratar de contener el temblor mientras se encontraba con su mirada pensativa. "¿Y qué es eso?" Su voz sonó falsamente fuerte para sus oídos hipersensibles.

"Mi país no tiene industria turística. Deseo desarrollar una -con cuidado y a pequeña escala- y Alex me ha dicho que usted tiene experiencia en el sector de la hostelería. Me interesaría conocer tu opinión sobre cómo desarrollar los proyectos turísticos que tenemos previstos."

Exhaló un suspiro tenso y de repente se sintió más tranquila. Ahora pisaba terreno más seguro y conocido. "No soy un experto, pero he viajado mucho. Estaré encantada de darte un consejo informal".

"Perfecto. Puedes quedarte aquí en el palacio todo el tiempo que desees y yo me encargaré de que un guía te enseñe los alrededores. Tengo a alguien en mente". El calor de sus ojos marrones acortó el espacio entre ellos y ella pasó la lengua por unos labios repentinamente necesitados. La mirada de él se clavó en la boca de ella y permaneció allí un largo instante, antes de volver a los ojos de ella, el marrón chocolate de sus ojos ahora más oscuro que antes, como quemados por el calor. Se recuperó rápidamente y el calor fue sustituido por un destello de humor, reforzado por un leve arrugar de las finas líneas en las esquinas exteriores de sus ojos. Ella sintió la punzada visceral de la lujuria, en lo más bajo de su cuerpo. Se clavó profundamente y se negó a marcharse.

"Gracias. Dudó mientras se devanaba los sesos buscando algo normal que decir, algo que no revelara la respuesta de su cuerpo ante él. "Su país parece muy hermoso. Me interesa ver todo lo posible". Él frunció el ceño. Podría haberse pateado a sí misma. Estaba tan ocupada intentando disimular su reacción ante aquel hombre poderoso que le había hecho sospechar.

"¿Alguna razón en particular?"

"Escribo de vez en cuando un artículo sobre viajes. El director de la revista quiere uno sobre un país que pocos conocen".

"La decisión de mi padre de aislar nuestro país de Occidente fue sin duda la mejor en su momento. Pero los tiempos han cambiado. Creo que sus informes podrían sernos muy útiles. ¿Hay algo en particular que desee saber?"

¿Qué demonios le ha pasado a mi hermana? Lucy aspiró con fuerza: el aire seco del aire acondicionado le desgarraba los pulmones. "El patrimonio de Sitra, su cultura, por supuesto, y también el tipo de cosas que podrían atraer a un turista del siglo XXI. Alguien como yo". *Alguien como Maia.*

"Se lo mostraré personalmente, y mi personal se asegurará de que tenga todo lo que necesite".

"Gracias. Es muy amable".

¿"Amable"? La palabra repetida fue pronunciada en voz baja, apenas respirada, pero hizo que un escalofrío de expectación la recorriera de arriba abajo mientras contemplaba qué ganaría el

Rey con esta atención personal. "Estoy segura de que lo disfrutaré. Alex, tal vez podrías enviar las cosas de la Srta. Gee a palacio".

Alex estaba recostado en su silla, con los brazos cruzados, sin poder evitar que una sonrisa se dibujara en su rostro. "Claro".

Los ojos del Rey no se apartaban de los suyos y el corazón de Lucy se aceleró; el calor le recorrió el cuerpo, a pesar del aire acondicionado, y sintió como si fueran las dos únicas personas de la sala. Y entonces él sonrió: sus labios se curvaron brevemente en las comisuras, como reconociendo su intercambio tácito y despidiéndose a la vez. Se removió en su asiento y se volvió hacia Alex, hablando amistosamente como si no hubiera pasado nada.

Era como si el sol se hubiera ocultado bajo el horizonte, dejándola sola en la oscuridad. Se giró para ver si alguien se había dado cuenta de su repentina vulnerabilidad -ella nunca era vulnerable, siempre era la fuerte-, pero todos los demás estaban concentrados en la conversación entre Alex y el Rey. Todos estaban demasiado absortos con la oportunidad de continuar su trabajo, investigando el arrecife y la vida marina de la costa de Sitra. Ninguno de los demás se había percatado de la intensidad de su intercambio. Por un momento se preguntó si todo había sido fruto de su imaginación. Pero no, una rápida y curiosa mirada del Rey le hizo ver que no había imaginado nada.

Se concentró en sus manos, que estaban fuertemente apretadas sobre su regazo, y dejó que la conversación fluyera sobre ella mientras intentaba contener la profunda culpa que se agitaba en la boca de su estómago. Estaba deseando a alguien implicado en la desaparición de su hermana. Creía haber previsto cualquier eventualidad, pero nunca se le había ocurrido. Estaba decidida: tenía que averiguar qué le había ocurrido a Maia. Pero su cuerpo se balanceaba, atraído por el aroma de aquel desconocido, hipnotizado por sus ojos, derritiéndose bajo su tacto. Apretó las manos con más fuerza, desesperada por controlarse. La última imagen que su hermana había publicado en Facebook flotó en su mente: una sonrisa radiante para los paparazzi mientras se inclinaba en el abrazo de un hombre alto y moreno, el rey de Sitra.

De repente se dio cuenta de que la charla había llegado a su fin. Levantó la vista y vio que la gente estaba de pie mientras el Rey hacía los preparativos para ver a Alex dentro de unas semanas. La tripulación vino a despedirse de Lucy y ella abrazó a Alex, apartándose a regañadientes pero aferrándose a sus manos, reacia a soltarse, repentinamente asustada. Alex frunció el ceño y la apartó.

"¿Estás bien, Luce?"

Respiró hondo y asintió con demasiada energía. "Claro".

"Vuelve con nosotros si quieres", susurró. "Pero, ya sabes, el Rey es un buen hombre. Estarás a salvo en sus manos. Lo conozco desde que teníamos siete años. Tú eliges".

Estaba llena de gratitud por la amabilidad de este hombre al que sólo conocía desde hacía unas semanas. "Estaré bien. Sólo siento un poco de calor bajo estas ropas". Sonrió. "Gracias, Alex, por todo. Estaré bien. Es lo que quiero".

Sonrió. "No te pasará nada. Tienes mi número de teléfono si me necesitas". Le apretó las manos y se dirigió a su equipo, que estaba hablando con el rey. Cuando terminaron, el Rey retrocedió hasta donde estaban sus guardaespaldas. Era la señal de que la audiencia había terminado. Salió de la sala sin mirar a Lucy. La gente desapareció por las numerosas puertas que bordeaban la sala de recepción y, tras unos cuantos abrazos y despedidas, Lucy vio cómo sus amigos desaparecían para asistir a las reuniones que el Rey había organizado con su propio equipo de científicos.

Cuando sus compañeros abandonaron la sala, una parte de ella quiso correr tras ellos y aferrarse a ellos y rogarles que la llevaran de vuelta con ellos. Pero esa parte era la cobarde que había dejado que Maia se pusiera delante de ella y la defendiera de los matones del colegio. La misma parte asustada que vería cómo Maia mentía a las autoridades sobre quién las cuidaba. Maia no había tenido reparos en hacer esas cosas; se había creído muy capaz de cuidar de su hermana pequeña; al fin y al cabo, Maia tenía dieciséis años.

Pero eso era antes y esto es ahora.

Maia la había criado y la había criado fuerte. Y ahora tenía que ser fuerte, por ella. Se giró para ver a una mujer que esperaba discretamente detrás de ella. La mujer se inclinó, esperando que Lucy la acompañara. No tenía elección; tenía que encontrar a Maia. Sonrió insegura y se acercó a la mujer que la esperaba.

Puede que Alex y el equipo de investigación hayan obtenido lo que necesitaban del Rey, pero, para ella, la búsqueda no había hecho más que empezar.

Razeen trató de concentrarse en el informe de su asesor sobre las reformas económicas que había puesto en marcha, pero su mente estaba llena de la mujer de la abaya negra, cuyos ojos contenían un desafío y una atracción como ninguno que pudiera recordar.

"Su Majestad, todo está en marcha, pero..."

La vacilación de su asesor hizo que Razeen volviera a pensar en sus problemas actuales. "Nada de esto funciona, ¿verdad?"

Su asesor examinó los papeles que tenía en las manos. "No, Majestad, no es así. Todo está en su sitio; sobre el papel los sistemas y procedimientos son viables pero, la gente... la gente aún no está detrás".

Razeen suspiró. "Y hasta que no lo sean, no tenemos ninguna posibilidad de aplicar estas reformas, ¿verdad?"

El consejero sacudió la cabeza en señal de silencioso acuerdo.

"¿Qué es lo que quieren?"

El consejero tosió. "Su Majestad..."

Razeen se estremeció al oír el título. Sus intentos de informalidad en palacio se habían topado con una férrea resistencia y pronto había vuelto a la formalidad del reinado de su padre.

"Najib, sólo dime qué crees que funcionará, dime cómo crees que podemos seguir adelante desde aquí. Conociste a mi padre, conociste a mi hermano, ¿qué habrían hecho?"

El anciano, con el rostro curtido por profundas líneas verticales, se subió las gafas y miró a Razeen, parpadeando. Sus ojos inteligentes y astutos estaban llenos de dudas. Razeen comprendió la duda. Tanto su padre como su hermano habían sido educados para asumir el papel tradicional de rey de su país. Razeen no.

"El pueblo quiere un rey que sea un verdadero líder, un jeque. El pueblo necesita *reformas*, que tú le has dado, pero quiere un jeque tradicional, con una familia tradicional. *Entonces*, creo que aceptarán las reformas".

"Una familia tradicional", se burló Razeen. "Una esposa tradicional querrás decir. Me han visto en todos los periódicos sensacionalistas, en todos los países, con todas las nuevas modelos del brazo. No se me conoce precisamente por la tradición".

"No creo que a la gente le importe. De hecho, alguien que da la espalda a Occidente en favor de los valores tradicionales será visto como una validación de su modo de vida. Entréguese a sí mismo, reformado, y podrá llevar al país al siglo XXI, podrá traer de nuevo la prosperidad al

pueblo".

"Yo mismo, reformado".

Cerró los ojos y trató de deshacerse de la imagen de unos ojos verdes, un rostro en forma de corazón y unos mechones de pelo castaño rozado por el sol que se habían escapado del hiyab; trató de erradicar el recuerdo de sus labios sobre los suyos, pero no lo consiguió. Abrió los ojos, sintiendo rabia y frustración en cada célula de su cuerpo por lo que podría haber sido. Pero "lo que podría haber sido" -su capacidad de elegir lo que quería de la vida- había muerto junto con su hermano.

"Yo mismo, casado". De todas las cosas que había previsto en los primeros veintiocho años de su vida, un matrimonio concertado no era una de ellas. "Supongo que soy incapaz de elegir."

"Por supuesto que puede elegir. Ya hemos recopilado una selección para que elija". Los ojos del anciano se iluminaron de emoción. "Es la mejor decisión, Majestad. Hay varias jóvenes de las familias sitranas más distinguidas que serían adecuadas. Su alianza le garantizaría el apoyo de las tribus clave. Será la estrategia más eficaz que podáis adoptar para asegurar el futuro de vuestro país."

Razeen se levantó y se acercó a la ventana que daba a la ciudad. La ciudad se extendía ante él, con sus sutiles tonos de arena y terracota yuxtapuestos con el impresionante brillo del mar. Pero la belleza era una máscara frente a la corrupción y la desorganización que paralizaban la riqueza de su país. La única manera de salir adelante era ganarse el apoyo de la gente con poder - la vieja élite del país- y el afecto de un pueblo cuya vida se centraba en la tradición. El único camino.

"Haz los arreglos". Su mente volvió a Lucy una vez más. Ella estaba aquí ahora. Se iría en unas semanas y a él le quedarían años de deber y responsabilidad. "Pero quiero que mi agenda esté libre de todas las reuniones, excepto las más urgentes, durante dos semanas". Suspiró profundamente, sintiendo el peso de su deber más opresivo que nunca. "Nada de funciones, nada de presentaciones, nada de reuniones que no sean las imprescindibles, durante dos semanas". Su consejero inclinó la cabeza en señal de aceptación. Y Razeen cerró los ojos con pesar.

LUCY SENTIÓ una sensación de belleza y aislamiento cuando el criado la condujo a su habitación. Era un mundo dentro de otro mundo. Desde la simetría y el control del ala formal del palacio - con sus fuentes de mármol sobredimensionadas y sus árboles recortados- hasta las partes más antiguas y ramplonas del palacio, había una tranquilidad, una lejanía, que inquietaban a Lucy.

Tuvo la extraña sensación de que podría desaparecer entre el laberinto de pasillos con columnas, jardines perfumados y puertas oscuras y no volver a aparecer. Se estremeció. ¿Había estado Maia aquí? ¿Había sentido lo mismo? ¿Había olido las mismas fragancias? ¿Habría probado también los labios del jeque?

Lucy sintió el escalofrío de las venenosas autorrecreminaciones en cada fibra de su cuerpo. Era cierto que no conocía su identidad, pero no era menos cierto que había sido una tonta: demasiado confiada en su propia capacidad de supervivencia y demasiado impetuosa, como de costumbre. Y había reprochado a su hermana su impulsividad. Lucy era igual de mala.

El criado se detuvo de repente junto a una gran puerta de madera. "Aquí, señora. Aquí está su habitación".

"Gracias.

"Si necesita algo, por favor use el teléfono. Llame en cualquier momento".

"¿Hay acceso a internet?"

"No, señora. Sólo la oficina y el Rey tienen acceso a internet".

"¿En serio?" Lucy no pudo evitar que la incredulidad se colara en su voz.

"No era algo que tuviéramos en este país hasta que el nuevo Rey subió al trono".

Lucy pensó que el tono de la mujer sonaba ligeramente desaprobador. "No sabes lo que te has estado perdiendo".

La mujer, a pesar de su supuesta baja condición, miró con lástima a Lucy. "Nos las arreglábamos bien sin ella". Hizo una breve pausa para serenarse. "Si desea ir a algún sitio, por favor, use el teléfono. Alguien vendrá a buscarla".

"Gracias, pero estoy seguro de que no te necesitaré. Encontraré mi propio camino".

"No, no debes hacer eso. Podrías perderte".

O ir donde no me quieren, pensó Lucy.

"Llame, por favor, y o bien yo misma", continuó la criada, "o bien otra persona le mostrará el lugar, según lo que usted requiera. Hasta que alguien venga, debe esperar".

"Gracias", respondió Lucy con ambigüedad. No tenía intención de llamar a nadie.

La mujer se retiró sin hacer ruido sobre sus suaves sandalias y Lucy entró en la habitación, cerrando firmemente la puerta tras de sí antes de apoyarse en ella y suspirar aliviada.

Habitación" no era una palabra que ella hubiera utilizado para describirla. Lo habría llamado un pequeño apartamento. Al formar parte de los edificios más antiguos, el techo no era tan alto como en el ala más nueva del palacio, pero la decoración era fabulosa. El suelo estaba cubierto de antiguas baldosas geométricas grises y blancas que continuaban hasta el primer cuarto de la pared. Por encima de ellas, las paredes de piedra eran de un blanco cremoso. Unas sencillas cortinas y telas blancas cubrían las ventanas y la cama con dosel. Pero fue la vista lo que atrajo la atención de Lucy.

Cruzó la habitación y abrió las estrechas ventanas francesas, revelando un pequeño jardín aislado al que sólo daba su habitación. A dos lados se alzaban muros de piedra cubiertos de plantas trepadoras, y en el cuarto lado un muro enrejado daba a lo que parecía ser un huerto. Dentro había una pequeña puerta. Aquí, los sonidos del palacio y de la ciudad eran apagados y distantes, insignificantes aparte del soporífero chorro de agua que corría desde un sencillo surtidor de mármol blanco antes de dividirse en cuatro chorros de agua que se cruzaban con el intrincado patrón de baldosas colocado en el suelo. Su diseño geométrico era relajante, al igual que la luz verde y tenue de las copas de los árboles que lo cubrían. Era sencillo, relajante y mágico.

No quería magia. No quería dejarse seducir ni por un hombre alto, moreno y peligroso, ni por su entorno. No estaba acostumbrada al lujo y le daba miedo: miedo de dejarse seducir por él. Sacudió la cabeza, como si quisiera desprenderse del arrullador sonido del agua, del suave tacto de las cortinas de seda bajo sus dedos. Tenía que ser fuerte por Maia.

Bordeó la seductora cama y se sentó en la silla vertical frente al pequeño escritorio Luis XVI. Se quitó el pañuelo de la cabeza, se pasó los dedos por el pelo y se sujetó la cabeza con las manos, mientras intentaba contener los sentimientos y pensamientos contradictorios que la bombardeaban. *Tenía* que concentrarse.

gimió. Por un lado, la sola visión de aquel hombre cuyos labios aún podía sentir en los suyos, el olor de su loción de afeitar y su propia fragancia masculina, la sola sensación de su presencia hacían que su cuerpo ardiera por él. Pero, por otro lado, era el hombre que le había dado la última pista sobre el paradero de su hermana. Muy posiblemente, era peligroso. No podía

enamorarse de él. Pero no podía evitarlo. Necesitaba que confiara en ella, necesitaba gustarle. Sin embargo, sabía que podría quemarse si se acercaba demasiado. Pero no tenía elección.

Se levantó de un salto y se paseó por la habitación. Tenía que moverse, *hacer* algo. No podía quedarse sentada y esperar como una víctima pasiva. Llevaba varios días sin poder acceder a Internet y estaba desesperada por comprobar si había más mensajes de Maia en Facebook. Aunque hubieran sido diseñados para ocultar dónde estaba, al menos le decían que seguía viva. Tenía que encontrar una oficina.

Se echó el pañuelo a la cabeza, pensando que al menos le daría cierto grado de anonimato, y salió de su suite. Echó un rápido vistazo a su alrededor, preguntándose qué camino tomar. Los jardines y los pasillos cubiertos estaban vacíos y no había ningún sonido que la guiara. No tenía ni idea, pero en lugar de volver por donde había venido, decidió adentrarse en el castillo, subiendo por los desgastados escalones de la colina. En unos instantes se perdió y comprendió por qué la doncella había insistido tanto en que llamara a alguien. Había imaginado que era para controlarse, pero tuvo que admitir que, al toparse con otra serie de puertas que parecían idénticas a la anterior, se sintió irremediabilmente perdida.

Volvió sobre sus pasos hasta que consideró que estaba cerca de su habitación. Abrió de un empujón una gran puerta y se encontró en un viejo y resonante vestíbulo suntuosamente amueblado. Escuchó voces bajas, cualquier señal de vida. Pero todo estaba extrañamente silencioso. De repente se sintió nerviosa, como si estuviera molestando, y salió de las habitaciones por las ventanas abiertas. Bajo las copas de los árboles y la vegetación, el calor de media tarde era tolerable. Aquí, el fuerte aroma de las flores se mezclaba con el sabor salado del mar, que llegaba hasta ella en la suave brisa.

Se detuvo un momento, absorta en el ambiente, y entonces vio un periódico del oeste abandonado desordenadamente sobre un asiento acolchado diseñado más para la comodidad que para el espectáculo. Miró más de cerca y vio unos altavoces estéreo ocultos entre los árboles. El corazón le latía con fuerza en el pecho. Tenía que salir de allí.

Se giró bruscamente, a punto de huir, pero vio a alguien solo, paseando por el suelo, con las manos metidas en los bolsillos, girando y deteniéndose ante la vista abierta de la ciudad. Era Razeen; era el rey. Lucy se quedó helada. No era de extrañar que hubiera tanto silencio. Era evidente que se trataba de su ala privada del palacio. Debería irse, sabía que tenía que hacerlo, pero había algo en él que la obligaba a quedarse. Este no era el hombre que había visto antes. Había en él una sensación de desesperación, más que de poder omnipotente; una sensación de tristeza y soledad, más que de confianza. Los sentimientos que había intentado contener con tanto cuidado se desvanecieron al instante. Apenas pudo contener un grito ahogado antes de darse la vuelta. Pero en su precipitación se enganchó la túnica en una espina de buganvilla y el sonido de una tela rasgándose rasgó el aire.

"¡Lucy!"

¡Esa voz! La recorrió una oleada de nostalgia. Respiró hondo, consciente de repente de que el aire había abandonado su cuerpo. Se giró para verle caminar hacia ella con una prisa impulsada por la ira o por la misma necesidad que ella sentía. No sabía cuál.

"Lucy, ¿qué haces aquí?" En cuestión de segundos estaba a su lado.

"Intentar caminar como una persona normal envuelta de pies a cabeza en una tela que parece engancharse en todas partes".

Sonrió. "Aquí, déjame ayudarte."

Se concentró en desenredar la espina de su bata. Sus grandes manos eran suaves y estaba tan

cerca de ella que cada uno de sus sentidos lo percibía: era incapaz de apartar la vista de la fuerte línea descendente de su mandíbula. El roce de su fina túnica contra el dorso de su mano cuando sus dedos retorcían la tela para apartarla de la espina que la aprisionaba le provocó escalofríos por todo el cuerpo. El sutil olor de su aftershave, junto con algo indefinible, algo puramente él, alimentaba su cuerpo con un estímulo del que podía prescindir.

"Lo sabías", susurró.

"Sé muchas cosas, ¿a qué se refiere en particular?"

"Que me verías esta mañana".

"Por supuesto. Si no, nunca te habría dejado ir".

Un escalofrío recorrió su cuerpo, a pesar de todo lo que había intentado pensar y controlar. Todo se evaporó en su presencia.

"¿Me habrías retenido contigo a la fuerza?"

Funció el ceño, pero sus ojos brillaron con diversión. "¿Cree que soy un salvaje de un país salvaje? ¿Es eso Miss Gee?" Acercó el enredado trozo de tela hasta acariciarle la cara.

"No salvaje, sólo diferente. No conozco tus costumbres".

"Pero lo harás. Lo único que quería decir es que si no hubiera sabido que volvería a verte, no te habría dejado marchar sin descubrir cómo contactar contigo."

"¿Por qué? Aquí no puede faltar entretenimiento. Eres un Rey después de todo".

"Digamos que el 'entretenimiento' por sí solo puede cansar un poco después de un tiempo. Además, me resultarás útil. Como yo a ti, espero".

Tragó saliva, intentando controlar el acelerado latido de su corazón. Sus palabras eran ambiguas, dado lo poco que sabía de los últimos movimientos de Maia.

"¿Qué es exactamente lo que quieres de mí?"

Sacudió la cabeza, sonriendo y le soltó la túnica. "Ya estás libre de la espina". Pero no se apartó. "¿Y qué quiero de ti?" Dudó mientras la miraba a la cara, como si buscara una respuesta a su propia pregunta. "Es una pregunta interesante. Y probablemente irrelevante".

Fue su turno de mostrar confusión. "No lo entiendo."

"Mi querida Lucy, lo que quiero y lo que me permito son dos cosas diferentes. Soy gobernante de un país; mi vida no es tan sencilla como la tuya".

"¿Mía, simple?", medio rió. "Ahora sé que no me conoces".

"No, por supuesto. Sin embargo, lo que me gustaría de ti es justo lo que habíamos hablado antes. Necesito llevar a mi país al siglo XXI y necesito ayuda para hacerlo. Tus conocimientos de turismo, tus artículos en revistas podrían serme de gran valor".

"Seguro que tienen expertos que pueden ayudar. No pretendo ser una autoridad".

"No es sólo su experiencia. También eres el grupo demográfico que esperamos atraer aquí. Una cosa es hablar con un experto con conocimientos teóricos y otra con una joven que ha trabajado en los mejores puntos de buceo del mundo".

"¿Alex te dijo eso?"

"Sí. Anoche, antes de conocerte, me habló de ti, de tu deseo de quedarte unas semanas para echar un vistazo. Así que estaba interesado en que trabajaras para mí". Hizo una pausa. "Pero eso fue antes de conocerte".

"¿Y ahora?"

"¿Después de lo de anoche? No te quiero sólo por tu experiencia. Me gustaría conocerte mejor. Si eso es también lo que quieres..."

Quería gritar dos respuestas contradictorias. Abrió la boca para hablar, pero no le salieron las

palabras. Se limitó a asentir.

"Bien. Ahora, tal vez pueda ofrecerte una bebida fría y puedas contarme más sobre ti, sobre por qué estás aquí".

De nuevo, lo único que pudo hacer fue asentir y seguirle hasta la zona de asientos al aire libre, donde él le sirvió un vaso de limonada. "No hay mucho que contar, nada interesante".

"Créeme, estoy interesado. Primero, dime, ¿por qué viniste a Sitra?"

De repente, volvió a la realidad. Podía ser sincera y darle una respuesta directa, preguntarle sin rodeos si sabía dónde estaba Maia. Pero, ¿y si estaba implicado y su respuesta era un "no" en blanco? Habría perdido su ventaja. Él la echaría del país y nunca se le permitiría volver. Si no estaba implicado y estaba dispuesto a ayudar, seguiría estándolo después de que ella hubiera hecho algunas averiguaciones preliminares. No podía permitirse perder su ventaja. Pero ella sabía que él no creería nada que no tuviera absolutamente ningún fundamento de verdad.

"He viajado mucho, hago catering en yates, y me encanta bucear, sobre todo en lugares vírgenes como aquí. Cuando vi el anuncio para trabajar en la expedición de Alex me sentí atraído. Sabía que de otro modo era imposible entrar en el país; pensé que quizá nunca tendría otra oportunidad".

"Espero que lo hagas. Y otros también, si mis planes funcionan".

"¿Y cuáles son tus planes exactamente?"

"Desarrollar unos cuantos complejos de buceo fuertemente protegidos lejos de la capital. El trabajo que están haciendo Alex y su equipo sentará las bases para que podamos proteger y promover los arrecifes".

"Sin duda, las hermosas playas atraerán a la gente. Y las aguas, tan claras y cálidas. Creo que tendréis más problemas para mantener a la gente alejada".

"Posiblemente. Pero Alex parece creer que el coral es lo bastante robusto como para sostener empresas turísticas de nivel bajo a moderado."

"¿Pero no quieres gente en la ciudad?"

"Sin duda algunos se aventurarán en la ciudad, pero desde luego no deseo promoverla. No tenemos la infraestructura necesaria. Pero sí, las excursiones controladas al interior son una posibilidad; tenemos ruinas antiguas que serán de interés. Pero imagino que lo primero que les interesará será bucear".

Imaginó bien. Pero no se trataba de ella. Se trataba de su hermana. Y a su hermana le gustaba la vida glamorosa.

"Me encantaría ver todo lo que le interesa al lector medio de la revista para la que escribo. Las largas playas de arena blanca, el glamour del desierto, las tiendas beduinas, ese tipo de cosas...". Le miró por debajo de las pestañas, consciente de repente de que su mente se había desviado al pensar en una tienda de campaña y en Razeen. Se aclaró la garganta. "¿Tienes algún sitio así? ¿Adónde podría ir una chica que no busca exactamente una cultura auténtica, sino una 'experiencia'?"

Frunció el ceño. "Esto no es Disneylandia, Lucy, ni Hollywood; no es una versión aséptica de Arabia".

"Lo sé. Pero no todos los visitantes quieren 'autenticidad'. Quieren unas vacaciones al sol con un poco de diferencia".

El ceño se frunció. "Tienes razón, por supuesto". Volvió a sentarse, frotándose los labios con el puño mientras centraba en ella sus ojos oscuros. La sombra moteada de las hojas de los árboles dificultaba la lectura de sus pensamientos. Pero, dada la larga pausa y la ligera inclinación hacia

arriba de sus labios, no cabía duda de que seguían la misma línea errante que los de ella. "Hay lugares que puedo arreglar para que te lleven".

El corazón le retumbó en el pecho. No quería que un miembro de su personal la acompañara. Le necesitaba. Tenía que estar atenta a cualquier lapsus en su discurso, tenía que conocer sus necesidades y deseos. Le necesitaba. Él era la clave para encontrar a Maia.

Dudó un instante antes de inclinarse hacia él. "Dijiste que querías conocerme, Razeen. ¿Qué mejor oportunidad que enseñarme tu país?".

Su rostro no cambió de expresión, siguió mirándola fijamente. Se obligó a no parpadear, a no ruborizarse, a no revelar lo mucho que dependía de su respuesta. Entonces su rostro se relajó en una leve y tensa sonrisa.

"Tienes razón, otra vez". No se inclinó hacia ella. Dudando, consciente de sí misma, Lucy se sentó en su silla. Había hecho un avance y no había sido aceptado. "Mientras tanto, tengo trabajo que terminar. Te llevaré a tu habitación y haré que alguien te traiga más tarde. Te llevaré a conocer Sitra esta tarde, si quieres.

"Eso sería genial, gracias".

"¿O quizás te gustaría descansar? Creo que no dormiste mucho anoche".

Sonrió. "Estoy acostumbrada. No duermo bien".

"Demasiados baños nocturnos quizás".

"Eso y demasiados sueños vívidos".

"Yo también". Le sostuvo la mirada con una intensidad de necesidad que la asustó e hipnotizó a la vez. El silencio entre ellos se prolongó demasiado para continuar con una conversación cortés. Se levantó y le tendió la mano. Ella la aceptó y él la atrajo hacia sí. Despacio, muy despacio, colocó ambas manos sobre las suyas y se las llevó a los labios. Un gesto tan anticuado, pero el efecto de la presión de sus labios sobre la piel de ella fue cualquier cosa menos suave. Ella se estremeció, su cuerpo reaccionó a su contacto como una cuerda de violonchelo floja que se toca larga y grave: vibrando, afinada, estremeciéndose bajo su contacto. Sintió su contacto mucho después de que sus manos la abandonaran. "Lucy Gee. ¿De dónde vienes?" Su voz estaba carrasposa por la lujuria.

"De la nada".

"¿Y es ahí donde desaparecerás?"

Ella asintió, tratando de concentrarse en sus palabras cuando todo lo que quería hacer era concentrarse en su cuerpo. "Tengo dos semanas antes de volver".

"Dos semanas". Dijo lentamente. "Eso es conveniente. Ven. Te llevaré a tu habitación". La cogió de la mano y la sacó a un sol radiante.

Su cuerpo y su mente se agitaban. No podía negar la atracción que latía entre ellos. Todo en él la encendía: desde el firme agarre de su mano sobre la suya, hasta la intensidad de su mirada y el recuerdo del beso de la noche anterior. Pero éste era el hombre del que Maia se había enamorado, con el que había sido vista por última vez. ¿Iba a seguir los pasos de su hermana y ser la siguiente en desaparecer en esta tierra extranjera y medieval?

Con cada paso que ella daba a su lado, con cada sutil movimiento y apretón de los dedos de él contra su piel, la respuesta se volvía más segura. Sí, así era. Porque su cuerpo no podía negárselo y porque era la única forma de encontrar a Maia.

El regreso a su habitación fue mucho más rápido que el camino que había tomado. En la puerta se detuvo, le acarició la mano con el pulgar y la dejó caer a su lado. "Estoy deseando enseñarte la casa más tarde".

"¿Siempre cuida tanto de sus empleados?"

Otra vez esa sonrisa. "No. Ni les doy un dormitorio tan cerca del mío".

Tanteó el pomo de la puerta, de repente incapaz de enfrentarse a él, o al hecho de que la evidente vibración sexual entre ellos no era sólo por parte de ella. Él también la deseaba. Se los imaginaba retomando la relación donde la habían dejado, como ella. La repentina revelación de las corrientes internas debería haberla hecho darse cuenta de lo imposible que era la situación. Pero sólo podía pensar en lo cerca que él estaba de ella.

Antes de que pudiera abrir la puerta, él había deslizado los dedos bajo su barbilla y había acercado sus labios a los suyos. El corazón le palpitó una, dos veces, por la lujuria y por algo más que se negaba a contemplar: la culpa podía esperar. Mantuvo los labios pegados a los suyos, sin apenas mover la boca durante unos segundos, como si la estuviera probando en lugar de saboreándola. Poco a poco, ella cayó bajo su hechizo, sus párpados se cerraron mientras sus sentidos se hundían bajo el poder de su tacto.

Se retiró tranquilamente, sin apartar sus ojos entrecerrados de los de ella, como si estuviera evaluando su respuesta. "Hasta luego, Lucy..." Su pulgar le pasó ligeramente por los labios. Y entonces desapareció: se perdió entre la exuberante vegetación de los jardines.

Abrió la puerta, se apresuró a entrar y se dejó caer contra la puerta cerrada, apretó los ojos con los dedos y maldijo.

¿Qué demonios estaba haciendo? Incluso si él no estaba implicado en la desaparición de Maia, Lucy Gee no tenía relaciones, no tenía intimidad emocional. Ella sólo seguía moviéndose a la siguiente cosa. Siempre moviéndose. No era sólo que fuera parte del pacto que había hecho con Maia para experimentarlo todo. Era más que eso. Lucy no deseaba repetir la devastación de su primer amor y sus terribles consecuencias. Se negaba a volver allí, a arriesgarse de nuevo. Y aquí estaba, jugando con fuego, porque sin ese fuego no podría encontrar a Maia.

Lucy dio las gracias al asistente que la había traído de vuelta a los jardines privados de Razeen. Apartó la pesada rama de flores y salió a la zona de asientos que daba a la bahía. La línea ininterrumpida del horizonte se fundía con el intenso azul del cielo. La agradable brisa marina agitó el pesado aire y Lucy volvió a relajarse con la vista y el sonido del mar. No creía que pudiera vivir sin tener el mar cerca. Había sido un punto de diferencia entre Lucy y Maia: ella necesitaba el mar y Maia siempre había buscado las ciudades abarrotadas de Europa. Entonces, ¿qué demonios hacía Maia a kilómetros de cualquier lugar?

Si Maia estuviera aquí, en cualquier lugar de Sitra, estaría en la ciudad. Lucy observó el revoltijo de edificios con sus tejados desiguales sobre los que brillaba el calor, distorsionando aún más el caos. Todo estaba tan cerca físicamente y, sin embargo, parecía otro mundo. Si lo era o no, pronto lo averiguaría. Razeen había prometido enseñarle la ciudad. Se apartó de la vista y pasó la mano por encima de las pesadas flores, liberando su dulce fragancia y un chorro de agua que le bañó la mano y el brazo en un destello momentáneo de los colores del arco iris.

"Un hacedor de lluvia, ¿eh?"

Lucy se dio la vuelta bruscamente. Razeen estaba cerca y parecía muy divertido.

"Debería haberlo sabido", continuó. "El día que llegaste a mi país se pronosticó una tormenta que llegará en unos días".

Sonríe. "Siempre me he considerado poderosa, pero no tanto como para hacer el tiempo".

Se acercó a ella y ella se volvió hacia él, instintivamente deseando que su cuerpo estuviera cerca del suyo.

"No debes subestimarte. Me imagino que ejerces una influencia mucho mayor de lo que crees".

Su sonrisa se desvaneció al mirarle a los ojos: unos ojos que habían dejado de bromear, pero que contenían una curiosa tristeza que ella no podía comprender.

"Creo que preferiría no conocer el alcance de los poderes que pueda tener. Podría usarlos para el mal. La ignorancia es felicidad y todo eso".

Le lanzó una rápida mirada de reojo. "La ignorancia nunca es una bendición. Y por eso te he hecho venir. Por la tarde es el mejor momento para ver las vistas que ofrece Sitra". Sonrió, relajado, una vez más. "Estaré encantado de enseñártela".

"¿No será un poco difícil por ser el Rey?"

"Iré de incógnito".

"Ah, de ahí las túnicas lisas".

"En efecto".

"Y, por tanto, sólo un guardaespaldas". Incluyó la cabeza hacia el guardia de aspecto poderoso que les esperaba en lo alto de unos sinuosos escalones de piedra.

Sonrió. "Eso es discreto para mí, créeme".

"Pero seguro que estás a salvo en tu propia ciudad".

"Por supuesto. A veces pienso que la guardia está ahí para evitar que me mezcle con la gente, y no al revés". Lucy frunció el ceño, sorprendida por el tono melancólico de su voz. "Vámonos. La mayoría de la gente estará descansando dentro de una hora o así. Entonces, tendremos los lugares que visitaremos para nosotros solos. Será mejor así".

Mejor para quién, pensó Lucy mientras lo seguía por los desgastados escalones que se aferraban precipitadamente al muro exterior del palacio antes de salir a la calle principal de Sitra. Estar a solas con Razeen no la ayudaría a encontrar a Maia. Y podría acabar perdiéndose a sí misma.

EN LA CALLE, Lucy fue golpeada por un muro de calor y ruido. Los puestos de venta de todo lo imaginable se alineaban a lo largo de la calzada y había gente por todas partes -las mujeres de negro, los hombres de blanco- recorriendo la acera y la calle. Retrocedió momentáneamente antes de obligarse a continuar.

"¿Ocurre algo?" Razeen dejó de caminar y la atrajo hacia él, bajo la sombra de un toldo descolorido.

Le sorprendió que se hubiera dado cuenta. Parecía que él era tan consciente de ella, como ella lo era de él. "Es tan..."

"¿Caótico?"

Ella asintió.

"Eso es lo que más disfruto. Pero no es amenazador, te acostumbrarás". Frunció el ceño. "Pero pareces fuera de tu elemento, como una sirena varada en la orilla".

"Un pez fuera del agua. No estás muy equivocado".

"¿Desea continuar?"

Maia. La única palabra flotó en su mente como una sombra. "Por supuesto. Me encantaría ver todo sobre la ciudad".

Frunce el ceño. "¿Estás seguro?"

Sonrió brevemente, tratando desesperadamente de reunir la confianza que normalmente sentía pero que se debilitaba aquí, ahora, con él. Volvió a sonreír. "Sí, estoy segura. Vámonos y me cuentas cómo fue crecer aquí".

Pronto formaron parte de la multitud. Para empezar, estaba tensa, observando los rostros de los transeúntes para ver si se fijaban en ella y en Razeen. Pero, con su piel bronceada y sus gafas oscuras, nadie le dedicó una segunda mirada, y las anodinas ropas de Razeen obviamente lograron su objetivo de completar el disfraz del nuevo Rey. Lo cual era extraño, pensó, dado que era más alto que la mayoría. Seguramente, incluso vestido con túnicas ordinarias, la gente lo reconocería. Lucy empezaba a preguntarse si la gente corriente sabía algo de su Rey.

"Supongo que ser el hijo del Rey debe haberte hecho la vida bastante fácil".

Sacudió la cabeza. "Era casi como si tuviera dos vidas".

"¿En serio?"

"Sí, dentro de palacio yo era el irritante hijo menor que, la mayoría de las veces, estorbaba. Era extremadamente formal". Frunció brevemente los labios. "Mi madre era... reclusiva y mi padre y mi hermano eran muy parecidos, y muy unidos".

"Suenas sofocante".

"Lo era. Por eso me escapaba".

"¿Adónde? ¿Al mar? ¿A las colinas?"

Se echó a reír. "Yo no soy tú, Lucy. A pesar de lo que pueda parecer en palacio, donde mis consejeros insisten en la formalidad, en mantener las distancias con todo el mundo, siempre me he sentido atraído por la gente. Solía escaparme al mercado y jugar con los chicos de allí".

"¿Sabían quién eras?"

"No", se rió. "No tenían ni idea. Yo sólo era otro chico flacucho con más interés en jugar, comer pan recién sacado de la sartén y besar chicas, que en estudiar las áridas asignaturas que le interesaban a mi hermano."

"¿Besar chicas era lo último en tu lista?" Se burló.

Le dirigió una mirada entrecerrada y su corazón se aceleró de repente. "Siempre primero".

Respiró hondo. "Me lo imagino".

Se acercó más a ella. "Incluso en la Universidad, mis intereses siguieron siendo los mismos".

"¿Se licencian en esas cosas?"

Sonrió. "Ojalá. No, mis estudios se ajustaban a mis intereses".

"Fuiste muy coherente, entonces". Se lamió los labios. "Tu compromiso con tus intereses no flaqueó".

"Si quieres ser bueno en algo, tienes que practicar. Si quieres ser un experto en algo, tienes que conocerlo bien".

Tragó saliva y respiró profundamente. "¿Y conseguiste... convertirte en un entendido?"

Sus labios se curvaron en una sonrisa sensual. "Ahora espero que te descubras a ti misma". Buscó en su rostro y lo que encontró allí pareció confirmar sus esperanzas y su sonrisa se hizo más profunda. "Pero por ahora, mi guardaespaldas, Assad, se está impacientando con nuestras divagaciones. Ven, te enseñaré algunas cosas. Te daré algunos antecedentes para tu artículo en la revista".

"¿Qué primero?" Ella apartó la mirada de él, tratando de concentrarse en la razón por la que estaba aquí.

"La Gran Mezquita de Sitra. Mira, allí, en la colina frente al palacio -las cúpulas doradas, los minaretes- es la Gran Mezquita. Es muy antigua y venerada tanto por cristianos como por musulmanes. Es muy especial". Se volvió hacia ella. "Eso, si quieres verla. Quizá prefieras pasar una tarde tranquila en palacio". Echó un rápido vistazo a su alrededor y, evidentemente satisfecho de que no se les hubiera pasado por alto, le recogió un mechón de pelo bajo el pañuelo. "Me he tomado la tarde libre".

Su cuerpo le pedía a gritos que aceptara su invitación. Desde el toque casual de su pelo, que dejó un rastro de calor en lo más profundo de su ser, hasta la luz de sus ojos cuando hablaba de los días de su infancia, transmitía una calidez y una facilidad que estaban en el corazón de su encanto. Pero sólo había una cosa que la detenía. La vieja brújula se movía pegajosamente entre sus pechos bajo la túnica. No podía orientarse hasta encontrar a Maia.

"La mezquita, Razeen, por favor. Me gustaría ver la mezquita y todo lo que ofrece la ciudad".

Frunció el ceño, inseguro. Probablemente no estaba acostumbrado a que rechazaran sus insinuaciones. Pero pronto se recuperó y se volvió hacia ella con su encantadora sonrisa habitual.

"La mezquita es."

LA MEZQUITA -con su cúpula central, sus minaretes, desde los que el muecín daba la llamada a la oración, y las arcadas, que discurrían paralelas a la dirección de la oración hacia La Meca- era impresionante. Y conmovió a Lucy de un modo que no esperaba. Su exquisita decoración y su tamaño eran impresionantes. Pero la mezquita, junto con los lugares a los que Razeen la llevó después, no contribuyeron en nada a su búsqueda de Maia.

Sin embargo, pensó mientras se quitaba las gafas de sol, había algo que había aprendido. Caminaban junto al mercado de mujeres y cuando se volvió hacia el mercado, su mirada se encontró con una docena de miradas. Los ojos verdes de Lucy indicaban su condición de *ferenji*, o extranjera. Se había enterado de que aquí no había otros occidentales y sabía que era imposible que la pelirroja de piel pálida Maia estuviera en la ciudad sin que se hablara de ella. Y era *esa* conversación lo que necesitaba escuchar. Debería ser bastante fácil. Razeen había comentado que, a pesar de las políticas aislacionistas de su padre, mucha gente en su país sabía un poco de inglés, y algunos mucho, con el aumento de las oportunidades de estudiar en el extranjero y la televisión por cable. Si tan sólo pudiera convencer a Razeen de que la dejara entrar sola en el mercado.

Volvió a ponerse las gafas de sol y se volvió hacia Razeen.

"¿Podemos parar aquí un rato?"

"Lo siento, he sido desconsiderada. Necesitas un refresco". Razeen hizo una señal a un vendedor para que se acercara con un vaso de zumo de granada y Lucy se lo bebió agradecida.

"Estaba delicioso, pero me preguntaba si podríamos entrar en el zoco".

Razeen frunció el ceño. "Es el mercado de las mujeres. No puedo entrar".

"Pero..."

"No puedo dejarte ir solo. Mañana, tal vez. Organizaré que algunas mujeres te acompañen".

Lucy se devanó los sesos intentando encontrar una razón para ir sola, pero antes de que pudiera responder apareció un funcionario de palacio que se inclinó ante ellos.

"Su Majestad."

Irritado por la megafonía, Razeen se volvió hacia el hombre con el ceño fruncido. "¿Qué pasa?"

"Asuntos urgentes en palacio. Su asesor superior le ha pedido que venga inmediatamente".

El rostro de Razeen se tornó sombrío y cerró los ojos brevemente, como si tratara de contener su irritación.

"Lo siento, Lucy. Debo dejarte ahora, pero Assad te hará compañía si quieres seguir mirando".

"Sería estupendo. Hay tanto que ver".

"Te veré más tarde". Sus labios se curvaron brevemente en una sonrisa, pero sus ojos permanecieron severos.

Razeen no tardó en perderse entre la multitud y Lucy se dirigió al mercado de mujeres. Se dio la vuelta y vio a un irritado Assad -obviamente poco impresionado por su descenso de categoría para atender a un visitante extranjero, y además mujer- que comprobaba si tenía mensajes en el móvil. Lucy aprovechó la oportunidad y se escabulló en las profundidades del mercado de mujeres, donde el guardia no pudo seguirla.

Era última hora de la tarde y el zoco rebosaba de gente tras el Qaylulah posterior al almuerzo,

durante el cual descansaron. Lucy se abrió paso por los estrechos pasillos entre puestos cargados de productos de todo tipo. Pero eran los puestos de comida los que la atraían. Siempre le había gustado la comida; la alquimia de convertir ingredientes crudos en algo especial la fascinaba. Se detuvo junto a un puesto de especias donde las bolsas rebosaban de especias del color del sol - rojas, amarillo pálido, dorado intenso, naranja bruñido-, algunas conocidas y otras completamente desconocidas para ella.

La mujer, de cuyo puesto se trataba, llamó su atención y le habló en un rápido árabe. Lucy sonrió y negó con la cabeza. Bajó la cabeza para oler una especia de color naranja brillante. La mujer volvió a intentar hablarle y Lucy volvió a negar con la cabeza. Esta vez, sin embargo, la mujer hablaba con otra mucho más joven que estaba de espaldas a ellas. Se dio la vuelta y miró directamente a Lucy.

"¿Inglés?"

Sorprendida, Lucy asintió. "Soy de Nueva Zelanda. ¿Hablas inglés?"

"Sí. El hermano de mi amiga vive en Estados Unidos y le envía programas de televisión. Me los presta y los dos aprendemos inglés. El hermano de mi amiga dice que soy buena".

"Lo eres".

La joven sonrió tímidamente. "Mi nombre es Aakifah."

"Y la mía, Lucy".

"¿Lo ves?"

Lucy sonrió. "Sí".

La otra mujer soltó un chorro de árabe a Aakifah. "Mi madre pregunta si compras sus especias o sólo las hueles".

Lucy sonrió a la madre. "Me encantaría comprar algunos, pero no los reconozco todos y no estoy segura de cómo se usan. ¿Podría decírmelo tu madre?"

Aakifah se volvió hacia su madre y mantuvieron una animada conversación. "Mi madre dice que te lo enseñará". Se volvió y habló rápidamente con otra joven. "Mi hermana trabajará en el puesto".

"¡Genial!" Lucy se quitó las gafas de sol y siguió a Aakifah por la parte trasera del toско puesto. "Gracias", sonrió y saludó con la cabeza a la mujer mayor, que ya estaba en cuclillas junto a un pequeño hornillo, calentando aceite en una sartén poco profunda.

No tardó en ponerse en cuclillas junto a las otras mujeres, escuchando las traducciones de Aakifah de las descripciones de su madre sobre las especias y la carne y los cereales con los que las utilizaba. Pronto, otras mujeres se agruparon a su alrededor al enterarse de que había una *ferenji* en el mercado. Al poco rato, la anciana sirvió un plato de comida e instó a Lucy a probarlo.

Lucy tomó un bocado, cerró los ojos y suspiró. "¡Fantástico!" Hizo un gesto de aprobación a la mujer mayor, que sonrió ampliamente.

"Mi madre pide que nos enseñes qué cocina haces, por favor".

"Me encantaría".

Lucy compró una selección de ingredientes con la ayuda de Aakifah y en poco tiempo estaba cocinando un plato que había sido durante mucho tiempo uno de los favoritos entre las tripulaciones de los barcos en los que había trabajado.

Se repartieron cucharadas entre un público agradecido.

"Mamá dice que está muy bueno. Le gusta especialmente cómo has combinado el limón con las especias. Pero se pregunta si tu marido y tus hijos aceptan la falta de carne de cabra".

Lucy hizo una larga pausa, consciente del abismo que las separaba. "No tengo marido ni hijos".

Después de que Aakifah tradujera, se produjo un grito ahogado colectivo y un murmullo de incredulidad recorrió el grupo.

"En Occidente es normal no casarse hasta que se es mayor", continuó Lucy, sintiendo la necesidad de justificar el comportamiento que los demás obviamente veían como muy extraño. "A las mujeres occidentales les gusta hacer carrera, vivir una vida independiente".

Hubo muchas sacudidas de cabeza y miradas de compasión.

"Madre dice que es un desperdicio de belleza y habilidad ser solterona".

"Agradece a tu madre sus cumplidos pero, por favor, asegúrale que soy perfectamente feliz tal y como soy". Lucy recibió miradas incrédulas y de repente se sintió incómoda. Ya había pasado suficiente tiempo en el zoco. Tenía que volver a palacio y aún no había hecho la pregunta cuya respuesta necesitaba. "Busco a alguien, Aakifah, a mi hermana. Creo que puede estar en Sitra. ¿Ves muchos occidentales por aquí? ¿Has oído hablar de una mujer muy bella, alta, pelirroja, de piel muy pálida?".

Aakifah frunció el ceño y habló brevemente a la pequeña multitud que se había reunido a su alrededor. Hubo un revoltijo de respuestas preocupadas, pero la plétora de cabezas temblorosas hizo que a Lucy se le hundiera el corazón. "Si tu hermana está en Sitra, no ha pasado por la ciudad. Habríamos oído hablar de una persona así. Parece un *jinn*, un fantasma".

Lucy forzó una sonrisa de decepción y se levantó. "No es un fantasma. Tal vez, como tú dices, ni siquiera esté aquí. De todos modos, tengo que irme. Por favor, dale las gracias a tu madre. Ha sido estupenda. Muy amable. Muy hospitalaria".

La anciana obviamente entendió el significado y asintió con entusiasmo mientras hablaba en un chorro de árabe a su hija. "Dice que tienes que venir otra vez".

"Me encantaría".

Aakifah caminó con Lucy hasta el borde del mercado, donde ambas se detuvieron. Mientras Lucy buscaba al guardia entre la multitud, se dio cuenta de que Aakifah la estaba estudiando, con las cejas fruncidas en un gesto de desconcierto. "¿Dónde te alojas en Sitra, L'cee?".

"En palacio. La persona para la que trabajaba conoce al Rey, que me ha permitido quedarme allí unas semanas".

Los ojos de Aakifah se abrieron de par en par. "¿El nuevo Rey? Es un gran honor. Pero", la mujer se mordió el labio y miró hacia arriba bajo unas largas pestañas oscuras, "¿no tienes miedo?".

Lucy frunció el ceño. "¿Asustada? ¿Por qué iba a tenerlo?".

"El nuevo Rey es muy severo. Hace grandes cambios en nuestra tierra. Los ancianos creen que sus métodos son demasiado extraños; no les gusta lo que hace".

"Pero las cosas han mejorado, ¿no? Parece que no faltan alimentos en los mercados".

"Es cierto. Ya no es como antes. Los pobres tienen más dinero, más comida. La vida no es tan dura".

"Entonces creo que el temor de los ancianos debe ser perder su dinero a manos de los pobres".

La breve expresión de asombro de Aakifah se convirtió en risa cuando abrazó a Lucy y se separaron. "Espero que vuelvas a visitarnos, L'cee".

"Yo también lo espero".

"Adiós L'cee."

La última sílaba siguió a Lucy hasta la calle como si llamara al mar que tanto amaba.

TRAS UNA PRIMERA andanada de árabe ininteligible, Lucy tuvo que soportar el silencio sepulcral de Assad hasta que la depositó a las puertas de palacio, dejándola con una somera reverencia. Sin saber cómo volver sobre sus pasos hasta su habitación, Lucy se dirigió a las oficinas principales, donde le indicaron que esperara en las salas de recepción pública, donde el rey había concedido una audiencia pública a algunas personas envueltas en una disputa por tierras. A Lucy le pareció medieval que se permitiera a la gente asistir a las reuniones, pero fue y se sentó en los asientos dispuestos al fondo de la sala.

Sólo había un puñado de personas observando. Lo que le llamó la atención fue la distancia entre Razeen y la gente a la que escuchaba. Pensó que se levantaría en cualquier momento para salvar la distancia que tan obviamente existía, no sólo físicamente sino en el tono de la gente. Pero no lo hizo. Razeen parecía tan solo allí arriba. ¿Por qué la gente no se sentaba con él? ¿Por qué la gente que hablaba con él no se sentía cómoda, a gusto? Parecía un hombre distinto al que ella estaba empezando a conocer. No había humor, no era accesible, no tenía la sensación de estar escuchando a la gente. Y lo hacía, ella estaba segura. Sólo que no lo parecía. Salió y esperó a que Razeen terminara.

POR FIN la gente se alejó por la entrada pública y Razeen salió por la puerta trasera con sus ministros. Vio a Lucy sentada a la sombra de un árbol y se acercó a ella. Ella se levantó de un salto, con el corazón acelerado al verle, y sonrió al notar el calor en sus ojos.

"He oído que le diste esquinazo a Assad. No le impresionó tu acto de desaparición".

La rodeó con el brazo y caminaron por el palacio.

"Quería ir al mercado de las mujeres y, bueno, él no podía venir también, ¿no? Una de las mujeres lo encontró y le contó lo que estaba haciendo. Él sabía que yo estaba a salvo. ¿Qué pensaba que me pasaría allí?".

"Te sorprenderías. Un visitante extranjero no autorizado llegó hace unos años y fue apedreado por las mujeres".

Lucy estaba conmocionada. "No me lo puedo creer. Esas mujeres eran maravillosas, no harían algo así".

"Son buenas mujeres. Pero también son mujeres tradicionales. No les gusta que los extraños entren en su mundo con ropa que les resulta desagradable. Amenaza todo aquello por lo que viven sus vidas. Las asusta. Y la gente asustada es gente peligrosa".

"Bueno, parece que me aceptan bien. Supongo que la abaya y el hiyab ayudaron".

"¿Y qué hiciste allí?"

"Cocinado".

Levantó una ceja. "*Eso sí que no me lo había imaginado*".

"Me enseñaron a hacer pollo kabsa y khubz y yo les enseñé a hacer buñuelos de judías picantes con una deliciosa salsa de limón".

"Debes haberles impresionado".

"Y ellos, en mí".

Frunció el ceño y se volvió hacia ella, buscándole una respuesta en los ojos como si su respuesta fuera de suma importancia para él. "¿Buena o mala?"

Hizo una breve pausa. "Más que bien. No había imaginado que serían tan maravillosamente

acogedores, tan interesantes y tan..."

Él apartó la mirada como confundido por su respuesta. "¿Diferente? Deben haber pensado que tu comportamiento era muy extraño, para alguien que se aloja en palacio".

"Lo hicieron. Y yo no entendía por qué. Pero empiezo a entenderlo". Le miró a la cara, preguntándose si respondería a la pregunta que se moría por hacerle. Era algo personal, pero él había dejado de ser el Rey. Sólo podía pensar en él como Razeen: el hombre que amaba a la gente pero que se veía obligado a mantener las distancias, el hombre que hacía un trabajo para el que no había sido criado ni educado. "¿Por qué eres tan distante con la gente?"

"¿Distante?" Cualquier sentimiento de indignación por su pregunta personal fue rápidamente contenido. "Es como es; como siempre ha sido. Si fuera más familiar, a la gente no le gustaría. Nuestra cultura es muy diferente a la tuya, Lucy. No debes olvidarlo".

Abrió la boca para mostrar su desacuerdo, pero se lo pensó mejor. Mientras contemplaba los tejados de los edificios de la ciudad bajo el palacio, ya no veía objetos inanimados, sino que imaginaba a las personas que había bajo ellos: personas vivas, que respiraban, con deseos e intereses como los suyos. *Eran* diferentes, pero no tanto. "Tal vez, en algunos aspectos. Pero en otros, son muy parecidos. Supongo que la gente es gente en cualquier sitio. Una cosa con mi negocio, la gente tiene que comer. Es lo mismo en todo el mundo. Vaya donde vaya, conecto con la gente a través de la comida".

Habían llegado a su puerta. "Hablando de eso, ¿me acompañas a cenar? Sólo nosotros". Añadió como si leyera su mente.

Necesitaba una oportunidad para descubrir si él sabía algo de Maia. Si, como empezaba a pensar, Maia no estaba en Sitra y él no sabía nada de su paradero, entonces podría divertirse. A medida que sus sospechas habían disminuido durante el día, también lo habían hecho sus defensas contra la atracción que sentía por Razeen. Las razones para mantener las distancias disminuían cada hora. Pero hasta que se demostrara que sus sospechas eran totalmente falsas, debía mantener una barrera entre ellos.

"No podría pensar en nada que prefiriera hacer."

"Bien. Hasta luego, entonces". Le tocó la mejilla en una despedida suave pero íntima y se dio la vuelta para marcharse.

"¿Adónde voy?" Llamó tras él.

"Vendré a buscarte a las siete". Se giró y sonrió. "Y trae un bikini".

La bola de fuego del sol se sumergió en el horizonte y el crepúsculo cayó como una cortina que trajo la oscuridad repentina a la ciudad, dejando a Lucy con una gran sensación de expectación por la noche que se avecinaba.

Miró por enésima vez los pantalones holgados y la camisa que llevaba y esperó que fueran adecuados. Razeen le había asegurado que podía ponerse lo que quisiera esta noche, que no irían a ningún sitio demasiado público. La idea la había tranquilizado y emocionado a la vez. Y el profundo estremecimiento no había hecho más que intensificarse mientras esperaba a que él llegara.

Justo a tiempo, llamaron a la puerta. Lucy aspiró lenta y largamente, dispuesta a mantener la calma mientras abría la puerta. El aire volvió a salir disparado al ver a Razeen, su cuerpo alto y fuerte vestido no con túnica, sino con unos pantalones informales y una camisa de cuello abierto que revelaban lo tonificado que era su cuerpo. Estaba de pie, con una mano apoyada en la pared y la mirada fija en las baldosas antiguas que tenía a los pies, como si estuviera sumido en sus pensamientos. Tenía las mangas de la camisa remangadas, lo que revelaba sus musculosos antebrazos y su pecho... No pudo evitar extender los dedos por el pecho y sentir el roce del vello contra su piel. Cuando levantó los ojos hacia los suyos, la mirada contemplativa fue rápidamente sustituida por un calor devastador que reflejaba los suyos.

"Señorita Gee. ¿Está lista?"

Asintió con la cabeza, incapaz de evitar que su corazón se saliera del compás al verle y olerle. Sin el keffiyeh, Lucy pudo ver que tenía el pelo corto, pero lo bastante largo como para pasarle los dedos. Sus pómulos eran anchos y sus labios estaban habitualmente apretados, como si estuviera decidido a mostrar contención. A pesar del control, la mirada intensamente sensual de sus ojos entrecerrados, al encontrarse con los de ella, mostraba sus verdaderos pensamientos.

"Absolutamente. ¿Necesito una abaya?"

El silencio se alargó mientras él la miraba de arriba abajo con aprecio. "Eres perfecta, exactamente como eres".

"Es que no quisiera ofender a nadie, yo, bueno...". Lucy se interrumpió, avergonzada por el cumplido, evidente no sólo en sus palabras, sino también en sus ojos.

"Le aseguro que no me ofende, sino todo lo contrario. ¿Nos vamos?" Ella cogió el brazo que le ofrecía agradecida y él lo apretó contra su cuerpo en un momentáneo y sutil abrazo destinado a tranquilizarla.

"Claro". Intentó mantener la concentración, pero caminar muy cerca de Razeen, inhalando su olor personal, habría destruido la concentración de un maestro zen. "Entonces", tragó otra bocanada de aire cargado de Razeen, "¿a dónde vamos exactamente?".

"Donde nos conocimos, en la siguiente bahía para ser exactos. Cenaremos allí. Mi familia tiene una posada allí. Estoy pensando en usarlo como modelo para la primera fase del turismo. Me gustaría saber tu opinión al respecto".

Un revoloteo de expectación recorrió a Lucy. No tenía nada que ver con Maia y sí con la idea de pasar una noche a solas con Razeen.

"Suena bien". Demasiado bien. Ella lo necesitaba; pero también necesitaba mantener la distancia y la cabeza.

En lugar de caminar por el palacio hasta la ciudad, Razeen la llevó a través de jardines secretos rodeados de altos muros: antiguos recintos, mucho más grandes que los patios y jardines de otras partes del palacio, donde columnas, que parecían romanas, aún sostenían pérgolas de piedra. Siguió el trazado del terreno descendiendo desde la cresta de la colina a través de una frondosa vegetación hasta llegar a una gran puerta que Razeen descerrajó. Saludó con la cabeza a los guardias de la caseta que había junto a la puerta y luego siguieron caminando, bajando un largo tramo de escalones antiguos hasta una pequeña bahía privada. La bahía estaba vacía, salvo por un gran cobertizo moderno para botes. Ignorando la enorme lancha motora, Razeen guió a Lucy hasta una pequeña lancha. Pulsó un botón en las grandes puertas, que se deslizaron hacia atrás revelando el agua azul tinta y el cielo nocturno.

"Todo un contraste: cobertizo para barcos de última generación junto a ruinas romanas".

"Necesito que mi huida sea segura". Él sonrió y a ella se le hizo un nudo en el estómago.

Subió a la barca y le tendió la mano. Ella saltó a sus brazos y él la acercó suavemente a su cuerpo, con las manos deslizándose suavemente alrededor de su cintura. Su camisa blanca brillaba en la oscuridad del cobertizo. Ella bajó la cabeza e inspiró profundamente, impregnada de las cálidas notas del cuero y el ámbar gris. No se oía nada más que sus respiraciones aceleradas y el suave chapoteo del agua contra la parte trasera del cobertizo.

Su mirada se posó en los labios de él, que se separaron en respuesta. Ella se balanceó, repentinamente desorientada, y él la agarró con más fuerza, como si fuera consciente del más mínimo movimiento. La abrazó un instante antes de pasarle la mano por el costado, desde las costillas hasta las caderas, provocándole una oleada de sensaciones.

"Me alegro de que no lleves abaya esta noche".

"Como habías mencionado un bikini, imaginé que no íbamos a ningún sitio formal".

"Tienes razón. Somos menos formales dentro de las dependencias privadas del palacio y donde vamos. Creo que nos encontrarás menos salvajes, más sofisticados de lo que puedas imaginar".

"Tengo una imaginación muy viva".

Entrecerró los ojos como si tratara de contener un pensamiento secreto. "Bien. Me aseguraré de que le demos un buen uso".

Lucy pudo sentir cómo el rubor subía desde lo más profundo de su ser. Su mirada ardiente la despojó de la ropa como si no estuviera allí. Se sintió tan desnuda como si sólo llevara puesto el bikini. Quería apartarse -él era demasiado peligroso-, pero lo necesitaba; necesitaba que bajara la guardia y le dijera dónde estaba su hermana. Tragó saliva.

"¿En qué sentido?"

Volvió a acercarse a ella para que pudiera sentir el calor de su cuerpo, la sutil fricción de su

camisa contra su piel, su aliento contra su mejilla. No podía apartar los ojos de sus labios. Eran labios casi severos, pero sabía el efecto que podían tener en ella. Él inclinó la cabeza, rozando su mejilla con la nariz; sus labios se acercaron tentadoramente a los de ella. Todos los pensamientos de distancia se esfumaron e instintivamente ella movió la cabeza en un ángulo suave para que él pudiera besarla. Pero el beso no llegó y, en su lugar, vio cómo la boca que tanto deseaba tocar la suya se curvaba en una deliciosa sonrisa y se alejaba de ella.

"Se me ocurren muchas maneras. Sin embargo", sonrió aún más y se apartó de repente, "no hay prisa. Estamos solos aquí, con el mar y las estrellas. Tenemos todo el tiempo del mundo".

Se apartó confusa, mientras las necesidades de su cuerpo chocaban con los pensamientos que bullían en su cerebro. Se sentó en la parte delantera del barco, mientras Razeen encendía el motor. En pocos minutos se habían adentrado en el mar de tinta. El rugido de la embarcación rompió el silencio. Mientras salían a toda velocidad de la apartada bahía y se adentraban en el océano cada vez más oscuro, Razeen se sintió abrumada una vez más por la belleza del lugar. A sus espaldas, los jardines del palacio se extendían por la cresta, y sólo una cadena de luces brillantes penetraba en la frondosa oscuridad para indicarles el camino que habían seguido. A su derecha, la ciudad apareció de repente. No había neones intermitentes, sólo pálidas luces parpadeantes surgían de las casas de color pardo. Tampoco había un halo de luz brillante coronando la ciudad para ocultar las estrellas que empezaban a emerger en el denso cielo añil. La oscuridad de la ciudad permitía a las estrellas revelar todo su esplendor.

Pasaron a toda velocidad por delante de la ciudad, bordeando el puerto con su maraña de velas blancas que brillaban dulcemente en el crepúsculo. Sentada en la proa del barco, Lucy agradeció la oportunidad de esconderse tras su melena azotada por el viento. El suave rocío caía sobre su piel y respiraba profundamente el aire cálido y húmedo. Siempre se sentía más relajada cuando estaba en el mar, pero esta noche -atrapada entre su atracción por Razeen y sus temores por Maia- se sentía emocionada. Rara vez lloraba, pero ahora las lágrimas le punzaban los ojos y temblaba. Debe de ser el viento, pensó mientras se pasaba subrepticamente los dedos por debajo de los ojos.

Mientras el barco daba la espalda al viento y emprendía el regreso a la orilla, cerró los ojos unos instantes deseando que la confusión de emociones remitiera. Había venido a buscar a su hermana, pero en su lugar había encontrado a un hombre que, con sólo tocarla, le hacía olvidar todo lo que era importante para ella. *Tenía* que serenarse, olvidar las cosas que amenazaban su propósito. No podía desmoronarse ahora, había llegado demasiado lejos.

Razeen aminó la marcha cuando vio un embarcadero. No parecía haber nada más allá. Sólo se veían dunas de arena. Pero a medida que se acercaban, una forma oscura asomaba a su derecha, sólo ligeramente más alta que la tierra circundante. Razeen maniobró con cuidado la embarcación hasta que estuvo junto al embarcadero, apagó el motor, tiró con pericia una cuerda alrededor de un poste y saltó fuera. Le ofreció la mano, pero ella no la cogió inmediatamente. Se volvió un momento para contemplar el mar de tinta, casi reacia a dejar atrás su anonimato, asustada, por primera vez en mucho tiempo, de enfrentarse a lo que había en la orilla.

"¿Lucy?"

Sus ojos brillaban bajo la luz mortecina. Se entrecerraron cuando trató de averiguar el motivo de su vacilación.

"Sí, lo siento". Ella le cogió de la mano y él la ayudó a subir al embarcadero, pero luego retiró la mano como si fuera consciente de sus dudas.

"¿Va todo bien?"

Intentó sonreír, pero sentía la boca tensa por la aprensión. ¿Qué demonios estaba haciendo? Sabía lo que pasaba cuando bajaba las defensas emocionales. Había pasado por eso a los quince años y no pensaba volver a ser tan vulnerable emocionalmente. Desde entonces siempre se había protegido, siempre había tenido el control. Pero ahora se sentía como un trozo de madera, flotando en el mar, a merced de las mareas. Y las mareas habían decidido arrastrarla a esta orilla, con este hombre, de quien un solo roce la dejaba expuesta.

"Claro". Se obligó a relajarse. Se pusieron en marcha, sus pasos sonaban huecos en el muelle, bajo el cual se agitaba el mar.

"Entonces, ¿qué tienes en mente, qué te da esa expresión tan pensativa?"

"Recuerdos, eso es todo." No es una mentira completa.

"Pero no has estado aquí antes".

"No. Es todo tan extraño y tan hermoso, pero aún me recuerda a casa de una manera extraña".

"¿Y dónde está tu casa?"

"La costa de Nueva Zelanda: virgen, amplia, expansiva".

"Nunca he estado allí. He oído que es precioso". Hizo una pausa. "¿Con qué frecuencia vuelves?"

"Nunca", se encogió de hombros. "Ahora no hay nada allí para mí. No he vuelto en ocho años, desde que tenía dieciséis".

Frunció el ceño. "¿No tienes familia que visitar?"

La sonrisa le temblaba en los labios. "Están repartidos por todo el mundo".

"¿Y eso no te preocupa? ¿No deseas sentar la cabeza?"

¿Era la imaginación de Lucy o intuía que la pregunta era importante tras su capa de cortesía?

"No. No quiero asentarme, nunca. Me encanta viajar y me encanta el mar, así que mi trabajo es perfecto".

Se había detenido y asintió con la cabeza, como si la respuesta le complaciera. "Por aquí". Le rozó ligeramente el brazo y ella cerró los ojos en la oscuridad mientras su tacto recorría suavemente su cuerpo, abriendo sus sentimientos de una forma que no había experimentado en tanto tiempo y acallando esos temores que su contacto debería haber encendido.

Mientras su mano se deslizaba por su brazo, él la tomó entre las suyas y caminaron hacia la casa. Sólo cuando estuvieron frente a ella se dio cuenta de que lo que había creído que era el cielo, era una pared de cristal. La casa era larga y baja, toda su fachada era de cristal que se reflejaba y fundía con el cielo. A cierta distancia de la cabaña se agrupaban otras viviendas. Un sensor de luz se encendió y la luz llovió sobre las hierbas, dándoles un curioso color plateado que les restaba todo color.

Deslizó las puertas hacia atrás y descubrió una habitación amueblada con sencillez, con sofás de gran tamaño colocados sobre un suelo de madera oscura. Una pared estaba cubierta de libros. Puso música y los altavoces se encendieron suavemente.

"¿Es este tu retiro del mundo?" Se acercó a los libros, atraída por la enorme variedad, y los recorrió suavemente con las yemas de los dedos. "Cuántos libros".

"Tengo poco tiempo para leer en palacio. Vengo aquí a descansar, a relajarme. ¿Le gusta leer?"

Frunció el ceño y negó con la cabeza. "Nunca cogí la costumbre".

"¿Pero en la escuela?"

"No. No andaba por ahí en el colegio". Esbozó una brillante sonrisa -sólo su hermana sabía la

verdadera razón por la que había dejado los estudios tan joven- y se volvió hacia él. "Quería salir, ver mundo, vivir un poco".

Le hizo pasar al comedor, donde les habían preparado la cena. "¿Y a tu familia no le importó?"

"Mi madre murió cuando yo tenía doce años y mi padre hacía tiempo que se había ido". Se encogió de hombros. "Se fue con otra mujer".

"Lo siento."

Levantó la mirada bruscamente, la antigua actitud defensiva volviendo a la vida. "¿Por qué? Me hizo valerme por mí misma; me hizo darme cuenta de que nadie más iba a hacer mi vida por mí, excepto yo".

"Suenas solitario."

Se dio la vuelta para mirar al mar. "Tengo a mi hermana".

"¿Todavía estás cerca de ella?"

Ella se quedó muy quieta, consciente de que él se sentaba enfrente, pero concentrada en el suave dibujo del mar sobre la arena al otro lado de su ventana. "Sí". Se obligó a mirarle a los ojos. "Sí", repitió, ahora con más fuerza. "Me cuidó después de la muerte de mamá. Sólo tenía dieciséis años, pero trabajaba de modelo, camarera, lo que fuera, para poder mantenerme en la escuela, tenerme con ella".

"¿Y las autoridades se lo permitieron?"

"No lo sabían. Es más fácil perderse en un sistema de lo que uno cree".

"Y tu padre, ¿no volvió cuando murió tu madre?"

"Papá volvió pero mi hermana le echó otra vez".

"Tu hermana parece un personaje formidable, como tú".

"Lo es". Lucy frunció el ceño. "En general, lo es. Supongo que todos tenemos nuestras debilidades".

"¿Y la de ella?"

"Glamour". Le encanta la buena vida. Una reacción a su educación, supongo. Se deja seducir fácilmente por una palabra suave aquí, una promesa allá, fácilmente arrullada por ropa lujosa, buena comida, fiestas, la alta vida".

"¿Y tú no?"

"No." Le sostuvo la mirada. "No confío en ninguna de esas cosas".

"Percibo que no das tu confianza fácilmente".

Ella negó con la cabeza, no dispuesta a responder, no dispuesta a dar más detalles sobre el origen de su falta de confianza.

"Yo tampoco", continuó. "Pero confío en ti".

Ella abrió los ojos sorprendida. "¿Por qué?"

"Porque eres, como eres. No finges. No hay nada que necesites de mí, nada que necesites que crea sobre ti para que te lo dé".

La compostura de Lucy vaciló sólo momentáneamente. "Háblame de ti".

"¿Yo?" Suspiró. "Soy mucho menos interesante que tú".

"Sí, claro. Tú eres un Rey y yo soy un chef".

"Ah, pero yo no estaba preparado para ser Rey. Yo era el hijo menor. Mi padre creía que yo era más adecuado para la vida de un caballero inglés sin responsabilidades, ni deberes."

"¿Mejor adaptado?"

"Dicho así, mi hermano mayor era muy parecido a mi padre. Ambos eran tradicionalistas,

autocráticos y parte integrante de la élite de Sitra. Yo no era como ellos. Recuerdo que de joven, antes de que me enviaran a un internado en Inglaterra, me preguntaba por qué se hacía algo de una determinada manera. Ni mi padre ni mi hermano sabían explicarlo, ni veían por qué era necesaria una explicación. Poco después me enviaron a Eton. No se me podía confiar la tradición de Sitra".

"¿Quizás tu padre quería algo diferente para ti?"

"Gracias por su generosa interpretación. Pero no, no era muy querido por mi padre, demasiado curioso, demasiado deseoso de desafiar. Aparentemente no son buenos rasgos en un líder".

"Y sin embargo, aquí estás, líder de tu país".

"Mi padre murió hace varios años y mi hermano falleció repentinamente tras una corta enfermedad el año pasado. No había nadie más, aparte de los reyes de los países vecinos-Qawaran y Ma'in".

"¿Habrían intentado apoderarse del país?"

Razeen se rió y negó con la cabeza. "No. Son nuestros aliados. Sitra tiene un tratado tanto con Qawaran, una región montañosa gobernada por el rey Zahir, como con Ma'in, una importante ciudad estado gobernada por el rey Tariq. Los tres somos fuertes juntos. Sin una parte de los tres funcionando, nuestras tierras serían vulnerables. No tuve más remedio que volver".

"Así que tuviste que dar la espalda a tu antigua vida. Debió de ser duro".

Él no respondió de inmediato, pero ella vio los recuerdos revolotear por sus ojos como nubes que proyectan sombras. "Debería haber sido duro, pero no lo fue. Un hombre no puede vivir mucho tiempo sin trabajar de verdad. Estaba cansado de una vida que giraba en torno al puro placer. No hay nada noble en eso".

Lucy se dio cuenta de que estaba resultando ser un personaje bastante diferente al que había imaginado en un principio.

"No lo sé", trató de mantener la ligereza. "Eso es lo que pretendo. Seguir adelante, seguir disfrutando de la vida".

Sirvió dos copas de champán, le dio una y acercó la suya a la de ella. "Por Lucy, que algún día encuentres un lugar donde quieras quedarte".

Sacudió la cabeza, nerviosa, mientras sus palabras le llegaban con más precisión de la que él hubiera podido imaginar. Dio un sorbo al vino seco y efervescente y tragó con fuerza. Sacudió la cabeza con más fuerza de la necesaria, como para convencerse a sí misma tanto como a él. "Viajar me sienta bien. No tengo ningún deseo de quedarme en un sitio. Nunca".

Frunció el ceño. "¿De qué huyes?"

Le sostuvo la mirada, incapaz de esbozar una sonrisa para tranquilizarle, mientras la punzada aguda de recuerdos dolorosos amenazaba con emerger. Volvió a negar con la cabeza. "Nada. Y con esa palabra negativa, los recuerdos desaparecieron. "Viajar me sienta bien, eso es todo".

Su ceño se frunció como si no aceptara su respuesta. "¿Qué te hizo querer venir a Sitra? Buscaste el barco de Alex y buscaste mi país. ¿Por qué?"

Los latidos de su corazón se aceleraron y bebió otro trago estudiado de champán, ganando tiempo para que su voz se estabilizara. "Ya se lo he dicho. ¿Piensas tan poco de tu país para imaginar que no querría venir aquí?".

"En absoluto. Pero sé que mi país es poco conocido fuera de su entorno inmediato. Siento curiosidad".

Colocó el vaso sobre la mesa con lenta deliberación. "Seguro que has enseñado el lugar a

otros occidentales, a otras personas, ¿mujeres quizá?"

"Unos cuantos".

Su corazón latía con fuerza. "¿Qué era lo que les intrigaba, qué era lo que querían ver?"

"No la vida nocturna, eso seguro. Mis amigos -algunos de ellos- deseaban ver el país que yo había heredado: su historia, la belleza de la costa y las maravillas naturales, como la ciudad de las cuevas".

"Ciudad de cuevas. No he oído hablar de eso".

"En el interior hay una zona montañosa donde la roca ha formado cuevas naturales. Estas cuevas se han excavado durante milenios para proporcionar viviendas a los beduinos".

"Suena bastante básico".

"No es tan básico como te imaginas. Te llevaré allí si te interesa".

"Sin duda. La revista en la que colaboro siempre busca artículos únicos".

"Haré arreglos esta semana para llevarte".

"¿Puedes permitirte el tiempo libre?"

"La semana que viene, más o menos, es la última que tengo de vacaciones. Después estoy totalmente comprometido".

"Buen momento, entonces."

Levantó su vaso. "Por el buen momento".

Levantó su copa hacia la de él, la luz captó el cristal tallado y lo bañó a su alrededor. "Que nos traiga a ambos lo que deseamos". Y Lucy pudo ver exactamente lo que Razeen quería por la forma en que sus ojos se oscurecían de deseo.

Levantó su copa. "Por la satisfacción mutua". Chocó ligeramente su copa con la de ella. "Más tarde, te mostraré las atracciones que ofrece la Logia cuando oscurece. Pero, por ahora, vamos a comer".

"¿Atracciones por la noche?" Enarcó una ceja. "Eso suena... intrigante".

Sus labios se curvaron en una sonrisa ambigua. "No creo que te lo diga todavía. Te dejaré pensarlo durante la cena. Pero te daré una pista: es un hobby mío".

Lucy parpadeó, confusa. "No puedo decir que eso me tranquilice".

Sonrió. "Tal vez no deseo que estés tranquilo, o cómodo".

Lucy no sabía si era la forma en que la miraba o el alcohol que había bebido, pero todo su cuerpo se sentía vivo por la expectación.

"Pues lo estás consiguiendo".

"Bien, ahora come".

"¿SABES? De todas las cosas que se me habían pasado por la cabeza, ésta no era una de ellas".

Razeen se rió detrás de ella mientras le ponía una mano en el hombro e inclinaba un poco el gran telescopio hacia la derecha.

"Allí verán un grupo de tres estrellas -las Cícladas- que son las más brillantes que han visto en veinticinco años. El interior y la zona costera de Sitra son famosos por sus cielos oscuros y el brillo de las estrellas".

Lucy acercó el ojo al telescopio y las estrellas se enfocaron con nitidez. "El detalle es asombroso". Respiró agitadamente cuando la mano de él cubrió la suya en una breve caricia antes de inclinarla ligeramente en otra dirección.

"Y ésta es Venus, la estrella más brillante del atardecer. Hace poco estuvo en tránsito sobre la

Luna. Un espectáculo asombroso".

Lucy no dijo nada, pero siguió mirando el planeta, cuyo terreno sentía que podía alcanzar y tocar. Era algo tan lejano, tan distante de ella, tan inalcanzable y, sin embargo, allí estaba, de un dorado pálido, brillando bajo el leve temblor de luz y movimiento que se interponía entre ella y él.

"Es precioso, ¿verdad?"

Se apartó bruscamente del telescopio, se apartó de Razeen y contempló los tres cuartos de luna, tan brillante, a pesar de que aún no estaba llena. "Es lo más hermoso que he visto nunca". Se aclaró la garganta, que de pronto sonó ronca. El agua oscura se movía silenciosamente bajo ellos, la brisa nocturna agitaba las hojas de las palmeras. Lucy quiso que el aire cálido de la noche refrescara sus mejillas acaloradas. Cuando se hubo serenado, se volvió hacia él. Él se había movido y estaba apoyado de espaldas en la barandilla de madera, con los brazos cruzados, observándola.

La luz de las estrellas y la luna resaltaban sus mejillas y el blanco de sus ojos, pero su ropa y su piel oscuras le hacían parecer que no era él mismo. Por un momento pudo olvidar que era la última persona que había visto a su hermana. Era él mismo, tan seductor como las estrellas.

"Tú, Lucy, eres una mujer de lo más inusual".

"No, no lo estoy."

Alargó la mano y le apartó un mechón de pelo de la cara y le pasó un dedo por la mejilla, con expresión concentrada, como si intentara descifrarla a partir de la línea de su rostro.

Ella cerró los ojos, tratando desesperadamente de reprimir su respuesta a su tacto.

"Tan hermosa, tan ferozmente independiente, tan intrépida. Eres como un pájaro salvaje que vuela en los alisios, llevada adonde los vientos, o las mareas en tu caso, te llevan. Y ahora que has aterrizado en mi orilla, me gustaría capturarte por un corto tiempo".

Su cara estaba tan cerca de la de ella que no podía ver sus rasgos con claridad. "¿Entonces me dejarías ir?"

Sonrió, con los ojos arrugados en las comisuras. "Qué pregunta tan extraña. ¿Crees que tengo la costumbre de atraer a las mujeres a mi palacio, capturarlas y nunca dejarlas ir?"

Dejó caer la mano y caminó de nuevo hacia el charco de luz que se derramaba desde el interior iluminado por las velas. Su figura, su forma y sus detalles se enfocaron y Lucy volvió a verlo como el Rey. "No, no lo sé". Se giró incómoda antes de volverse de nuevo hacia él, encogiéndose nerviosamente de hombros.

Frunció el ceño de repente y con pesadez, sin humor. "No, Lucy, no lo estoy. Eres la primera mujer que traigo a la Logia. Desde que estoy en Sitra, no he tenido un momento para mí. Y eso continuará. Esta vez es un breve respiro para mí. Créeme".

Se sintió aliviada y dejó de mirar, concentrándose en la huella que dejaba su dedo en la fina capa de arena que cubría la cubierta. "Te creo".

Que Dios la ayude, lo hizo. Hiciera lo que hiciera Maia, estuviera donde estuviera, no era con Razeen. La sospecha se deslizó de su mente como un peso y en su lugar floreció fuerte y pesada su atracción. Se acercó a él, que le tendió la mano y la estrechó contra él.

Ella jadeó contra su boca cuando él le besó primero el labio superior, luego el inferior y después le tocó la punta de la lengua con la suya. Él gimió y deslizó las manos por su cuerpo, atrayéndola más hacia él.

Una parte de ella quería retroceder, alejarse de él. No porque siguiera sospechando de él, sino porque nunca antes se había sentido tan atraída por una persona. Sacaba de ella algo que siempre

había mantenido oculto. Se sentía nueva y peligrosa. Ella quería viajar ligera de equipaje por el mundo, nunca quiso dejar nada atrás. Nunca quiso hacerse vulnerable, como su madre, como ella misma había hecho una vez. Pero su cuerpo tenía otros pensamientos y deslizó las manos alrededor de su cintura, sus dedos encontraron y acariciaron los contornos apretados de su espalda y lo acercaron más a ella. El beso se hizo más profundo y, cuando finalmente se separaron, la boca de él encontró el cuello de ella y ella se arqueó hacia atrás, dejando que la luz de la luna se filtrara a través de sus párpados cerrados mientras se sumergía en la sensación.

Deslizó las manos hasta su trasero y se lo acarició antes de apartarse. Apoyó la frente en la de ella. "Lucy. Dime si voy demasiado rápido para ti, porque si por mí fuera te tendría aquí y ahora. Parece que olvido los detalles de la seducción cuando estoy contigo".

"Razeen". Ella movió el pulgar contra sus labios y él cerró los ojos mientras su boca atraía el pulgar hacia dentro. Un temblor de deseo recorrió su cuerpo y se posó en lo más bajo. Ella sonrió. "Quizá sea algo que pueda enseñarte".

"Jenemos toda la noche, Razeen. Y", sonrió, llena de alivio al ver que sus sospechas habían resultado infundadas. "Me prometiste un baño". Se miró la camisa suelta. "Llevo el bikini debajo. He venido preparada". Lo miró hacia el bikini, que apenas dejaba ver el escote, y sintió que sus pezones se endurecían bajo su mirada.

"Así que lo hiciste".

"¿Lo hiciste?"

"Siempre estoy preparado".

Caminó hacia los escalones, echó una rápida y burlona mirada detrás de ella para ver que sus ojos no se habían apartado de los de ella y luego saltó a la arena. "¿Lo suficientemente preparado para una carrera?"

Le oyó seguirla y su caminar se convirtió en un trote, que se transformó en carrera al oírle a pocos pasos detrás de ella. Al llegar a la orilla, se quitó rápidamente la ropa y corrió hacia el mar, hasta que la profundidad le permitió zambullirse.

Ella se volvió, riendo, a tiempo para ver cómo él se echaba la camisa encima de los pantalones. En calzoncillos, se zambulló en el mar y se lanzó con fuerza tras ella. Ella se dio la vuelta y siguió nadando hasta el pontón que apenas se movía en medio de la bahía. Apenas había apoyado las manos en él cuando el brazo de Razeen la rodeó por la cintura y tiró de ella, arrojándola de nuevo al mar mientras él se levantaba.

"Yo diría que gané esa carrera".

Se rió mientras pisaba agua. "Yo diría que hiciste trampa".

"Creo que llamar 'tramposo' al Rey es un delito punible".

Nadó hasta el pontón, colocó los pies a ambos lados de los de él y, rápidamente, le agarró los tobillos y se impulsó hacia un lado, tirando de él hacia el agua y sumergiéndolo. Riendo, nadó fuera del alcance de su brazo. "¿Y cuál es la ofensa por ofender la dignidad de un Rey?"

"Te lo enseñaré cuando te coja".

Se dio la vuelta y nadó a lo largo de la columna de luz de luna, adentrándose en el océano. Pero al cabo de dos brazadas, él la levantó con las manos alrededor de las piernas. Tiró de ella con fuerza hacia él y, de repente, ella se abalanzó sobre su cuerpo. Tenía los labios en el cuello y los brazos alrededor de la cintura mientras la sostenía pisando el agua. Su erección estaba dura contra su trasero y espalda y ella se movía contra ella con cada subida y bajada de las suaves olas.

De repente, él la rodeó y reclamó su boca con la suya, y ella no pudo hacer otra cosa que someterse a sus labios y a su lengua. Todo pensamiento racional desapareció; no había nada más que sus dos cuerpos en el elemento que ella siempre había considerado suyo: el agua. Rodeó sus caderas con las piernas y se abrazó íntimamente a él. Su erección se frotaba contra ella, dura y fuerte. Le rodeó el cuello con los brazos, necesitando profundizar el beso. El ligero oleaje de la marea movió sus cuerpos, uno contra el otro.

Ella se apartó y nadó de nuevo hasta el pontón, donde se subió a su superficie. Él se colocó entre sus piernas, se impulsó hacia arriba y le besó los pezones, uno tras otro, por encima de la fina tela del bikini. Ella jadeó y echó la cabeza hacia atrás, permitiéndole un acceso más fácil a los pezones que ansiaban ser tocados. Con un rápido movimiento detrás de ella, desató el lazo que sujetaba la parte de arriba del bikini y se lo quitó. Le cogió los pechos y los lamió con pereza. En el fondo, sus músculos se tensaron de placer y se humedecieron; su mente estaba adormecida por la lujuria. Le chupó los pechos, alargando el pezón, antes de levantar la cabeza hacia la de ella. Ella se deslizó hacia delante para que su sexo se encontrara con el de él en el lateral del pontón.

Con otro rápido movimiento, le quitó la braguita del bikini, bajó al agua y la besó íntimamente. Ella cayó de espaldas sobre el pontón y él deslizó las manos por debajo de sus nalgas y la acercó a su boca, mientras la madera erosionaba la sensible piel de su espalda. El fuego blanco se disparó en su mente cuando la dura lengua de él se movió sobre ella con precisión, con movimientos regulares de empuje, que la hicieron tambalearse. Gritó en la noche en blanco y abrió los ojos de repente para ver las estrellas, como un manto sobre los dos, testigos silenciosos de las sensaciones que aún la consumían por dentro.

Flotando en el pontón en medio del océano, con el cuerpo lleno de sensaciones y saciedad, tuvo la curiosa sensación de estar flotando, no sobre el agua, sino sobre el aire, de estar incorpórea y, sin embargo, más viva de lo que nunca se había sentido. Se incorporó y le acarició los hombros, envolviéndole el cuerpo con las piernas mientras se deslizaba lentamente de nuevo en el agua, de nuevo a su alrededor.

"Lucy. Me vuelves loco de necesidad. Pero no puedo estar preparado en medio del océano. Ven conmigo a la playa donde pueda hacerte el amor como es debido".

Le besó larga y duramente. Luego se separó de él y flotó de espaldas durante unos segundos mientras él la observaba, desnuda, con el cuerpo blanco bajo la pálida luz de la luna. Luego se dio la vuelta, movió los pies y lo salpicó. Él intentó agarrarla por los pies, pero ella se rió y se alejó nadando.

"Una carrera de vuelta a la orilla."

"Y tú, Lucy, ganarás porque tu excitación no restringe tus movimientos".

Pero se equivocaba. Ella no quería ganar. Pataleó sólo lo suficiente para adelantarse ligeramente a él y cuando él la agarró por el pie no se apartó. Y cuando el agua se volvió poco profunda y él la acercó a él y la besó de nuevo, ella no se apartó. Fue Razeen quien finalmente se apartó. Se acercó a su ropa, extrajo un paquete y volvió junto a ella, que seguía tumbada en la orilla. Se quitó los calzoncillos y los arrojó a tierra con el resto de sus cosas. Ella le pasó la mano por la pierna, a lo largo de su sedosa longitud y ahuecó su peso entre las manos. Él gimió, se puso el preservativo y se dejó caer encima de ella. Ella lo envolvió con su cuerpo con abandono y él se deslizó dentro de ella inmediatamente y se quedó allí, mirándola profundamente a los ojos.

"¿Razeen?" Su voz era vacilante.

Le alisó el pelo que le cubría la cara. "Eres tan hermosa, Lucy. Tan hermosa".

Ella sacudió la cabeza y estaba a punto de negar su comentario cuando él se deslizó y empujó dentro de ella con fiereza, ahogando cualquier pensamiento racional. El suave oleaje se agitó a su alrededor y la arena se movió bajo su cuerpo mientras él se hundía repetidamente en ella. Ella le rodeó con las piernas y le clavó los talones en las nalgas, empujándole a penetrarla más fuerte y más rápido. Se corrieron juntos y ella se dejó caer hacia atrás, con el pelo arrastrándose por la superficie de las olas.

A pesar de la avalancha de sensaciones -del agua y de él dentro de ella-, seguía sintiendo su aliento, caliente contra su mejilla, sus labios saboreándola suavemente como si no pudiera saciarse de ella, y su cuerpo muy dentro del suyo, moviéndose ligeramente, encendiéndola con un deseo renovado.

Rodaron sobre sus costados, aún conectados y se besaron una vez más, pero esta vez con ternura. Él se apartó como si quisiera verla, pero ella acurrucó la cabeza contra su pecho. Por alguna razón que desconocía, no quería que él la viera. Entregarse físicamente era una cosa, pero emocionalmente siempre se había mantenido en reserva. Razeen había traspasado esa barrera y ella se sentía más desnuda que nunca en su vida.

"Lucy, ¿qué pasa?"

Se estremeció ligeramente. "Nada"

"¿Tienes frío? Ven". Se separó de ella y se levantó, tendiéndole la mano. "Te calentaré en una ducha caliente".

La atrajo a su lado y caminaron desnudos hasta la cabaña, dejando atrás la ropa. Las gotas de agua le corrían por el pelo y le bajaban por el cuerpo en finos riachuelos que brillaban a la luz de la luna, antes de enredarse en el vello que le bajaba desde el estómago. Lucy apretó los dedos contra su estómago, sonriendo al ver cómo los músculos se contraían bajo su contacto.

También olía divinamente: a sal y al aire de la noche. Su mano se deslizó por sus caderas y atrapó la parte inferior de su trasero, sus dedos enroscándose bajo sus nalgas, mientras él caminaba. Excitada de nuevo, llevó la otra mano a la parte delantera y la deslizó por la longitud semierecta de él. Él gruñó, le cogió la mano y aceleró el paso hasta que ella tuvo que correr para seguirle cuando entraron en la Logia.

En cuanto entraron, se volvió y la besó ferozmente, apretando su excitado cuerpo contra el de ella. Demasiado pronto, se apartó y tiró de ella hacia el cuarto de baño. Abrió la enorme ducha de la habitación húmeda y Lucy jadeó cuando el agua caliente golpeó su cuerpo. El jadeo se le escapó cuando él apretó los labios contra los suyos. Luego bajó los labios por su cuerpo, apretando besos abrasadores contra su piel, más calientes que el agua que caía sobre los dos. Su boca descendió hasta sus pezones, chupándolos larga y duramente, haciéndola gritar y caer de espaldas contra las frías paredes de azulejos, con los brazos y las manos extendidos a ambos lados de ella, buscando el equilibrio mientras cerraba los ojos y el agua se derramaba sobre su pelo, su cara y su cuerpo.

Se ahogaba en sensaciones a medida que la succión se intensificaba y las espirales de opresión se fundían y fluían dentro de su cuerpo, aumentando hasta una intensidad que ansiaba liberar. De repente, sus dedos la penetraron y ella gritó, su cuerpo se flexionó sobre los dedos de él, que se quedaron allí, jugando, rodando por su humedad antes de soltarla y masajearla, haciendo que sus piernas flaquearan de repente.

La abrazó mientras se colocaba el preservativo. Luego apretó su cuerpo contra el de ella, la levantó y se deslizó dentro de ella mientras ella le rodeaba con las piernas. Era tan fuerte que era

como si ella no fuera nada en sus brazos. Ella le rodeó el cuello con los brazos y apretó la boca contra su piel, saboreando los restos de sal y sudor que se escurrían lentamente, dejando sólo su esencia.

La llenaba por dentro y por fuera: era como si él la consumiera y, al mismo tiempo, ella sentía que lo consumía a él: eran uno. Y, de nuevo, se unieron.

MIENTRAS LA LUZ llenaba lentamente la habitación, Lucy se recostó tranquilamente en los brazos de Razeen, escuchando el relajante murmullo del tranquilo océano bajo la cabaña y el salvaje canto de algún pájaro exótico que volaba sobre ella. Nunca se había sentido tan saciada, tan completa, tan... en casa.

"¿Sólo tienes dos semanas más aquí antes de tu regreso?"

Sus palabras la golpearon como un puñetazo en el cuerpo. ¿Quería asegurarse de que no se convertiría en una amante pegajosa? ¿Quería que se definiera el final después de la noche que habían compartido juntos?

"Sí, sólo dos semanas más. Luego debo irme". Le lanzó una rápida mirada. Parecía más relajado, como si hubiera tomado una decisión. Ella suspiró y miró al mar. "Me encanta el mar".

"Tal vez eres una sirena, una sirena de los mares. Eso explicaría..."

Inusualmente, no completó la frase. "¿Explicar qué?"

Lentamente, las sombras se alejaron, absorbidas por la luz, hasta que la familiaridad de la oscuridad se disolvió en la extraña realidad del día. Ella se apartó ligeramente. Él dejó de acariciarle el brazo y se movió para poder verle la cara. "¿Qué es lo que te fascina del mar?"

"Te aleja". Dudó. "Me crié junto a la costa. Solía mirar por encima del dique la oscuridad del mar y deseaba estar en él. Así podría seguir moviéndome".

"¿Eras infeliz entonces, en casa?"

Ella asintió, sin confiar en sí misma para hablar.

"No puedes seguir mudándote para siempre. No hay nada que te haga quedarte".

¿Era una pregunta o una afirmación? Ella no lo sabía. Sacudió la cabeza entre sus brazos.

Se detuvo un momento antes de retirar el brazo de debajo de ella. La besó ligeramente y se levantó. "Bien. Encaja con mis planes. Dentro de dos semanas estaré ocupado".

"Dos semanas entonces".

Dos semanas, repitió en su mente, preguntándose por la confusión de sentimientos que engendraban las dos palabras. Se recordó a sí misma que no se comprometía. No podía, no después de lo ocurrido. Pero, por primera vez desde que tenía quince años, se sentía vulnerable y no era una buena sensación: como una pesada bota clavándose en sus entrañas, recordándole el dolor que yacía bajo la superficie. Menos mal que él tenía fobia al compromiso, porque ella no tenía intención de liberarse del dolor de su juventud.

"Pronto amanecerá. Debemos irnos pronto. He cancelado la mayoría de mis citas, pero tengo algunas reuniones en palacio a las que debo asistir".

"Claro. Lo observó moverse por la habitación, con su cuerpo ancho y musculoso casi gris topo en la penumbra. Tenía una facilidad de movimientos que ella había notado en su gente, que debía de haber heredado de su pueblo: un paso seguro, una gracia, a pesar de su altura y su poderosa constitución. Pero también percibió algo más. Se había alejado ligeramente de ella. Ella levantó las piernas de la cama y se pasó los dedos por el pelo rebelde. No podía arrepentirse de la noche que habían pasado juntos. Había sido la más mágica de su vida. Él no le había prometido

nada y ella le había dicho sin ambages que se marcharía en dos semanas. Había sido mágico, pero ella sabía que la magia no podía continuar, ¿no? No sería magia si continuara.

LUCY TUVO que contarle a Razeen la verdadera razón por la que estaba aquí. Ahora lo conocía mejor, ahora confiaba en él y sabía que decía la verdad cuando decía que no invitaba a nadie. Pero, por alguna razón, dudó. ¿Cómo respondería él a sus sospechas?

"Será mejor que nos movamos, Lucy. Llego tarde. Desayunaremos en el palacio".

"Claro. Estoy lista cuando tú lo estés". La sonrisa de Lucy se encontró con un beso ligero y una mirada entrecerrada. "Viajo ligero".

Le rodeó el cuerpo con las manos y tiró de ella hacia sí. "Tendremos que parar en el pontón para recoger tu bikini por el camino". Todos los pensamientos sobre la confesión que rondaban su lengua, huyeron ante el recuerdo de la noche anterior. No se sintió cohibida, pero la idea de hacer el amor en la playa hizo que se ruborizara. Sonrió y bajó la mirada.

Su mejilla sin afeitar rozó la de ella, mientras sus labios encontraban los de ella. "Sólo de pensar en ti deslizándote desnuda por el agua me dan ganas de posponer mis reuniones". La besó largo y tendido. "Eres una mala influencia para mí, me haces olvidar quién soy, lo que tengo que hacer".

"Funciona de dos maneras. Yo también tengo cosas muy importantes que hacer, ya sabes".

"¿Como qué?"

Lucy respiró hondo. Tenía que decírselo. "Razeen, yo..."

El teléfono sonó pero Razeen no se movió. "Vamos."

"Vine aquí con un propósito".

"Sí, claro que sí. Sitra no es un lugar al que se llega por casualidad. Querías experimentar una nueva cultura, hacer un poco de turismo. ¿No es eso lo que dijiste?"

El teléfono seguía sonando, implacable y urgente.

"Esa no era la razón. Estaba, *estoy*, buscando a alguien".

Frunció el ceño. "Creía que no conocías a nadie aquí". Su ceño se frunció. "¿Un amigo, amante? ¿A quién?"

El continuo y estridente timbre del teléfono, junto con un cambio en el tono de su voz - sospecha, celos-, contribuyeron a constreñirle la garganta. La tensión se enroscó en su interior. "Ninguna de las anteriores".

"Bien". Su ceño se frunció, se encogió de hombros y se fue a contestar al teléfono.

"Razeen, debo..."

Levantó la mano. "Un momento, Lucy."

Habló rápidamente en árabe antes de mirarla. "No tardaré".

Suspiró, frustrada por haber perdido su intento de contarle a Razeen lo de Maia, y se alejó.

La tarde y la noche anteriores habían sido tan íntimas con Razeen -física y emocionalmente- que sintió que lo conocía. Pero no le conocía. Había algo en su voz, celos o irritación, cuando ella le había dicho que tenía otra razón para venir a Sitra que la inquietaba. ¿Cómo respondería a su desconfianza, a sus sospechas? Pero tenía que decírselo porque necesitaba su ayuda. Ahora que él no era sospechoso, ella necesitaba averiguar qué le había ocurrido exactamente a Maia después de que le hicieran la foto.

Se acercó a las estanterías y paseó las manos por las hileras de libros. A su hermana le habría encantado este lugar. Era el ratón de biblioteca de la familia. Este era el tipo de lugar al que ella

iría.

Oyó la voz profunda de Razeen en el fondo, la lengua fluyendo y rodando entre sus labios como un río que se desliza fácilmente sobre rocas lisas. Era una lengua muy pacífica, decidió Lucy. Sonrió para sus adentros y continuó caminando junto a las estanterías hasta llegar a un asiento de ventana repleto de libros. Se sentó y cruzó las piernas en el asiento. Estaba prácticamente oculta tras una cortina y los libros. Se recostó en los cojines y oteó el horizonte. Estaba un poco más despejado, pero el cielo seguía tan azul como siempre. Se preguntó si Razeen se habría equivocado al decir que se avecinaba una tormenta. Sólo el creciente oleaje del mar sugería que se avecinaba algo. El pontón se balanceaba con más vigor esta mañana. Sonrió al pensar en su biquini tumbada allí y se ruborizó al pensar en hacer el amor.

Para distraerse, cogió uno de los libros que había sobre una pequeña pila y frunció el ceño. Era uno que recordaba de su infancia: su madre solía leérselo. Y después de la muerte de su madre, su hermana se lo había leído, incluso cuando eran mucho mayores. El recuerdo de aquellos tiempos, del estrecho vínculo entre las dos hermanas y de su dolor compartido la llenó, y sacó el libro y lo abrió de un tirón. Era una versión aún más antigua que la que tenían en casa. Dejó que se le cayera entre las manos y se quedó mirando atónita lo que tenía delante.

Un marcapáginas. Pero no un marcapáginas cualquiera. Estaba hecho de una larga tira de cuero bien gastado rematada en cada extremo con una pequeña ficha. Lucy alisó los dedos sobre la pequeña imagen de cerámica del pájaro kiwi, cuyo color estaba casi borrado y tiró del otro extremo para liberarlo del libro, con el corazón latiéndole tan fuerte que la sonora voz de Razeen y el sordo rugido del oleaje en la playa quedaron ahogados. En el otro extremo del marcapáginas había un delfín. Le habían arrancado el extremo de la cola.

La apretó entre los dedos, incrédula durante unos largos instantes. Frotó con el pulgar el extremo desgastado de la cola del delfín. Recordó el día en que Maia lo había roto. Lucy se había enfadado mucho porque había ahorrado el dinero y se lo había comprado a Maia. El delfín representaba a Lucy y el kiwi era como Maia, porque cobraba vida por la noche. Lo hizo girar en su mano. No había duda. Era el marcapáginas de Maia.

Maia había estado aquí. Maia se había sentido atraída por los libros, como Lucy sabía que le habría ocurrido a ella. Y Maia había cogido el libro, atraída por los mismos recuerdos que ella. Maia se había parado donde estaba y... ¿luego qué? ¿Se había ido a toda prisa? ¿Con quién? ¿Con Razeen?

Una oleada de náuseas la invadió. Razeen había mentido. Había mentido y ella había caído en la trampa. Igual que Maia, sin duda, había caído en su encanto. La cabeza le latía con fuerza y dejó caer la cabeza entre las manos, sujetándola con fuerza, deseando calmarse, superar el pánico y pensar con claridad. Una puerta se cerró de golpe tras ella y Lucy se levantó de un salto, con el corazón latiéndole a toda velocidad mientras la adrenalina recorría su cuerpo.

"¿Lucy?"

Para cuando comprobó el asiento de la ventanilla, el pánico de Lucy se había calmado y el libro estaba de nuevo en la pila, pero con una página ya sin marcar. La mano de Lucy se palpó el bolsillo para asegurarse y acarició el contorno del kiwi.

No te preocupes, pájaro nocturno, voy a por ti.

"¿Estás listo?"

Levantó la vista hacia él, hacia el rostro del extraño que era en realidad. Pero asintió, decidida, ahora más que nunca a encontrar a su hermana. Pronto averiguaría hasta qué punto estaba decidida.

El mar se agitaba bajo la barca con una amenaza que reflejaba la confusión de sospechas y culpa que la invadía. Mientras Razeen guiaba la barca por las crestas de las olas, Lucy buscaba en la costa, que no era visible en la oscuridad de la noche anterior, preguntándose dónde podría estar Maia.

Se detuvieron sólo para maniobrar junto al pontón y recoger su bikini, que él arrojó a la barca con una breve sonrisa que rápidamente se convirtió en ceño fruncido. Obviamente, él percibió su retraimiento; ella nunca había sido buena ocultando sus sentimientos. Se dio la vuelta, atormentada por la confusión que la invadía. Por un lado, no podía evitar ver cómo sus músculos se hinchaban al tirar con fuerza del timón, y sus dedos se flexionaban al contener el impulso de alcanzarlo y tocarlo. Por otro lado, se sentía asqueada por su reacción física, consciente de que había traicionado a su hermana.

Miró hacia el palacio, resplandeciente bajo la dura luz del sol. Se había vuelto descuidada, débil bajo el hechizo de este hombre, este extraño. Pero ahora estaría alerta en busca de Maia. Seguiría buscando sola, sólo durante unos días y luego, si no hacía ningún progreso, tendría que preguntarle a Razeen. Pero no ahora. Sólo cuando supiera que Alex, y una escapatoria, estaban a su disposición. No conocía a Razeen: creía que sí, pero no era así. ¿Quién sabía de lo que era capaz?

DESPUÉS DE ATAR la barca en el cobertizo, le cogió la mano y ella contempló su piel morena, tan hermosa, tan seductora, pero no podía permitirse hacer lo que tanto deseaba, enroscar los dedos alrededor de sus manos y sentir cómo él estrechaba las suyas.

"¿Qué pasa Lucy?" Su ceño se frunció.

Abrió la boca para hablar, pero por una vez su mente estaba demasiado llena de pensamientos contradictorios como para dar voz a uno solo. Sacudió la cabeza y se dio la vuelta.

"¿Te arrepientes de haberte dejado llevar anoche? ¿O tiene algo que ver con la persona que estás buscando. Estaba esperando a que volvieras a mencionarlo. Obviamente te arrepentiste de haberlo hecho. Tantos arrepentimientos..." Su voz se había vuelto dura.

Ella asintió una vez. Él se dio la vuelta, pero no antes de que ella viera una expresión de decepción y enfado.

"Nunca te habría llevado si hubiera pensado que albergabas alguna duda".

"No lo hice entonces. Ya lo sabes. Es sólo que... es difícil de explicar".

"Inténtalo".

Su móvil emitió un pitido. Maldijo. "Tenemos que volver. ¿Quieres dejar Sitra?"

Sacudió la cabeza con vehemencia, horrorizada ante la idea de que pudiera abandonar Sitra antes de haber encontrado a Maia. "No, en absoluto."

"¿Desea volver a verme?"

Se mordió el labio para que no le temblara. "Sí. Tenía que hacerlo. Él seguía siendo su única pista.

"¿Seguro?"

"Sí. Mira, lo siento, no me siento yo mismo esta mañana."

Se apartó, su rostro permaneció impasible como si no la creyera. "Tengo unas reuniones urgentes esta mañana a las que debo asistir, pero te veré más tarde. ¿Necesitas algo mientras trabajo?". La remota cortesía de su pregunta hizo que Lucy se estremeciera. Pero había cosas más importantes que necesitaba que su intimidad.

"Acceso a Internet. ¿Puedes arreglármelo?"

"Ven a mi oficina a ver a mi asistente. Te dará acceso a un ordenador".

Subieron rápidamente los escalones y atravesaron los frondosos jardines empapados del suave rocío matutino. Los jardineros estaban en plena faena, podando y regando, conscientes de que el Rey y su novia pasaban por allí, pero obviamente demasiado discretos para mirar. Al llegar a los jardines donde debían separarse, se volvió hacia ella.

"Háblame más tarde. Ha pasado algo que no entiendo. Y quiero hacerlo, Lucy. Sea cual sea la dirección en la que te lleve tu mente, que sepas esto. Anoche fue especial para mí. Si nuestro tiempo juntos es corto, no es por mi culpa. Te deseo". Frunció los labios como si quisiera seguir hablando, pero se dio la vuelta y se marchó bruscamente, sin mirar atrás.

Una vez dentro de su suite, se apoyó en la puerta, repentinamente agotada, cerró los ojos y buscó a tientas el marcapáginas que llevaba escondido en el bolsillo, con los dedos acariciando los suaves bordes del kiwi.

Maia... ¿dónde estás?

LOS DEDOS de Lucy revoloteaban sobre el teclado mientras echaba un vistazo furtivo al despacho. Dos asistentes trabajaban con papeles en un rincón mientras un par de asesores de alto nivel mantenían una reunión en un despacho exterior. Se oía el zumbido de las impresoras, el tintineo de los teclados y el sonido lejano de un teléfono con altavoz. Nadie le prestó atención, presumiblemente acostumbrados a que los extraños necesitaran su dosis de internet.

Se conectó a su cuenta de Facebook y escaneó su contenido en busca de algo de Maia. Allí estaba. Hizo clic en ella y leyó. Golpeó el escritorio con el talón de la mano, frustrada, y recorrió rápidamente la oficina para ver si alguien se había dado cuenta. Todo el mundo seguía absorto en sus propios asuntos. Siguió leyendo.

Más mitos que Maia creía que la satisfarían. Escribió sobre fiestas, sobre gente a la que veía. Escribió sobre la lluvia; escribió sobre París. Nada de eso era cierto. Hacía meses que no se veía a Maia en París. Lucy había estado allí antes de subir al barco con Alex. Se dio cuenta de que si sus propias investigaciones fracasaban, tendría que dar el siguiente paso y volver a intentar involucrar a la policía. Había hablado con ellos en París, pero habían señalado sus páginas de

Facebook como prueba de que Maia estaba bien. También señalaron que Maia rara vez se quedaba en un país más de unas semanas seguidas. Podía estar en cualquier parte.

Sacudió la cabeza ante las mentiras publicadas en el muro de Facebook de Maia. Envío otra respuesta. "Maia, ¿dónde diablos estás, de verdad?"

Se pasó los dedos por el pelo con frustración mientras miraba el portátil. Ambos se habían jurado que vivirían la vida al máximo. Maia se había opuesto rotundamente a una vida mundana de marido e hijos. No le había funcionado a su madre, argumentaba, así que ¿para qué arriesgarse? ¿Y Lucy? Lucy tenía otras razones para no querer atarse a una relación: razones que nunca sacaba a la luz para escudriñarlas, razones que era mejor olvidar, para que no pudieran hacerle daño.

Así que durante los últimos ocho años habían mantenido ese pacto. ¿Pero ahora? Lucy no sabía a qué demonios estaba jugando Maia. Los tweets y los mensajes de Facebook estaban diseñados para disipar sus temores, pero, en cambio, solo los aumentaban.

"Maldita sea". Se frotó una lágrima de frustración.

"¿Malas noticias?"

Casi se sobresalta. Razeen estaba justo detrás de ella; de alguna manera, el resto de la gente de la oficina había desaparecido y solo quedaban ellos dos.

"No, sólo estaba..."

"A ver, ¿quizás pueda ayudar? ¿Facebook? ¿Un asunto personal entonces?" Empezó a darse la vuelta pero vio la foto de Maia. "¿Conoces a esta mujer?"

Lucy cerró los ojos con fuerza. No podía aplazarlo más. Fuera lo que fuera lo que Razeen iba a hacer, ella lo soportaría. Necesitaba saberlo. Abrió los ojos y se giró para encontrarse con su mirada perpleja. "Esta *mujer* es mi hermana".

Su rostro se congeló bajo el impacto de sus palabras antes de que todo su significado se filtrara a través de la conmoción y se posara en sus ojos que se profundizaron en el dolor y luego se enfriaron. "La conocí en París. Dio un paso atrás.

Se volvió de nuevo hacia el ordenador y hojeó la foto de él y Maia. "Lo sé.

Su expresión era tan fría que dolía. "¿De esa fotografía 'ya sabes', o de Maia?"

"De la fotografía". Jugueteeó con el ratón del ordenador con inseguridad, sin querer continuar pero sabiendo que tenía que hacerlo. "Obviamente te estabas divirtiendo con ella".

"¿Cómo crees que me divertí contigo?"

Se mordió el labio. "No sé qué pensar".

"Lo crees, ¿verdad? Crees que tuve una aventura con Maia, y por alguna razón que no puedo empezar a comprender, has venido a Sitra, has venido a verme, por eso. ¿No es esa la verdad?"

Su voz era tan fría y autoritaria como la de cualquier gobernante autocrático a punto de sentarse a juzgar a un súbdito, a punto de condenar a un súbdito.

"Sí."

Se sentó y la miró fríamente. "No puedes suponer que sabes la verdad, Lucy, por la existencia de una fotografía". Su voz era de un silencio sepulcral: "Pregúntame por ella y te lo diré".

El silencio pesaba mucho. Sólo lo rompía el zumbido de un ventilador y el sonido lejano del tráfico. Una gota de sudor se deslizó por su espalda. Se le formaron las palabras, pero tenía la garganta seca y áspera y no le salían. Tragó saliva y se aclaró la garganta. "¿Dónde está?"

Sonrió, pero era una sonrisa que ella no había visto antes. "Tan directo como siempre. Lamentablemente no puedo responder a eso a su satisfacción. No sé dónde está".

"¿Por qué no?" Se levantó de un salto, enfadada, incapaz ya de sentarse y mirar fijamente a ese desconocido que tenía la llave de tanta información que necesitaba.

"Como ya he dicho, la conocí en París. Invité a un grupo de amigos a Sitra y ella se unió a nosotros. Y, por lo que sé, volvió a París poco después".

"Ella vino aquí con tus amigos. Debes saber si se fue o no".

"Ella vino aquí conmigo, junto con otros seis. Yo estaba ocupado, les dejé explorar. Que yo sepa, todos abandonaron el país en barco privado una semana después". Se levantó de la silla y se acercó a la ventana, frotándose la cabeza con los dedos, confuso. "¿Estás intentando decirme que nunca llegó a casa? ¿Qué hay de esas actualizaciones publicadas en Facebook?". Se acercó de nuevo al ordenador. "Esa se publicó hace solo unos días".

"Es mentira. Todos los mensajes de los últimos meses han sido mentiras. He estado en París. Lo he comprobado con la gente, he estado en los sitios. Nadie la ha visto. El último post genuino es la foto de ti y ella. Sólo ustedes dos, Razeen. Fue hace más de cuatro meses. No he sabido nada de ella desde entonces".

"Entonces, ¿qué son los mensajes que has estado mirando? ¿De quién son, si no de ella?"

"No lo sé. La policía no hará nada. Dicen que los mensajes son prueba de que está viva y bien. Dicen que no responder a los mensajes no indica que algo vaya mal". Siguió caminando. "Dicen que es un indicio de que no quiere ponerse en contacto conmigo. Pero..." Respiró hondo en un vano esfuerzo por no derrumbarse delante del hombre que era el principal sospechoso. Era la única persona que podía reconfortarla y a la vez temerle. "Pero, están equivocados."

"¿Estás seguro de eso?"

Se mordió el labio. "Por supuesto". Tenía que estarlo. La idea de que Maia no quisiera ponerse en contacto con ella era demasiado horrible de contemplar. Dejó de caminar y se volvió hacia él. "Razeen, ayúdame, por favor. Estoy asustada. Creo que le ha pasado algo terrible a mi hermana. Por favor, dime dónde está..." Su voz se convirtió en un susurro.

La miró con una expresión compleja que seguía siendo reservada, pero que ahora también contenía simpatía. "No sé dónde está ahora. Como he dicho, estaba en París con un grupo de amigos. Se unió a nosotros y vinimos todos a Sitra. Fue la última vez que la vi, en el palacio. Hice que uno de mis asistentes les organizara el viaje a donde quisieran ir. Regresaron en barco privado al cabo de una semana. No comprobé quién regresaba, quién se quedaba. No soy funcionario de fronteras. Tenía trabajo que hacer. *Esa es la verdad*".

"Dime, tengo que saberlo. Tú... ella..."

"¿Fuimos amantes?" Sus ojos oscuros buscaron su rostro como si estuviera preguntando algo más que una confirmación de su pregunta. Ella asintió insegura. Sus labios se comprimieron en una línea pesada. "No. Era guapa y divertida, pero yo tenía otras cosas en la cabeza en aquel momento. No puedo hablar por los demás".

"Sabes algo; debes saber algo. ¿Parecía cercana a alguien más?"

Se encogió de hombros. "Posiblemente. Es muy encantadora y varios de mis amigos estaban interesados".

"Razeen". Metió la mano en el bolsillo y sacó el marcapáginas. "Encontré algo en la Logia esta mañana". Lo levantó.

"¿Un recuerdo barato?" Lo enrolló en su dedo y lo acercó a él.

"Así es. Un recuerdo barato de mi ciudad natal. Un recuerdo barato que pertenecía a Maia, que le pagué con dinero ahorrado de mi trabajo. Era hortería, era barato y significaba el mundo para Maia. ¿Qué demonios hacía en tu logia?"

Dejó que se le cayera de las manos. "En verdad, Lucy, no lo sé. Pero lo averiguaré".

Lucy vio cómo Razeen llamaba a sus asesores y éstos acudían corriendo. Vio cómo les enviaba a sus ordenadores y teléfonos con peticiones concretas, ladradas en un idioma que Lucy no entendía y que había perdido su suavidad. Vio cómo se volvía hacia ella, con expresión severa.

"Ven". Como ella no se movió, él le cogió la mano. "¡Ven!" Dijo más alto.

Lucy aún no estaba segura de confiar en Razeen. Su cuerpo le gritaba que sí; su mente giraba de un lado a otro mientras examinaba y reexaminaba sus palabras, su actitud, su significado, expresado y no expresado. Pero era como si la última media hora hubiera levantado un muro entre ellos. Lo único que ella sabía era que él estaba enfadado.

"Quiero saber..."

"Déjalo en manos de mi personal. Averiguarán todo lo que hay que saber". La cogió de la mano y tiró de ella hacia la puerta.

"Pero..."

"Tenemos que hablar, y no aquí".

Mira impotente a su alrededor mientras la gente teclea información en los ordenadores y habla por teléfono. Sus hombros se desplomaron. Ya no podía hacer nada. Con razón o sin ella, había cedido el control a Razeen.

Sin soltarle la mano, le siguió fuera del despacho. Recorrieron largos pasillos hasta que llegaron a los jardines de su suite. Ella se sentó y él se paseó delante de ella.

"Me mentiste, Lucy. Todo era un fingimiento, ¿no? Todo. Porque me creíste capaz de seducir a tu hermana, y algo peor".

Ella negó con la cabeza. "No fue así, yo..."

"No me vengas con esas", gritó enfadado. "Te acostaste conmigo, me hiciste el amor, todo el tiempo sabiendo que no confiabas en mí ni un milímetro". Sacudió la cabeza. "Eres increíble".

"No fue así. Te creí cuando dijiste que nadie se había quedado contigo en el Lodge antes que yo. Te creí. Sólo entonces me permití relajarme contigo, dejar que mis sentimientos, mi cuerpo, tomaran el control".

Se puso de pie sobre ella. "No te creo. ¿Cómo puedo volver a creer algo de lo que dices? Si viniste hasta aquí para verme, ¿por qué unas palabras mías aliviarían tus temores? Estás mintiendo otra vez".

Sacudió la cabeza, incapaz de pronunciar las palabras que le convencerían.

"La confianza, Lucy, ha escaseado en mi vida. Por eso la valoro. Es economía básica: oferta y demanda".

Lucy se levantó lentamente, sintiendo que la ira aumentaba con cada palabra injusta. "No puedes exigir confianza, se gana".

"No, te equivocas. Es más profundo que eso. Refleja tus propias inseguridades, igual que reflejaba las de mi padre". Su boca se torció con una incertidumbre poco habitual, como si hubiera dicho más de lo que pretendía. "Ya no me hago responsable de la desconfianza de los demás". Su fría mirada se clavó en la de ella. "Los juzgo por ello. *Te juzgo por ello*".

Tragó saliva, repentinamente asustada, no por sí misma físicamente, sino por lo que podría haber perdido. Él empezó a alejarse. "Razeen", le tendió la mano. "¿Qué demonios iba a pensar? Eras el único vínculo con Maia".

"E hiciste el amor conmigo, Lucy, sabiendo que desconfiabas de mí". Sacudió la cabeza. "¿Qué clase de mujer eres?"

"Por favor". Extendió la mano de nuevo, encontró su brazo y lo agarró con fuerza, como si la conexión lo fuera todo.

Se quedó quieto. "¿Qué es lo que quieres? ¿Qué es lo que quieres?"

"Quiero", tragó saliva. Había tantas cosas que quería, que *necesitaba*, de Razeen. Pero de ninguna podía hablar porque tenía que ponerse a sí misma en segundo lugar. Aunque Razeen no supiera qué le había pasado a Maia, era el único que podía ayudarla a encontrarla. Porque ella sabía, sólo sabía, que Maia estaba en algún lugar de Sitra. "Quiero, *necesito*, tu ayuda. *Tengo* que encontrar a Maia".

Miró la mano de ella sobre su brazo. "Y eso es todo lo que quieres, ¿verdad?" Suspiró ante su breve asentimiento. "Te ayudaré a encontrarla. Claro que te ayudaré. No quiero que desaparezca gente sin dejar rastro en mi país". Cerró los ojos momentáneamente. "Quédate tranquila, Lucy. Te ayudaré. Tengo gente trabajando en ello ahora. Vete ya. Come. Descansa. Si está en algún lugar de Sitra, la encontraré fácilmente. Y si está en Francia, o donde sea", se encogió de hombros, "bueno, eso puede llevar un poco más de tiempo, pero te conseguiré toda la información que pueda".

"Gracias.

Sus ojos estaban duros ahora, tan diferentes a como habían estado antes.

"Ahora", le apartó el brazo, "haz lo que quieras pero debo irme".

Se dio la vuelta y la abandonó sin mirar atrás. Lucy sintió que el dolor le llenaba el estómago como una piedra fría: dolor por la pérdida de su hermana y dolor por la pérdida de la chispa que había llenado los ojos de Razeen cuando la había mirado. Ahora sólo veía decepción y rabia.

Lucy entró en su suite y se tumbó en la cama. Sus dedos buscaron el marcapáginas y frotó su suave superficie entre los suyos, desesperada por sentirse cómoda.

Ya voy, Maia, ya voy.

DESPUÉS DE UNA tarde de pasearse por sus habitaciones, Lucy estaba sentada en la cama, con la cabeza entre las manos, cuando llamaron a la puerta. Se levantó de un salto y se encontró con un Razeen cansado, con las manos en los bolsillos y la mirada perdida.

"Prepárate para un viaje. Creo que la he encontrado".

"¿Dónde? ¿Está bien? Dímelo".

"No conozco los detalles. Sólo una pista. Recoge tus cosas".

Lucy ya había preparado su bolsa y en pocos minutos estaba siguiendo a Razeen hasta los garajes. Pronto atravesaron el desierto en un todoterreno, seguidos de otro vehículo con sus guardaespaldas.

Lucy miró repetidamente a Razeen, deseando que hablara. Pero tenía los labios apretados en una expresión de sombría determinación. Siguió su mirada hacia el llano desierto -más una planicie pedregosa que las dunas de arena que había imaginado- y las lejanas montañas de un sorprendente color naranja bajo el sol de la tarde. No había nada más que vacío en kilómetros y kilómetros. Cualquiera que fuera su destino, podía ver que sería un largo viaje. Sólo rezaba para que Maia estuviera bien, para que Razeen guardara silencio por su enfado con ella y no porque le hubiera ocurrido algo malo a Maia.

La tracción a las cuatro ruedas aceleró y rugió sobre el terreno lleno de baches y ella se aferró a la manilla de la puerta. El aire acondicionado estaba a bajo nivel y el vehículo era cálido y seco. Bebió de su botella de agua, pero eso no alivió su malestar. No podía soportar más la

tensión.

"Razeen, puede que te decepcione, puede que me odies, pero tienes que decírmelo. ¿Qué sabes?" Su voz estaba quebrada por la emoción.

No respondió de inmediato, simplemente se concentró en el camino de tierra que tenía por delante.

Respiró hondo. "Por favor. Dígame algo. Dime que no está muerta".

La miró, pero la expresión de sus ojos no era tranquilizadora. "No está muerta".

Lucy se recostó en el asiento con alivio. "Gracias a Dios."

"He dado cuenta de todo mi grupo excepto de uno de los empleados domésticos del Lodge con el que Maia tenía amistad. El hombre es un beduino del lugar al que vamos. Espero que pueda decirnos dónde está".

El pánico la invadió. "¿Por qué? ¿Tiene antecedentes penales? ¿Qué clase de hombre es?"

"Difícilmente emplearía a alguien en la Logia si tuviera antecedentes penales". Razeen se encogió de hombros. "Por lo que dicen, es muy trabajador, un hombre inteligente, que volvió a su casa más o menos a la misma hora en que se fue mi grupo de amigos".

"¿Y estás seguro de que se fueron sin ella?"

"Positivo". Lo he comprobado con todos ellos. Todos mis amigos confirman que llegó aquí con ellos, que se quedó en el Lodge con ellos, pero no se fue con ellos."

"¿Te pusiste en contacto con ellos! ¿Por qué no me lo dijiste? ¿Qué te han dicho?"

"Parece que le gustó el camarero, Mohammed, con el que no he podido contactar".

Lucy soltó un suspiro que no sabía que había estado conteniendo. ¿"Camarero"? Oh no, eso no es posible. Le gusta la buena vida".

"Dudo mucho que Mohammed hubiera podido llevársela a menos que ella hubiera estado dispuesta. No hay indicios por parte de mis amigos de que ella no estuviera dispuesta".

Ella gimió. "No podía estar dispuesta. ¿Por qué demonios iba a dejar la vida que llevaba -que contenía todo lo que siempre había querido- y desaparecer en el desierto con algún sirviente gitano, camarero, lo que fuera?".

"No son gitanos", dijo pacientemente. "Son un pueblo antiguo con costumbres honorables. Sólo porque no los conozcas, no supongas que carecen de valor".

"Lo siento", se frotó los ojos. "Es que estoy muy asustada. ¿Cuánto falta?"

"Vamos a las montañas justo delante, al final de este camino."

"No veo cómo se puede distinguir un camino aquí. Todo parece igual".

"Menos mal que no conduces entonces."

Desvió la mirada -tan pedregosa y árida como el paisaje que los rodeaba- hacia la carretera. Lucy se dio la vuelta sintiendo náuseas, no sólo por la aprensión que le producía Maia, sino por cómo su intimidad con Razeen se había convertido en sospecha y desconfianza.

PASARON las horas y Lucy observó a un grupo de buitres que volaban en círculos en lo alto. La vida era dura en el desierto. No podía imaginarse a su glamurosa hermana aquí. Razeen estaba equivocado. Tenía que estarlo.

"Pararemos para pasar la noche en breve".

"No, por favor. Debemos llegar a Maia esta noche. ¿No podemos seguir?"

"Está demasiado lejos. Empezamos demasiado tarde. Montaremos nuestras tiendas en el próximo oasis esta noche y partiremos al amanecer. Entonces, mañana llegaremos a nuestro

destino. Si está allí, la encontraremos".

"¿Pero si no lo está?"

"Entonces seguiré haciendo averiguaciones hasta saber dónde está, dentro y fuera de Sitra".

"Gracias". Razeen podría estar enfadado con ella, podría ser apenas civilizado pero ella sabía que su sentido del honor no le permitiría renunciar a su búsqueda de Maia. En su interior lloraba por lo que podría haber sido, pero estaba agradecida de que la estuviera ayudando.

"Háblame de ella, cualquier cosa que pueda ayudar", continuó Razeen.

"Maia tenía *-tiene-* todo lo que siempre quiso: una gran carrera como modelo, riqueza, diversión. Amaba la vida y le encantaba vivirla al máximo".

"Quizás tener todo lo que siempre quiso no fue suficiente".

"No la conoces como yo. No sabes cómo era nuestra vida".

"Entonces dímelo".

Guardó silencio unos instantes. "Fue duro para mí, pero fue más duro para Maia. Mamá murió cuando Maia tenía dieciséis años. Papá volvió y quería que nos fuéramos a vivir con él, pero ella no quiso. Le dijo que se fuera como había hecho cuando éramos jóvenes. No quería saber nada de él. Dejó la escuela, consiguió un trabajo, pagó las facturas y cuidó de mí". Lucy tragó saliva y respiró hondo. Había contado su pasado a poca gente, pero ahora no tenía más remedio. "No siempre fue fácil para ella. Yo tenía mi propia mente, mis propios asuntos, mis propios problemas. Pero siempre se preocupó por mí. Hizo lo que pudo. Y entonces, pasaron cosas, dejé la escuela e hicimos un pacto: no comprometernos nunca, llevar una vida diferente a la que llevaba nuestra madre. Maia fue maravillosa conmigo, siempre. Ella es..."

Lucy no podía seguir. Las lágrimas amenazaban y lo último que quería era derrumbarse delante de Razeen. Se quedó mirando por la ventana hasta que le ardieron los ojos, intentando ocultarle su emoción, pero la mano de él cubrió la suya con el puño y la apretó.

"La encontraremos".

Lucy se llevó la mano libre a la boca para intentar ahogar los sollozos que se agolpaban en su garganta mientras dejaba la otra mano en el cálido agarre de Razeen. Sentía que se desintegraba. Después de ser independiente durante tanto tiempo, de ser fuerte a pesar de todo, tener al hombre a su lado dándole consuelo hizo que las lágrimas afloraran.

"No llores, Lucy. Todo irá bien".

"Yo nunca lloro", sollozó, logrando de alguna manera evitar que las lágrimas fluyeran. "Yo no lloro. Eso es de débiles. Yo no soy débil".

"Incluso los fuertes lloran a veces".

Fue como si sus palabras desencadenaran todo el miedo que había estado anudado en la boca de su estómago durante tanto tiempo y cuando abrió la boca para hablar sólo un gemido, un grito de desesperación, llenó el coche.

El oasis se llenó del inquietante sonido del rabab que tocaba uno de sus hombres. El hombre cantaba sobre la pérdida y la nostalgia, y Razeen sentía su emoción con cada pasada del arco por la única cuerda. Razeen apoyó la espalda en el grueso tronco de la palmera datilera y miró a Lucy a través de las llamas del fuego, con el plato de comida sin tocar.

Si a ella le había sorprendido su reacción ante su revelación, a él le había sorprendido aún más. Su aventura con Lucy debía haber sido una aventura sin compromiso por ambas partes, un breve interludio antes de que su vida cambiara de rumbo. Entonces, ¿por qué su falta de confianza en él lo había desconcertado tanto?

Se dio la vuelta, incapaz de seguir observándola. Bebió un largo trago de té caliente y deseó haber traído algo más fuerte, algo que hubiera adormecido los sentimientos desagradables que habían surgido de la nada y se negaban a marcharse. Ella llegó a él. Desveló el dolor de su juventud -cuando su padre le había demostrado lo poco que creía en él- que él habría jurado que había olvidado.

Miró a sus hombres, que estaban agrupados alrededor de una segunda hoguera, cantando y bebiendo alternativamente. Envidió su aparente sencillez. Luego inclinó lentamente la cabeza hasta que sólo se veían las estrellas entre las hojas de las desgarradas palmeras. Por costumbre, recitó los nombres de los distintos grupos de estrellas. Solía cabalgar por el desierto para escapar de su padre, y luego se quedaba fuera toda la noche para preocupar a su padre. Pero ya no. Su padre no se había molestado en buscarle. Había sido su personal quien había ido a buscarle. A su padre no le había importado.

"¿Qué estás mirando?" La voz de Lucy era suave en el aire tranquilo de la noche.

"Las estrellas". No la miró pero la oyó moverse alrededor del fuego hacia él.

"Eres un romántico de corazón".

"No me conoces", le espetó, con la amargura profundamente arraigada arremetiendo en un ataque del que se arrepintió de inmediato. Entonces se volvió hacia ella y su corazón se detuvo. El pelo le caía por los hombros y sus ojos eran enormes a la luz parpadeante del fuego. Parecía tan vulnerable que su corazón poco romántico se encogió.

"No, no lo sé. Sólo era una observación". Se pasó las manos por el pelo ya desordenado. "Mira, estoy cansada, no quiero discutir. Me voy a la cama".

Alargó la mano para cogerla y se sorprendió al ver cómo saltaba. "Espera, lo siento. Por todo esto, lo siento".

"No es culpa tuya que Maia desapareciera en el desierto con un extraño".

"No, pero es culpa mía que me enfadara contigo por tu falta de confianza en mí".

Ella negó con la cabeza, incrédula. "Pero confié en ti; confié en el hombre de la playa, aquella primera noche; confié en Razeen".

"¿Qué quieres decir?"

"Podría haberme dado la vuelta, nadando de vuelta al barco. Después de todo, estaba sola, en bikini, con un hombre extraño. Pero... confié en ti. Instintivamente confié en ti". Desvió la mirada hacia el fuego, cuyas llamas bailaban en la oscuridad. "Y tenía razón. Fuiste, eres, maravilloso: tan cariñoso, tan respetuoso".

Inspiró entrecortadamente el sutil aroma de su piel y se levantó, incapaz de contenerse. Pasó los dedos por su cabello rebelde para poder verle la cara y acercó sus labios a los de ella, necesitando conectar con ella, necesitando devolverle lo que ella acababa de darle. Se derritió entre sus brazos. Y la sensación de su cuerpo, tan suave y cálido, plegándose contra el cuerpo duro de él, encendió un fuego en lo más profundo de su ser. Profundizó el beso, necesitando sentir la lengua de ella contra la suya, su aliento mezclándose con el de él. Gimió cuando ella le rodeó la cintura con las manos y apretó las caderas contra las suyas. Se apartó bruscamente, sin dejar de sujetarle la cara con las manos.

"¿Seguro que quieres esto? Dímelo ahora si no quieres".

Cubrió su mano con la suya. "Razeen, ¿vienes a mí?" Su voz sonaba pequeña y tentativa, perdida en el vacío del vasto desierto. Incluso los cantos de los hombres habían enmudecido. Él la cogió de la mano y caminaron rápidamente por la cálida arena del oasis hasta su tienda.

Una vez dentro, la oscuridad los envolvió y no hubo nada más que el delicado aroma de la piel de Lucy, el tacto de sus curvas bajo sus manos y el sabor de sus labios. La tumbó suavemente en la cama y le desabrochó lentamente la blusa. Ella jadeó cuando sus dedos rozaron su piel sensible y se arqueó hacia atrás cuando él apartó el sujetador y reclamó su pecho con la boca. Había hecho el amor muchas veces en su vida, pero nunca se había sentido así.

El silencio y la oscuridad del desierto, que pesaban a su alrededor, se combinaron con la agitación emocional de las últimas doce horas para crear una intensidad de experiencia que agudizaba todos los sentidos. Todo parecía tan sencillo ahora, en este lugar atemporal donde sólo existían él y Lucy.

En cuestión de segundos, los dos se habían despojado de sus ropas y él recorrió con sus manos el cuerpo desnudo de ella mientras se inclinaba hacia él. Se arrodilló y la observó mientras se colocaba el preservativo. Luego, con suavidad, se deslizó dentro de ella, bajó hasta sus labios y la besó. Sus bocas no se separaron mientras él se movía, lentamente al principio, dentro de ella. Se guiaba por ella: el movimiento de sus manos sobre su cuerpo, la respiración que se aceleraba en su boca y el calor de su piel contra la suya. Nunca se había sentido tan en sintonía con otra persona.

Con todos los sentidos y pensamientos externos cerrados -sin vista en la oscuridad, nada más que la quietud del desierto fuera de la tienda-, sólo conocía a Lucy a través de su cuerpo, que se movía instintivamente dentro y contra el de ella. Juntos se acercaban a esa dicha que yacía como una flor, enrollada y esperando, sólo liberada por la comunión de sus cuerpos.

LUCY SE DESPERTÓ SOBRESALTADA. Por un momento no supo dónde estaba. Buscó lentamente en la luz gris de antes del amanecer que se colaba por las solapas de la tienda. Entonces recordó. Se

incorporó como un rayo, con el corazón latiéndole con fuerza y el aire frío del desierto cubriéndola como un manto helado. Hoy vería a Maia.

El murmullo de las plegarias de los hombres y el olor a humo del fuego reavivado penetraron en la tienda. Se recostó en la suave almohada y se volvió hacia donde Razeen se había tumbado a su lado. No había más que una hendidura en la almohada. Alargó la mano y la tocó, curvando el dorso de la mano donde había estado la cabeza de Razeen. Aún estaba caliente. Cerró los ojos y recordó la larga noche de conversaciones murmuradas, de caricias silenciosas y de hacer el amor. De algún modo, a pesar de su insomnio habitual, se había dormido en sus brazos. No lo esperaba. Pero se había sentido tan segura, tan contenta. Se sintió culpable. ¿Qué hacía durmiendo en los brazos de alguien cuando su hermana podía estar ahí fuera, en el frío, necesitándola?

Se levantó de un salto y se puso la ropa rápidamente, cubriéndola con la abaya, tanto por calor como por pudor, y miró al exterior. Razeen estaba con el puñado de hombres que había traído. Habían terminado sus oraciones y estaban ocupados preparando la comida. Pero Lucy no se acercó a ellos. Quería estar sola.

El cielo estaba completamente despejado de nubes y las estrellas seguían poblando sus alturas de tinta, pero un tenue rubor rojizo iluminaba el horizonte oriental. Aunque tenía el estómago hecho un nudo por la ansiedad que sentía por su hermana, Lucy no podía evitar ser consciente del enorme silencio que la rodeaba. La luz temprana brillaba en su inexorable avance hacia el amanecer.

Se ciñó la túnica con más fuerza y se alejó de la tienda, adentrándose en el desierto que nunca había conocido. Incluso cuando se había sentido más aislada, en un pequeño barco en medio del océano Pacífico, siempre había cosas que hacer, gente con la que hablar, el ruido, las vistas y el olor del mar. Pero aquí, simplemente no había nada. Y, sin embargo, no se sentía disminuir, se sentía curiosamente enriquecedor. No era una paz vacía, era una paz rica y completa.

Lentamente dio una vuelta completa mirando hacia el cielo nocturno que de repente se tiñó de un rojo ardiente y vivo, la llama extinguió la luz de las estrellas casi al instante. Luego se volvió hacia el campamento donde, a través de un aire que se aligeraba a cada minuto que pasaba, vio a Razeen que la observaba en silencio. Sonrió brevemente, tímidamente, aunque él no la vería desde aquella distancia, al igual que ella no podía descifrar su expresión. Pero sabía lo que él sentía porque, de algún modo, se había colado bajo su piel, del mismo modo que la luz penetraba en la oscuridad, del mismo modo que el silencio se apoderaba de ella.

Se volvió para mirar las estrellas una vez más, pero se habían desvanecido bajo el resplandor ardiente del sol aún oculto. Se volvió hacia Razeen, pero también había desaparecido. No sabía qué le ocurría. Pero hoy no era un día para averiguarlo. Hoy se trataba de Maia.

TRAS UN RÁPIDO DESAYUNO, se pusieron de nuevo en camino, atravesando el desierto irregular, esta vez siguiendo al otro vehículo. El único elemento que rompía el vacío era la cadena montañosa hacia la que se dirigían.

"Nunca he estado en un lugar tan remoto".

"Si cree que esto es remoto, debería visitar Qawaran, el reino de Zahir. No tiene salida al mar, pero tiene un patrimonio ancestral".

"Esto es bastante remoto, créeme. ¿Realmente crees que Maia está cerca de aquí?"

"La ciudad de las cuevas está en lo alto de la montaña. Los beduinos de allí son habitantes de

cuevas".

Lucy intentó imaginar adónde iba, pero no lo consiguió. Giró la cabeza alrededor del reposacabezas y observó los kilómetros y kilómetros de paisaje invariable. "No puede estar allí. No es propio de ella. Pero si no es ella, hemos llegado a un callejón sin salida otra vez".

"Puede que sí; puede que no. No lo sabremos hasta que lleguemos allí. Si ella no está allí, entonces tal vez alguien será capaz de decirnos dónde ir a continuación".

"Tal vez". Con la llegada de la luz del día la confianza de Lucy había disminuido. Ahora había desaparecido casi por completo. Este no era el tipo de lugar en el que pensó que encontraría a Maia: Maia, que amaba la ropa fina, la compañía chispeante, un momento de diversión. La desesperación la envolvió. "No, 'quizás' no. No está aquí. Te he sacado de tu trabajo en una búsqueda inútil. Te he hecho perder el tiempo. Será mejor que te des la vuelta".

"No te precipites, Lucy. Sigamos esta pista y veamos adónde nos lleva".

Ella gimió. "¿En qué estaban pensando tus amigos, dejándola allí?"

"Es una mujer adulta. Tiene, ¿cuántos, veintitantos? Por lo que dicen no bebe alcohol..."

"Nunca ha..."

"Y no toma drogas. Estaba en pleno uso de sus facultades. Tomó la decisión de ir a algún sitio por voluntad propia. Mis amigos respetaron eso y tú también debes hacerlo".

"¿Entonces dime por qué demonios no me lo hizo saber?"

Sacudió la cabeza. "Eso es lo que no entiendo. ¿Se te ocurre alguna razón por la que no lo haría?"

resopló. "Aparte del hecho de que no habría aprobado que vagara sola por el desierto..."

"No creo que estuviera sola..."

"No se me ocurre por qué no me lo habría dicho".

"¿Así que sabía que lo desaprobabas?"

Lucy guardó silencio un momento al recordar todas las veces que había expresado su desaprobación por el estilo de vida de Maia.

"¿Y esa desaprobación la habría herido, irritado o enfadado?". continuó Razeen.

El silencio, lleno únicamente del rugido del todoterreno, flotó en el aire durante largos instantes. "Hazle daño", susurró.

Sintió sus ojos sobre ella, como lo habrían sido los de Maia: condenándola por haber juzgado a su hermana.

"Creo que ya tienes la respuesta a por qué te enviaba mensajes para asegurarte que estaba a salvo, pero que cubrían sus verdaderas huellas".

"Usted no entiende. Mi hermana es... le encantan las cosas bonitas. Me preocupo por ella".

"Ella te cuidó, ¿verdad? ¿Durante cuánto tiempo?"

"Desde que tenía catorce años, en realidad, hasta que nos fuimos de Nueva Zelanda con un dinero que le había exigido a mi padre". Se mordió el labio. "Cinco años".

"Y por eso tal vez ella quiera romper un poco ahora. Seguir sus propios intereses, descubrir lo que quiere".

"No es *tu* hermana. Yo la *conozco*".

"La gente cambia, Lucy. A veces la gente no es quien creemos que es".

"Maia no. Maia no", repitió en voz baja.

Maia no podía cambiar. Ella había sido su único e invariable punto de referencia toda su vida. Su salvavidas. Podían haber elegido caminos distintos, pero ella siempre estaba ahí para ella, al final de un ordenador, al final de un teléfono. *Necesitaba que ella estuviera allí*. Lucy

estaría perdida sin ella. Incluso ahora sentía esa pérdida, revolviéndose en la boca de su estómago, dándole náuseas de miedo. Todas sus esperanzas estaban puestas en lo que encontraría en la ciudad de las cavernas.

Fijó la mirada en las montañas que se agrandaban con cada kilómetro que recorrían. Los cambios eran sutiles al principio, pero poco a poco fueron tomando forma, revelando su textura, sus desniveles y sus sombras, como si fueran antiguas criaturas vivas que se despertaban.

Finalmente llegaron y empezaron a subir por la ladera de un uadi seco, una pista empinada con una larga caída vertical hasta el lecho de un río seco. Subieron durante una hora hasta llegar a una meseta rodeada de montañas aún más altas. Frenaron y Lucy miró a su alrededor, perpleja.

"¿Estamos aquí? ¿Es aquí?"

"Por eso fue una fortaleza exitosa: invisible y defendible. Ves allí donde las rocas parecen más ligeras, esa es la entrada".

Condujeron hacia el acantilado y Lucy seguía sin ver la entrada. No fue hasta que estuvieron justo encima cuando vio que se superponía y que, en lo que parecía una pared continua del acantilado, había una abertura. Rodearon el saliente y se adentraron en un estrecho valle. Éste discurrió sólo durante unos instantes antes de abrirse de repente en un enorme anfiteatro en cuyo centro había un exuberante oasis y un conjunto de edificios de piedra. Los vehículos se detuvieron en medio de una nube de polvo. Lucy contempló el valle vacío y se le encogió el corazón.

"No hay nadie aquí."

"Ya están aquí. Venga, vamos a buscar a tu hermana".

Lucy cerró los ojos ante sus palabras mientras intentaba contener los sentimientos de esperanza y miedo que bullían en su interior. Entonces saltó al exterior. El oasis era exuberante y hermoso; los edificios, antiguos y frustrantemente vacíos. Se volvió hacia el acantilado y entrecerró los ojos. En el impresionante naranja terroso de los acantilados casi verticales, había agujeros negros salpicados irregularmente.

Siguió a Razeen hasta los acantilados, flanqueada por sus hombres, que automáticamente se pusieron en formación defensiva alrededor de ambos. Al principio, el lugar parecía vacío -los únicos sonidos eran el grito de un halcón en lo alto que se levantaba de su cacería y el repiqueteo de las hojas de las palmeras al mecerse con la ligera brisa-, pero a medida que se acercaban vio que los agujeros oscuros eran entradas de cuevas. Pero seguía sin haber rastro de gente hasta que Lucy vio que el brillo de la luz en la cara de piedra se fundía en la forma de un hombre. A continuación, un grupo de hombres avanzó, aparentemente desde una pared escarpada. Entonces se revelaron los detalles. Frente a las aberturas había pequeñas terrazas excavadas en la roca, con plantas, mesas y sillas. Más allá de la pared rocosa había una ciudad.

Al cabo de unos instantes se saludaron, y los hombres -vestidos tradicionalmente con ondulantes túnicas dishdasha blancas y keffiyehs a cuadros, provistos de cuchillos ceremoniales en honor de sus visitantes- se mezclaron con los hombres de Razeen. Con fuertes gritos de saludo, los forasteros los condujeron a las cuevas.

Lucy buscó impacientemente señales de Maia. Pero no había ninguna.

"¿Dónde están las mujeres?" susurró Lucy a Razeen mientras escuchaba la rápida charla del jeque.

Razeen ladró unas palabras al jeque local, y una mujer envuelta en una abaya negra y un niqab salió de una de las cuevas. Quizá esta mujer supiera dónde estaba Maia. Dios, eso esperaba. Tenía muchas preguntas.

Entonces la mujer se detuvo frente a ella y sus ojos delineados con kohl escrutaron los de Lucy.

"¿No me reconoces, Luce?"

El shock se apoderó de ella cuando la mujer se acercó a Lucy y la abrazó. Aturdida, Lucy no podía moverse, no podía hablar, sólo mover la mejilla contra la de la mujer y susurrar: "¿Maia?". Se apartó, agarrando a la otra mujer por ambos brazos. "¿De verdad eres tú?"

"Soy yo, Lucy". Se quitó el niqab para revelar un rostro ovalado perfecto, una sonrisa rebosante de felicidad y unos ojos verdes tan directos e inteligentes como siempre.

Las lágrimas corrieron de repente por el rostro de Lucy. Durante demasiado tiempo había intentado contenerlas; durante demasiado tiempo había reprimido el temor de que a Maia le hubiera ocurrido algo terrible; durante demasiado tiempo se había apoderado de ella el miedo egoísta a estar realmente sola.

"Calla", tranquilizó Maia mientras volvía a estrechar a Lucy entre sus brazos. Era como si Lucy volviera a tener doce años, acosada por las otras chicas del colegio por su falta de ropa chula, su rareza, su delgadez, con las únicas palabras de sabiduría y los brazos de Maia a los que acudir. "Calla, Lucy". Maia se apartó y alisó el pelo de Lucy hacia atrás y sonrió reconfortantemente. "Te ha crecido el pelo desde la última vez que te vi".

De repente, Lucy se puso furiosa y la agarró con demasiada fuerza. "¡Me ha crecido el pelo! ¿Eso es todo lo que puedes decir? Maia, ¿qué demonios haces aquí? ¿Te encuentras bien? ¿Te has hecho daño?"

"Estoy bien. Estoy aquí con Mohammed. Le conocí en la costa. Trabajaba en un pueblo junto a un albergue donde yo me alojaba con unos amigos".

"¿Estás aquí por un hombre?" Lucy no podía creer lo que estaba oyendo. Razeen lo había dicho pero ella no le había creído. "¡Maia! ¿Cómo puedes ser tan egoísta? He estado enferma de preocupación".

"Lo siento, no sabía qué hacer para ser mejor. Sabía que no lo aprobarías, pero tuve que seguir a mi corazón. Arreglé con un buró para publicar entradas regulares para ti, para tranquilizarte".

"Y podrían haberlo hecho si hubieras respondido a tus mensajes, si hubieras estado donde dijiste que estabas. Fui y lo comprobé. Dios, Maia, pensé que habías sido secuestrada o algo así. Pensé..."

"Lucy pensó que te había secuestrado", interrumpió Razeen. "¿Pero estás bien, Maia?"

"Por supuesto". Maia sonrió a Razeen. "La última vez que te vi fue en el aeropuerto, cuando amablemente hiciste que uno de tus empleados nos enseñara el lugar. Probablemente ni siquiera te informaron de que habíamos ido al Lodge. Pero fue allí donde conocí a Mohammed". Hizo una pausa mirando de uno a otro. "Gracias, Razeen -Su Majestad- por traerme a Lucy".

Razeen sonrió a Lucy. "Ha sido un placer".

La mirada de Maia se posó primero en Razeen y luego en Lucy. "¿Cómo os conocisteis?"

Razeen no apartó los ojos de Lucy. "Salió del agua una noche, como un duendecillo acuático. Creo que no se siente cómoda en otro lugar que no sea el mar".

Maia se rió. "Siempre fue así. Incluso en invierno, se bañaba en el mar".

Lucy enarcó una ceja. "Si ya han terminado de hablar de mí, quizá podamos abordar el verdadero tema de cuánto tiempo piensan quedarse en este lugar".

Maia sonrió pensativa. "Eso, Luce, es complicado. Ven a comer con nosotros. Las mujeres están ocupadas preparando la comida".

"Pero..."

"Luce, el pueblo lo estará esperando."

Razeen asintió y regresó junto al jeque de la tribu local, que le estaba esperando. Maia se colocó de nuevo el pañuelo sobre la cara, enlazó los brazos con Lucy y subieron los escalones hasta una terraza amplia y profunda que, obviamente, se utilizaba para recibir invitados. El mobiliario básico estaba tallado en la roca. En el centro había una gran mesa redonda alrededor de la cual se extendían coloridos cojines tejidos. A un lado, los bancos de piedra estaban cubiertos con platos traídos de las cuevas. Se había desviado un curso de agua del oasis para regar las enredaderas bien establecidas que trepaban por encima de la terraza y cuyas hojas ondeaban con la brisa. El aire estaba perfumado con especias -algunas de las cuales Lucy reconocía de su visita al mercado- y pan recién horneado.

Maia llevó a Lucy hasta un hombre, alto, moreno y extremadamente guapo, que se quedó atrás observándolas.

"Lucy, me gustaría presentarte a Mohammed."

Lucy le miró con desconfianza, pero le estrechó la mano. Él le devolvió la mirada suspicaz.

"Mohammed". Lucy dijo brevemente.

"Bienvenido a mi casa". Mohammed dijo cortésmente pero con un claro escalofrío en su casi perfecto inglés.

"Hablas bien inglés".

De nuevo la ligera curvatura de sus labios. "Como tú. Debe tener algo que ver con que ambos nos educamos en Occidente".

Maia se rió incómoda. "Lucy, Mohammed ha trabajado y estudiado en Inglaterra -el abuelo del rey Razeen creó becas para niños beduinos prometedores-, pero Mohammed decidió volver a su país para ayudar a su familia y a su pueblo".

"Por favor, vengan y tomen asiento, mi padre desea comenzar".

Lucy intercambió una rápida mirada con Maia, que estaba recatadamente sentada a su lado. Ninguno de los dos habló mientras se intercambiaban las formalidades entre el jeque beduino y Razeen. Pero Lucy sintió que la mano de Maia cerraba su puño y lo apretaba.

Una vez terminadas las formalidades, comenzó el banquete y la charla de los hombres se centró en política y economía, dejando a Lucy y Maia hablar sin interrupciones. En cuanto pudieron, se excusaron y Maia enseñó a Lucy las cuevas.

Dentro había una serie de habitaciones conectadas por estrechos pasadizos que se adentraban en la montaña. Era fresco, cómodo y sorprendentemente lujoso. Maia la llevó más atrás hasta que se encontraron en un enorme espacio cavernoso. "Aquí venía la gente cuando la atacaban. Había puertas de piedra que se deslizaban y no se veían desde fuera. Obviamente ahora las han quitado por razones de seguridad...".

"Maia, para. ¿Qué demonios haces aquí? Dime la verdad".

Maia rozó torpemente con la mano las sólidas paredes. "Mahoma, la forma de vida, las cuevas. Lucy, nunca me he sentido tan feliz, tan segura, tan amada, en toda mi vida".

El comentario atravesó a Lucy como un cuchillo. ¿Su hermana era feliz *aquí*, en medio de la nada? "¿Es la seguridad, entonces, lo que te hace tan feliz?"

"Eso es parte de ello. No viene sólo de Mohammed, sino también de este lugar. Me hace sentir tan diferente de mí misma. Es como si no tuviera nada que demostrar, nada por lo que luchar. Puedo ser yo misma y ser apreciada por eso".

A pesar de sí misma, Lucy no pudo evitar sentirse conmovida por la mirada lejana que

brillaba en los ojos de Maia. Pero cuanto más fuerte brillaba la luz, más profundos se hacían sus temores. "Suenan maravillosos".

"Lo es."

Lucy respiró hondo, fijó una sonrisa cortés en su rostro y miró a su alrededor, tratando de ocultar su propio miedo.

"Razeen tiene que salir mañana temprano si queremos volver a Sitra al anochecer. ¿Vienes, Maia?" Ella sabía la respuesta, pero tenía que hacer la pregunta de todos modos.

Maia negó con la cabeza, con los ojos llenos de amor y simpatía. Cogió la mano de Lucy. "A Mohammed le preocupaba que me convencieras para que me fuera. Por eso estaba tan a la defensiva. Pero no tiene por qué preocuparse, porque no puedo irme. Debes entenderlo, Lucy. He encontrado una vida aquí que nunca pensé que tendría. Amo tanto a Mohammed".

Lucy abrió la boca para pronunciar las palabras de tristeza y pérdida que la invadían, pero tragó saliva y atrajo a Maia hacia sí, abrazándola con fuerza. "Me alegro de que seas feliz".

Maia retrocedió y acarició el rostro tenso de Lucy. "¡Oh, Luce! Eso significa tanto. Y el hecho de que elija vivir aquí no significa que no vaya a viajar, que no vaya a verte. He ganado suficiente dinero en los últimos años para financiar no sólo lo que necesito hacer aquí, sino los viajes para verte. Pero no por un tiempo".

Había algo en la voz de Maia que la hizo fruncir el ceño. "¿Cuánto tiempo?"

Maia deslizó las manos hacia su vientre, extendiendo los dedos sobre él. "Al menos seis meses. Estoy embarazada".

"Embarazada". Apenas pronunció la palabra. Cayó de los labios de Lucy como un peso de plomo, despertando un dolor insondable que Lucy había pasado los últimos ocho años tratando de suprimir. No sabía que seguía ahí. "¿Quieres hijos después de todo lo que dijimos, después de todo lo que pasó? Mira el espectacular lío que montaron nuestros padres". Se tragó la bilis que amenazaba con subir. Tenía que decirlo. "Mira lo que me pasó cuando..."

Maia apretó los dedos contra los labios de Lucy. "No lo digas. No necesitas ir allí".

Lucy tragó una bocanada de aire caliente y seco, deseando que el dolor de su pasado desapareciera. "¿Qué pasa con todos nuestros sueños de escapar?"

"He escapado". Maia dijo simplemente. "No necesito nada más que a Mahoma. Los aldeanos me han recibido con los brazos abiertos; me aceptan por lo que soy. La vida es dura físicamente, pero puedo utilizar el dinero que he ahorrado para perforar un segundo pozo, un pozo más profundo. Ahorrrará a la gente mucho tiempo y esfuerzo. Podré permitirme un autobús para ir a la capital a visitar al hospital. Marcaré la diferencia aquí. Y tengo un hombre que para mí marca toda la diferencia del mundo". Maia negó con la cabeza. "No lo entiendes, ¿verdad?"

"No. Lo siento Maia, yo no. Veo que eres feliz, pero a mí me parece una locura".

De repente, se dieron cuenta de la presencia de otra persona. Razeen estaba junto a la puerta. "No es una locura que la gente elija libremente dónde quiere estar, qué quiere hacer".

Lucy suspiró. "Supongo que tienes razón. Pero eso es lo que me parece a mí". Lucy se volvió de Razeen a Maia una vez más. "¿Estás segura, Maia? Piensa en todo lo que dejas atrás".

"No dejo nada atrás. Todo lo que quiero está aquí".

Mohammed siguió a Razeen a la habitación y se colocó detrás de Maia, con las manos acariciándole los brazos. Se miraron a los ojos en silencio. Maia suspiró y miró a Lucy. Si Lucy no lo hubiera sabido, habría imaginado que la mirada era de lástima.

Lucy sonrió rígidamente a Maia y Mohammed. "Cuídala por mí, Mohammed".

Asintió y su rostro se relajó en una sonrisa genuina por primera vez. "Por supuesto".

Lucy no había mentido. Se alegraba de que Maia hubiera encontrado la felicidad con Mohammed, pero eso no le quitaba sus propios sentimientos de pérdida. "Creo que me acostaré ahora. Empezamos temprano por la mañana y estoy muy cansada."

"Duerme bien, Lucy."

Pero, mientras Lucy caminaba con Razeen por los oscuros túneles, sabía que el sueño le sería esquivo. Puede que hubiera encontrado a Maia, puede que se sintiera aliviada de que estuviera bien y a salvo, pero subyacía la sensación de que había perdido no solo a Maia, sino su propia orientación.

Sin Razeen, el insomnio de Lucy volvió con fuerza. Dormía en una habitación con otras mujeres, como exigía la tradición, y se pasaba la noche pensando en Maia. De vez en cuando se quedaba dormida y se despertaba de repente con la sensación de que le faltaba algo o alguien. Gimió y cerró los ojos al darse cuenta de que echaba de menos los brazos de Razeen, su cuerpo apretado contra el suyo.

A medida que la primera luz del día se abría paso en la habitación, Lucy se levantó, se vistió y, con cuidado, rodeó las camas y salió a la suave luz del amanecer. Tenía que ver a Razeen. Bajó los toscos escalones y se dirigió al oasis, donde la luz era más clara. No parecía haber nadie y observó en silencio a los pájaros y los animales que se reunían a orillas del agua.

RAZEEN la vio en cuanto salió a la terraza. Parecía una figura solitaria en la luz gris y él adivinó sus sentimientos.

"Su Majestad, yo..."

Razeen levantó una mano antes de volverse hacia su anfitrión. "Necesito un poco de tiempo. Volveré enseguida".

El tiempo. Nunca tuvo suficiente. Nunca fue suyo. Pero ahora, necesitaba estar con Lucy.

Estaba a punto de alejarse del oasis cuando él se cruzó con ella. Abrió los brazos, ella entró en ellos y apretó la cara contra su pecho. La rodeó con los brazos, dejó caer la mejilla sobre su cabeza y aspiró su sutil perfume. Su cuerpo respondió como siempre lo hacía cuando estaba cerca de ella, pero más fuerte que su respuesta física era la emocional. Quería calmar las turbulentas emociones que percibía en ella.

"Estás triste, Lucy. ¿Por qué? Has encontrado a tu hermana. Está bien, ¿verdad? ¿Es feliz?"

Lucy se apartó de él. "Es muy feliz. Pero no puedo creer que mi hermana, amante de la ciudad, quiera quedarse aquí. ¿Crees que le han lavado el cerebro? ¿Drogada o algo así?"

Sacudió la cabeza, sin poder evitar una sonrisa. "No. Parece una mujer que conoce muy bien su propia mente".

"Pero, toda nuestra vida, hemos soñado con una época en la que no tuviéramos que aguantar a los segundones, en la que pudiéramos crear nuestro propio mundo. Y se ha rendido".

"Ha elegido lo mejor para ella. No se ha rendido. ¿Por qué es tan difícil de entender?"

"Porque si acepto eso, entonces mi vida ha perdido su sentido. Pensaba que el sentido era seguir adelante, seguir moviéndose, experimentando, probando cosas nuevas, no conformarse

con nada que no fuera emocionante y nuevo."

Razeen vio de pronto, en aquel bello rostro, la cara de una joven adolescente que había adorado a su hermana mayor y había tomado los sueños de huida de ésta como un plan literal de vida. "Nada permanece igual, Lucy. Ni para mí, ni para Maia ni para ti. Tu vida era lo que necesitabas en ese momento. Cambiará, como tú cambias".

Ella negó con la cabeza y él sintió que su cuerpo se tensaba como si hubiera tomado algún tipo de decisión. "No. Sigo haciendo lo que hago. Me hizo feliz entonces y me hará feliz en el futuro. Nunca voy a depender de nadie para mi felicidad y no puedo creer que Maia lo haga".

Era lo que necesitaba oír. Pero, ¿por qué le dolía? Relajó el agarre. "Eso significa simplemente que aún no has encontrado nada ni a nadie que te haga feliz. Pero lo harás".

Le besó la coronilla sintiendo remordimiento, por su incapacidad para estar con ella y por la incapacidad de ella para corresponder a sus sentimientos. Cerró los ojos ante el fragante olor de su pelo -humo de leña, tenue azahar del champú y aire fresco de la mañana- e intentó grabarlo en su memoria.

"No, no es para mí. Nada de esto". Miró a su alrededor, sacudiendo la cabeza y se alejó de Razeen. "Puedo oler comida. Debemos comer y luego partir si queremos llegar a la ciudad al anochecer".

"¿Quieres volver tan pronto? ¿Podría hacer que un chófer viniera a recogerte dentro de unos días?".

Ella negó con la cabeza, sus ojos revelaban una conmovedora mezcla de dolor y desafío. "No, tengo que irme. Por ahora, tengo que irme. Pero volveré".

"Entonces tienes razón, debemos irnos muy pronto. Se pronostica tormenta para hoy más tarde".

Una expresión de duda se dibuja en su rostro, rápidamente sustituida por un gesto de determinación. "Pongámonos en marcha. Ya he tenido suficientes tormentas por un tiempo".

Pero, mientras caminaban de vuelta a las cuevas, Razeen lanzó una mirada preocupada al horizonte occidental que ya se había vuelto borroso.

DURANTE EL DESAYUNO, Lucy observó a Maia y Mohammed y vio lo que no había visto la noche anterior: lo mucho que sentían el uno por el otro. Cuando llegó la hora de irse, Maia sacó la antigua brújula de Lucy de dentro de su abaya y sonrió. "Me alegro de que sigas llevando la brújula de mamá".

"Siempre lo llevo. Me recuerda a cuando mirábamos juntas el atlas mundial. Me enseñó a usar la brújula. Siempre había querido ir al extranjero, explorar distintos países".

"Y nunca lo hizo. Se habría alegrado mucho de verte viajar. Y, mira aquí, todavía tienes la pegatina de 'Maia' que pegué arriba hacia el norte. Búscala y sabrás dónde estoy. Y dónde estás tú...". Entonces miró a Lucy y Lucy vio las lágrimas en sus ojos. "Algún día lo entenderás. Tengo que hacer esto. He elegido esto porque amo a Mahoma".

Lucy la besó. "Entonces es la decisión correcta, ¿no? Y valiente. Pero siempre fuiste fuerte, siempre supiste lo que querías. Y siempre he confiado en que tomarías la decisión correcta. Así que sé que lo has hecho". Lucy estrechó a Maia entre sus brazos en un exagerado abrazo de oso para ocultar la sensación de pérdida que aún la atenazaba. "Volveré a verte antes de que nazca el bebé. Estaré contigo entonces".

Se abrazaron por última vez y Lucy subió al vehículo.

Maia se volvió hacia Razeen. "Cuida de mi hermana pequeña. Es tan fuerte, tan capaz, que a veces se olvida de permitir que la gente la cuide".

"Lo haré.

Lucy no miró hacia atrás cuando salieron del valle. Cuando lo hizo, no vio más que el polvo de sus vehículos. Maia y su nueva familia se habían perdido para ella.

LUCY CONTEMPLABA la amplia extensión de desierto que se extendía, como un mar de oro pálido, hasta el lejano horizonte, mientras Razeen y sus hombres conducían rápidamente por el monótono paisaje. Esto es lo que ella hacía, pensó, distraídamente. O iba a la deriva en un barco controlado por otra persona, o era conducida en un coche por otra persona. Y allí estaba ella, creyéndose libre. Iba a la deriva, impulsada por otra persona. Su hermana, en cambio, había tomado las riendas y había elegido su futuro.

Miró a Razeen. Sus labios formaban una línea dura y su expresión estaba tensa. Sin duda se sentía como si ella lo hubiera enviado a una búsqueda inútil. Desde su punto de vista, Maia parecía estar bien. Y sin duda le pareció insultante que Lucy no pudiera creer que Maia pudiera ser feliz en su país. Volvió a mirarlo -con los ojos fijos en la carretera, la boca severa- y trató de contener el dolor que le produjo su retraimiento.

Era estúpido sentir esas cosas. Él había hecho más de lo que ella le había pedido y ella había dejado claro que no tenía interés en estar con él más allá de unas semanas. Además, él era el Rey. ¿Por qué iba a estar interesado en ella? No. No tenían futuro juntos y ella había hecho lo que se había propuesto, encontrar a su hermana y ahora tenía que seguir con su propia vida.

Cerró los ojos y dejó que el revoloteo del motor sobre las piedras y los desniveles de la pista borrara sus pensamientos. Debió de quedarse dormida, porque cuando volvió a abrirlos, tuvo que entrecerrar los ojos y volver a concentrarse. El sol había desaparecido y el aire era casi marrón, las nubes se abrían paso entre la densa oscuridad, como si emergieran del extremo de un enorme soplador de burbujas: rojo sangre sobre marrón. Nunca había visto nada igual.

"¿Qué demonios es eso?" Se sentó hacia delante, mirando la extensión ante ellos.

"Es el khamseen". Razeen la miró y por primera vez se dio cuenta de que no parecía simplemente tenso, sino preocupado. "Sabíamos que se preveía uno, pero se está moviendo más rápido de lo que pensábamos".

"¿Volveremos a la ciudad a tiempo?"

"Esperemos que sí, porque si no estaremos perdidos. Confiamos en las brújulas para la navegación". Dio un golpecito a la del coche. "El khamseen trae perturbaciones eléctricas que las hacen inútiles".

La mano de Lucy agarró la brújula que colgaba de su cuello. Un escalofrío de miedo recorrió su cuerpo. "Bien". Se quedó mirando a la aparición que parecía un enorme ser vivo -terrible y majestuoso- mientras las nubes seguían escupiendo hacia arriba, como expulsadas de un volcán gigante. "¿A qué distancia está la ciudad ahora?"

"A una hora de aquí". La miró y esbozó una sonrisa sombría. "Pero no te preocupes, Lucy. Llegaremos a la ciudad a tiempo".

Pero, por la forma en que agarraba el volante, se dio cuenta de que sus palabras estaban destinadas a tranquilizar, no a decir la verdad.

"¿Y si no lo hacemos?"

Se encogió de hombros. "Tendremos que esperar. Pero llegaremos *a* tiempo. Se mueve

rápido sobre la ciudad. Pero nosotros también".

"Así que es un cara o cruz quién llega primero".

No contestó mientras cambiaba de marcha para hacer subir el vehículo por una pendiente especialmente pronunciada. Desde lo alto de la pendiente, pudo ver la ciudad, de suaves tonos ocre y arenosos, vulnerable al paso de la tormenta que se avecinaba, roja y terrible ahora, borrando de la vista todo lo que quedaba a sus espaldas a medida que se convertía en un enorme muro de arena arremolinada.

"Hay pañuelos en la parte de atrás, envuelve uno alrededor de tu cabeza y boca."

Lucy no le hizo preguntas. Cogió un par de bufandas y se envolvió en una. Puso otra alrededor de los hombros de Razeen para que él pudiera hacer lo mismo cuando dejara de conducir.

Los coches atravesaron las calles vacías cuando llegó el khamseen. Las puertas se abrieron y los coches entraron en el palacio a toda velocidad. Los árboles se doblaron y la arena llenó el aire. Razeen detuvo el coche junto a la puerta y se envolvió rápidamente con la bufanda. En cuanto aparecieron unas apariciones fantasmales, completamente envueltas como momias, Razeen gritó "¡ya!" y Lucy saltó y empezó a correr antes de detenerse bruscamente, aturdida por el enorme muro de calor que la golpeó. Durante un momento aterrador no vio nada más que el remolino de arena que le robaba la humedad de la boca, la nariz y los pulmones, a pesar del envoltorio. De repente, Razeen la cogió de la mano y tiró de ella hacia el interior. Cerraron las puertas de un golpe y se quedaron tosiendo en la sala principal. Los criados correteaban a su alrededor, pero Razeen los echó. "¡No te frotes los ojos! Ven". La cogió del brazo y la llevó, tosiendo, a su suite.

No se cruzaron con nadie. Todo estaba vacío, la gente se había retirado a sus casas y alojamientos dentro y fuera del palacio para asegurarse. No se oían los ruidos habituales de la gente, las charlas, los equipos de oficina, los teléfonos sonando, sólo el horrible chirrido del viento al golpear y rebotar en todas las superficies. La arena entraba por debajo de las puertas y por los estrechos huecos de las contraventanas. Por todas partes, el desierto amenazaba con invadir la ciudad. Lucy miró hacia abajo, parpadeando mientras intentaba despejarse los ojos. A pesar de la irritación, no brotaron lágrimas porque el aire era muy seco.

Una vez dentro del apartamento, Razeen la condujo al cuarto de baño, le quitó el pañuelo y llenó la palangana de agua. "Toma, salpícate la cara".

Sumergió la cara en el agua corriente y abrió los ojos bajo ella, dejando que el agua escurriera los finos granos de arena que se habían depositado en sus ojos y su piel. Se levantó y se apartó el pelo mojado de la cara.

"¿Estás bien?"

Sacudió la cabeza. "Nunca, en mi vida, había visto algo así".

"No es algo a lo que nadie se acostumbre, ni siquiera a los lugareños les resulta fácil de sobrellevar. Y puede durar muchos días, hasta cincuenta. Pero esta vez no. Todo se detiene para los khamseen".

Y el corazón de Lucy estuvo a punto de hacerlo también. Estaba de pie ante ella, con el pañuelo tirante alrededor del cuello, la camisa abierta por el esfuerzo, el sudor mojándole el cuello y el cuerpo a pesar del calor seco, los ojos intensos y enrojecidos por la arena. Ella tragó saliva. "¿Todo?"

"Casi todo".

Dio un paso hacia él. "Gracias, Razeen. Gracias por llevarme a Maia. Debes haber pensado

que era estúpido, pero..."

Le puso un dedo en los labios. "No es estúpido. Nada estúpido". Se inclinó hacia delante y rozó sus labios con los suyos. Fue un beso breve, apenas un beso, pero fue suficiente para que Lucy perdiera el hilo de sus pensamientos. Se apartó bruscamente. "No debería haber hecho eso. Lo siento, yo..."

"Razeen, hicimos el amor en el desierto, hemos hecho el amor en la Logia. *Puedes besarme*".

"Ya no es lo mismo".

Ella frunció el ceño y sacudió la cabeza confundida. "¿Qué quieres decir?" Se dio la vuelta y se pasó los dedos por el pelo. Ella estiró la mano y apretó la tela suelta de su bufanda, intentando que la mirara. Entonces él la miró y se colocó un mechón de pelo mojado detrás de la oreja, pasando la mirada del pelo a las mejillas, la mandíbula y los ojos. Ella vio algo en sus ojos que nunca había visto antes. "¿Qué estás diciendo?", repitió en voz baja pero con una urgencia que vio que él había percibido.

"Sabía que no debería haberte besado".

Ella frunció el ceño y se apartó. "¿Te arrepientes?"

No habló durante unos instantes. "Sólo porque no es justo para ti".

Ella frunció el ceño, desconcertada. "Hemos hecho el amor antes. ¿Qué ha cambiado?"

"Vi cuánto te dolió ver a tu hermana allí. Crees que la has perdido. No quiero hacerte creer que puedo ofrecerte algo más que ahora".

"Lo sé, Razeen. I..." Ella sabía que él estaba siendo justo, que nunca le había prometido nada más que unas pocas semanas juntos, pero de alguna manera las cosas habían cambiado. Pero, mientras que la idea de dejar a Razeen se había vuelto repentinamente más dolorosa, la idea de *no* tenerlo en este momento era peor. "También tengo que irme al final de la semana, cuando vuelva Alex. He encontrado a mi hermana; no tardaré en escribirte un informe sobre el centro de buceo, si es que aún lo quieres. No hay nada que me retenga aquí más tiempo". Hizo una pausa y se mordió el labio mientras observaba su rostro con atención. "¿Lo hay?"

Sacudió la cabeza. "No. No puedo ofrecerte nada más".

Frunció el ceño, deseando, más que nada, saber por qué no podía, pero incapaz de preguntar. Respiró larga y secamente. "Entonces tomemos lo que tenemos. Ahora. Olvidémonos de todo lo demás. Sólo estamos nosotros: un hombre y una mujer". Fuera, el viento aullaba y las contraventanas de madera traqueteaban.

Asintió con la cabeza. "Sólo un hombre y una mujer".

Ella le llevó la mano a los labios. "Una mujer a la que le gustaría ser besada de nuevo".

No se le dibujó ninguna sonrisa en la cara, no se le iluminaron los ojos, simplemente acercó la cara a la suya y apretó los labios contra los suyos. Ella cerró los ojos para sentir mejor la caricia de sus labios. El tiempo se ralentizó y cada sensual caricia, cada pequeño movimiento de sus labios contra los de ella se sintió más plenamente que nada de lo que había pasado antes. Demasiado pronto, él se apartó.

La cogió de la mano y la condujo al cuarto de baño, donde abrió los grifos de una enorme bañera. Le desabrochó lentamente la abaya y se la quitó del cuerpo, desprendiéndose de la fina arena que se adhería a cada fibra de cada superficie. Luego le desabrochó la camisa hasta que quedó abierta. Deslizó el dedo hacia abajo, trazando una línea desconocida sobre el escote y bajando hasta el vientre, donde el dedo se enganchó en la falda. Su mano se deslizó hasta el cierre trasero mientras la acercaba a él y la besaba una vez más. Esta vez, su beso desprendía una pasión creciente. Le quitó la falda, que le cayó por los tobillos -ella ni siquiera se había dado

cuenta de que se la había desabrochado- y se quedó en sujetador y bragas. Él le recorrió el cuerpo con las manos, en una suave caricia.

"Mi turno."

Con dedos temblorosos, le desabrochó la bata, la camisa y los pantalones y los apartó. Él se desnudó y ella se desplomó contra él, débil por la necesidad, con la frente pegada a su pecho mientras lo aspiraba. Recorrió con las manos los contornos musculosos de su cuerpo antes de posarlas sobre su vientre, alisando con los dedos el vello que bajaba hasta los calzoncillos. Le besó la piel, saboreando su textura arenosa y salada, y sintió cómo el cuerpo de él se estremecía de deseo. La levantó en brazos. Ella le rodeó con las piernas y él se metió en la bañera.

Jadeó aliviada cuando el agua se deslizó alrededor de su cuerpo y se tumbó. Era tan profunda como una piscina y ella se alejó flotando, anclada por las manos de él alrededor de sus tobillos. Sintió un inmenso alivio, no sólo por haberse librado de la arena y el polvo, sino también por haber vuelto a lo que consideraba su elemento natural.

Pero sólo tuvo un minuto para disfrutar de la sensación antes de que él la atrajera hacia sí y sus sexos -ambos cubiertos por la ropa interior- chocaran suavemente el uno contra el otro. Ella lo rodeó con las piernas y acercó su boca a la de él en un beso largo y lento que la hizo olvidar todo lo demás, excepto el calor que le recorría las venas.

Demasiado pronto la apartó. Temblorosa, se quedó de pie ante él mientras le bajaba las bragas. Le besó el vientre antes de darle la vuelta y desabrocharle el sujetador. Luego le bajó las manos por la espalda, por las nalgas, y ella cerró los ojos mientras sus manos se deslizaban por delante, acariciando su sexo, encontrando el lugar donde necesitaba que la tocaran, y más allá, hasta el lugar que estaba húmedo y esperando.

Le temblaron las piernas mientras él la recorría con los dedos, deteniéndose cuando ella jadeaba. Con la otra mano la agarró por la cintura y tiró de ella hacia él. De algún modo, se había quitado los calzoncillos y estaba empalmado bajo sus nalgas. Ella se movió un poco y él abrió más las piernas, permitiendo un mayor acceso a su mano. Ella siguió levantando las caderas, moviendo las nalgas a lo largo de su pene, sintiendo cómo la tensión de él aumentaba al mismo tiempo que la de ella. De repente, él se detuvo.

Se recostó contra su pecho, giró la cara hacia él y le besó el cuello. "No pares".

"Quiero verte, Lucy. Quiero darte placer, pero también quiero hacer el amor contigo. Y quiero que estés a salvo".

Ella se dio la vuelta y él la sujetó firmemente por debajo de las nalgas mientras la sacaba del agua y la tumbaba suavemente en uno de los escalones profundos y poco profundos que bordeaban la bañera. Sus caderas estaban a la altura de las de ella y él se inclinó sobre su cuerpo, recorriéndolo con la mirada antes de besarle el cuello, los pechos, el vientre y el sexo. Lentamente le abrió las piernas, recorrió con las uñas sus largas y delgadas piernas, trazó las líneas de bronceado dejadas por el bikini y llevó el dedo a un lugar húmedo y preparado para él. Ella movió las caderas, inclinándolas, mostrándole su necesidad de él.

Sonrió y volvió a besarla, dominando su boca con la suya. Ella le ayudó a ponerse el preservativo y le acarició hasta que no pudo esperar más y la penetró profundamente. Ella gritó al correrse en un clímax explosivo, su carne palpitando alrededor de él, masajeándolo, instándolo a perderse dentro de ella. Pero no lo hizo. Mantuvo un ritmo largo y lento que la llevó rápidamente al borde de un segundo clímax. Pero sólo al borde, porque se aseguró de controlar a ambos. Sólo cuando llegó el momento adecuado, los liberó a los dos en el olvido de la felicidad.

LO PRIMERO QUE notó al despertarse fue el silencio. Y cuando abrió los ojos, vio que la peculiar luz había desaparecido dando paso a la oscuridad de la noche.

Automáticamente cogió la brújula y se levantó de la cama -recordaba vagamente que Razeen la había llevado allí en algún momento de la noche- y contempló las luces de la ciudad y el puerto. Examinó la brújula, apenas visible en la penumbra. Seguía rota. Lucy esperó a que cundiera el pánico. Pero no llegó. Era extraño. Volvió a colocarla sobre la mesa y observó la ciudad una vez más.

La oscuridad había caído sobre la ciudad. Las diferencias de color entre la ciudad, la tierra y el mar ya no existían. Sólo quedaban las formas, reflexionó Lucy. El mar era llano y susurrante, la ciudad angulosa, desordenada y apagada en la calma posterior a la tormenta. Se apartó de la ventana y miró a Razeen, que la observaba.

"¿Qué tienes en mente?"

"¿Por qué crees que algo lo es?"

"La forma en que estás de pie junto a la ventana, frotándote los brazos como si tuvieras frío en esta noche calurosa. El ceño ligeramente fruncido. ¿En qué estás pensando?"

Se encogió de hombros. "Sólo estoy mirando la ciudad y el mar, pensando...". Frunció los labios rápidamente, dándose cuenta de repente de que no podía decirle lo que estaba pensando. Porque cómo podía decirle que había cambiado a sus ojos, que *él* había cambiado a sus ojos. ¿Cómo podía decirle que ya no necesitaba la brújula? No necesitaba saber dónde estaba cuando no estaba perdida.

"¿Pensando?"

Se encogió de hombros mientras intentaba pensar en otra cosa que no fuera el profundo latido de su corazón que tanto contenía por el hombre que la había encontrado y le había dado su rumbo. "Qué bonito es".

Frunció el ceño, como si se diera cuenta de que le habían engañado con una verdad a medias.

"Y de Maia", añadió rápidamente, necesitando cambiar de tema. "Y de lo tonta que he sido, arrastrándote a esto, haciéndote perder el tiempo. Lo siento, Razeen. Pero también estoy increíblemente agradecida".

"Ven aquí."

"¿Otra orden de Su Majestad?"

"Sí."

Se acercó a él -intentando contener una sonrisa ante su expresión de pura lujuria- y se colocó junto a la cama. Su mano se estiró y se coló alrededor de su trasero y la acercó más a él.

"¿Agradecido, dices?"

"Sí", dijo ella con suspicacia.

"¿Exactamente cómo de agradecido?" Una sonrisa socarrona se posó en sus labios.

Ella le devolvió la sonrisa. "Extremadamente".

"¿Y cómo piensa expresar esta gratitud? No estoy seguro de que el reconocimiento verbal sea adecuado".

Fingió estar preocupada. "¿Qué sugieres?"

De repente, le rodeó el cuerpo con las dos manos y la tiró hacia abajo. Ella se retorció contra su cuerpo cada vez más duro. Subió un poco por su cuerpo hasta que él también la tocó donde necesitaba ser tocada.

"Te lo dejo a ti. ¿Se te ocurre algo ya?"

Tiró de las piernas de ella a ambos lados de su cuerpo hasta que estuvo sentada encima de él.

"Umm. No estoy seguro. Oh mira, puedo ver mejor por la ventana desde esta altura. Puedo ver la mezquita en la colina y las luces alrededor de la-"

Se incorporó y le robó el resto de sus palabras con un beso. "Concéntrate, Lucy".

"Lo estoy."

"Yo invito".

Se rió.

"¿Y cuál es la mejor manera de hacerlo?"

"Te sugiero que te pongas cómodo primero".

Se levantó como para alejarse e inclinó la cabeza hacia un lado como confundida. "No estoy segura de que esto sea una buena idea".

"Siéntate, Lucy. No irás a ninguna parte".

Ella agitó las pestañas hacia él. "Bueno, tú *eres* el Rey, supongo". Y se sentó, acogiéndolo en su interior con un movimiento largo y suave.

Jadeó. "¡Lucy!" Su nombre salió de sus labios mientras la empujaba. Metió la mano por detrás y cogió un paquete. "Ahora, ¿dónde estabas?"

Entrecerró la mirada. "A ver si me acuerdo". Movié el cuerpo. "¿Aquí?" Se sentó cerca. "O..."

La levantó por la cintura y ella se deslizó sobre él. "¿Es esto lo que deseaba, Majestad?" Él asintió. Ella se movió ligeramente hacia arriba y luego hacia abajo, tratando de contener sus propias reacciones ante el deslizamiento de él dentro de ella, estimulándola, amenazando su control. "¿Y esto?"

Gruñó, con la mirada entrecerrada. Ella apretó las manos contra sus brazos, agarrando los músculos que se flexionaban bajo su contacto. Adoraba su fuerza, su virilidad. Reflejaba al hombre que llevaba dentro: tan capaz, tan fuerte... tantas cosas, pero sin contradicciones. Era un hombre en el que confiaba. Al pensarlo, las sensaciones rompieron su control y se corrió, gritando su nombre en la noche. Él le dio la vuelta y la penetró con la misma poderosa necesidad, su grito se perdió en la boca de ella mientras la reclamaba con la suya.

ALGO HABÍA OCURRIDO. Lucy pudo verlo en los ojos de Razeen. Sonrió brevemente antes de terminar su café.

"Parece que tengo visitas oficiales más tarde hoy, Lucy. Estaré ocupado esta tarde. ¿Quieres que te consiga un guía?"

Frunció el ceño, dolida por sus frías palabras. ¿Era eso? ¿Había llegado ya a su fin su breve tiempo juntos?

"No. Gracias, pero no. Tengo planes esta mañana. Aakifah, la mujer que conocí en el mercado, me dejó un mensaje. Me pidió que llamara para verla antes de irme".

"Ya veo". Se hizo un largo silencio. "Pareces ensimismado", continuó Razeen. "¿Te importaría decirme qué tienes en mente?"

Ella le miró directamente a los ojos. "Sólo si tú lo haces". Él apartó primero la mirada. "No", continuó ella, "olvidalo. Te diré lo que estoy pensando. Pienso en ti". Frunció el ceño y respiró hondo, más bien un suspiro, cuando el aire se agolpó en sus pulmones, como si buscara el escurridizo oxígeno. "Estaba pensando que mis primeras impresiones de ti en la playa aquella

noche no han cambiado en absoluto". De nuevo la pausa, y de nuevo ella la llenó. "Eres como pareces al principio".

Cerró los ojos brevemente. "Eso es algo de lo que me alegro. Que no te he engañado en ninguna de mis acciones, o palabras".

Ella frunció el ceño, confusa. "No. ¿Por qué ibas a hacerlo? No, lo que quería decir es que usted, Majestad, es alguien en quien se puede confiar".

El silencio era aún más pesado que antes. "Creo que no me conoces, Lucy."

"No muy bien, lo admito. Pero por todo lo que haces, y por todo lo que intuyo, sé que se puede confiar en ti".

Sacudió la cabeza, se levantó de la mesa del desayuno y recogió distraídamente unos papeles de una mesa contigua. La ira la invadió. Le quería. Se había dado cuenta en mitad de la noche. Pero también se dio cuenta de que él no la quería. Pero *al* diablo, él la escucharía.

Se colocó frente a él y agachó la cabeza para poder verle la cara. "¿Me has oído, Razeen? Confío en ti".

"Tú, Lucy, eres ingenua".

"Me tomas el pelo. He estado por todo el mundo, en todo tipo de compañías, probablemente he llevado una vida menos protegida que tú."

"No conoces los caminos del mundo como yo".

"Sí, lo sé", frunció el ceño. "¿Qué es lo que estás tratando de decirme?"

"Sólo eso", giró en redondo como impaciente por las palabras que estaba a punto de pronunciar, "no puedes confiar en mí". La miró larga y fijamente. "Pues no lo hagas".

Ella se apartó como si estuviera sorprendida. "¿Qué pasa?" Sacudió la cabeza con incredulidad. "¿Por qué te asusta que confíe en ti?"

La agarró de los brazos. "Dijiste que estarías aquí sólo unos días más. ¿Te he entendido bien cuando dices que no quieres más que eso?"

"¿Por qué? ¿Crees que voy a empezar a exigirte cosas? Razeen, no me quedo en un solo lugar. No soy yo. Sólo digo que confío en ti, no que quiera casarme contigo". Ella le soltó las manos. "Mira, olvida lo que he dicho. Olvida también lo de anoche, ya que estamos. Obviamente fue un error".

El sol rojo sangre empezaba a llenar el cielo a sus espaldas, haciendo su rostro aún más oscuro, más ilegible que antes. "Lo siento, Lucy. Lo has entendido mal. No fue un error, desde mi punto de vista. Es sólo que no deseo verte herida".

"Te halagas a ti mismo. Te das demasiado poder. Puedo cuidarme sola. Ahora, si me disculpas, me prepararé para salir. ¿Si le parece bien? ¿Tengo el permiso de Su Majestad?"

"Por supuesto que puedes ir. Siempre que lleves a alguien..."

Lucy no oyó sus últimas palabras. El portazo de la puerta tras ella se las tragó. No importaba. Él no tenía poder sobre ella como rey o amante. Ella haría lo que le diera la gana. Como siempre había hecho. De eso se trataba la vida, ¿no? Experiencia, diversión, seguir adelante. No ser dictada por nadie.

Mientras caminaba por los jardines, que ahora estaban siendo limpiados con una manguera para eliminar el polvo y la arena que se habían depositado por todas partes, un residuo de la tormenta, su mente se posó en Maia y la duda la invadió. Maia siempre había sido más firme que ella a la hora de seguir adelante, de tomarse la vida a la ligera, pero había cambiado. Una parte de Lucy se sentía traicionada y otra dudosa. Especialmente ahora que se daba cuenta de la profundidad de sus sentimientos por Razeen. No es que influyeran en su futuro. Maia podría

ignorar su pasado, pero Lucy no podía ignorar el suyo.

Había gente por todas partes después de la tormenta, limpiando la arena, ordenando. Cuando Lucy pasó por los jardines, los chorros de agua llenaban el aire y proyectaban arco iris bajo el sol. El interior del palacio también recibía el mismo tratamiento. Todos se afanaban en limpiar la arena que se había colado por todos los rincones, que se había abierto paso a través de todas las defensas inadecuadas de la ciudad: defensas impotentes ante semejante fuerza de la naturaleza.

Fuera del palacio, Aakifah la estaba esperando y las dos se abrazaron como si fueran amigas perdidas hace mucho tiempo y se alejaron calle abajo, hacia la casa de Aakifah.

"Todo el mundo está muy ocupado hoy. ¿Qué está pasando? ¿Sólo la limpieza habitual?"

"Es la visita de Su Alteza Real la Princesa Neelam. Tengo un amigo en el palacio. Al parecer todos están sorprendidos por la visita. Debería llegar la semana que viene".

"He oído hablar de ella. ¿No es su padre un gran terrateniente?"

"Sí, un hombre muy importante. Una familia muy buena".

"Es mucho trabajo para alguien que llama".

"No es sólo alguien".

"¿Quién, entonces?"

"La Princesa Neelam será la prometida del Rey Razeen. Se espera que su compromiso se anuncie este fin de semana".

Comprometida! Lucy se dobló, jadeando, como si le hubieran sacado todo el aire.
"¡Lucy! ¿Qué pasa?"

Lucy se incorporó con facilidad, luchando por respirar y combatiendo las imágenes que se agolpaban en su cerebro: de Razeen riendo con ella, haciéndole el amor, hablándole de cualquier cosa menos del hecho de que estaba comprometido para casarse. Hasta ese momento no se había dado cuenta de lo mucho que sentía por él, de lo mucho que había confiado en él. *Era una broma*. No le extrañaba que se hubiera enfadado tanto con sus comentarios. Sabía que no era de fiar y ni siquiera se había molestado en decirle por qué.

"Estoy bien, creo. Debe ser el calor. ¿Qué tal si paramos un momento?" Miró a su alrededor y vio que estaban fuera de una cafetería. "Nos compraré unos cafés, ¿sí?". Por la luz de excitación en los ojos de Aakifah, Lucy se dio cuenta de que su nueva amiga no tenía dinero para esos lujos. "¿Quizá podrías pedir por nosotras? ¿Café y qué tal un pastel de dátiles?"

Se sentaron en un banco tosco y bebieron y comieron mientras observaban a la gente ocuparse de sus asuntos: algunos ya de vuelta en la calle vendiendo sus mercancías, pero la mayoría todavía limpiando después de la tormenta. Lucy escuchaba a medias la conversación de Aakifah sobre sus amigos y los programas de televisión, pero sus pensamientos estaban dominados por Razeen y su traición. Pero se dio cuenta de que *no era* su traición. Él siempre había dejado claro que estarían juntos sólo dos semanas. El hecho de que se hubiera convertido en una semana parecía haberle sorprendido incluso a él.

"Lucy, ¿qué te pasa? No oyes lo que digo".

Lucy respiró hondo. "Lo siento. Dímelo otra vez. ¿Por qué quiere verme tu madre?"

"Ella dijo que no debería decírtelo. Eso que ves, es lo mejor. No, yo estaba hablando de la princesa que pronto será reina. Todos estamos muy emocionados. Ella es de la mejor familia noble".

A Lucy se le encogió el corazón. "¿Cómo es?" Intentó mantener la voz neutra, trató de no expresar los dolorosos celos que surgían en su interior.

"Muy hermosa, por supuesto. Tiene grandes..."

"No", interrumpió Lucy, tratando de contener su irritación por lo que Aakifah acababa de decir. "¿Cómo es como persona?"

Aakifah se encogió de hombros. "Sólo sabemos cómo es. La gente como nosotros sabe poco de los ricos de nuestro país".

"¿Hace buenas obras? ¿Ayuda a la gente?"

"Oh no, ese no es su trabajo. Todo lo que sabemos es que es una esposa muy adecuada para el Rey, será muy bueno para el país."

"¿De qué manera será buena para el país una mujer que se guarda para sí misma?"

"Se trata de tradición, de conexiones. Por supuesto que no será de verdadera ayuda en otros aspectos".

La ira ardió en su interior, quemando el dolor y los celos. Recordó las veces que Razeen había aparecido en público, tan distante de su pueblo, tan distinto del verdadero Razeen. Él había dicho que *eso era* lo que se esperaba, que *eso era* lo que su país necesitaba. Pero ¿cómo podía ser así, cuando gente como Aakifah y su familia necesitaban más ayuda práctica que ver cómo su familia real mantenía la tradición?

"Por supuesto". Lucy terminó su café. "¿Nos vamos?"

AAKIFAH AYUDÓ a Lucy a pasar por encima de unos escombros y la condujo hasta una estrecha puerta en un viejo muro de piedra. Lucy siguió a Aakifah a través de la puerta abierta y se encontró en una habitación pequeña y oscura, abarrotada de mujeres. Lucy reconoció a la madre de Aakifah, que le sonrió y habló en árabe.

"Mi madre te ofrece mil gracias por venir".

"Es un placer. Estoy muy contento de verla de nuevo".

Se sentó donde le indicaron y devolvió a la madre el ansioso gesto de bienvenida. "¿Quizás podrías decirle a tu madre que espero que esté bien?"

Aakifah asintió con la cabeza y fue recibida por un aluvión de palabras extranjeras de su madre. Asintió un par de veces antes de volverse hacia Lucy. "Mi madre te da las gracias y dice que te había pedido que vinieras por mi hermana pequeña". Aakifah apretó los labios con gesto adusto. "Es la menor de ocho de nosotras, pero mi madre insistió en que la amamantara. Pero mi madre no ha estado bien. Ha estado muy cansada y mi hermana está pálida. Tiene la enfermedad blanca".

"¿El qué?"

"No sé cómo se llama, pero hace unos años un médico que estaba tratando a mi primo por ello dijo que había pastillas que se podían comprar en el extranjero. ¿Podría ayudarnos a conseguirlas, por favor?" De repente, todo el mundo se quedó callado; la tensión en la habitación era palpable. En la penumbra, los ojos de Aakifah brillaban. "Se queda ahí tumbada: no juega, no se concentra. Nos preocupa mucho que le pase como a mi prima, cuyos padres no podían permitirse el tratamiento".

"Déjame verla".

Lucy no era médico, pero una rápida revisión de la niña le hizo darse cuenta de que padecía una anemia extrema.

"Tienes que llevarla a un médico".

"No podemos permitirnos el médico. Mi madre me dijo que te preguntara qué hacer. Lo siento, pero no sabíamos qué más hacer".

"No pasa nada. Hiciste lo correcto. Llamaré al médico del palacio. A mí me parece anemia, pero el médico tendrá que confirmarlo antes de empezar el tratamiento. ¿Qué come?"

LUCY TARDÓ POCO en identificar el problema. Su dieta presentaba graves carencias de hierro.

Sabía por sus estudios que el pan, que era su principal alimento básico, podía estar contribuyendo a su incapacidad para absorber el hierro y que todos los niños eran amamantados por madres que a menudo carecían ellas mismas de hierro.

"Preguntaré en palacio y haré que venga un médico".

"Pero no podemos pagar".

"Por suerte, puedo". Puso la mano en el brazo de su amiga. "No, de verdad. Estoy encantada de ayudar. No te preocupes. Y veré qué más se puede hacer para ayudarte a ti y a otras chicas como tu hermana. Déjamelo a mí".

LUCY LLEGÓ de vuelta al palacio e inmediatamente intentó ver a Razeen.

"No está disponible". La asistente fue educada pero firme, diferente a la del día anterior. Lucy se dio cuenta de repente de lo mucho que habían cambiado las cosas.

"Esperaré". Sonrió, con la misma firmeza, al asistente y se sentó frente a su despacho.

La asistente se cruzó de brazos. "Eso no será conveniente. Su Majestad no podrá recibirle hoy. Tiene otros asuntos que tratar".

Lucy sostuvo la mirada severa de la mujer. "Estos otros asuntos deben haberse adelantado. No los esperaba hasta la semana que viene".

¿Se lo imaginaba o la mujer parecía sorprendida por los conocimientos de Lucy? La mujer se aclaró la garganta. "Efectivamente, la Princesa Neelam decidió sorprender a Su Majestad".

"Estoy segura de que lo ha hecho". Lucy miró impaciente por encima del hombro de la mujer. "Esperaré".

Y así lo hizo. Las horas pasaban, pero para entonces Lucy ya había clavado los talones y se negaba a moverse por principios. La rabia que le había provocado la noticia del compromiso de Razeen se había avivado con la revelación del sufrimiento innecesario que estaban padeciendo Aakifah y su familia y, sin duda, miles de personas como ellos. Y se aferró a esa rabia como a un talismán que la protegería durante los próximos días, hasta que pudiera marcharse.

Por fin se abrió la puerta y salieron varias personas, pero no Razeen. Las puertas volvieron a cerrarse. Los ayudantes de Razeen habían desaparecido con la avalancha de gente, presumiblemente para acompañarles a la salida. Lucy se levantó y llamó a la puerta.

Oyó un gruñido que sonó vagamente alentador y empujó la puerta. Razeen estaba sentado, con los codos apoyados en la mesa y los dedos apretados contra la boca en una expresión de pensativa desesperación.

Se levantó de un salto cuando vio a Lucy y se acercó a ella. "Estaba pensando en ti".

"No me sorprende. Se alejó, manteniendo tanto su cuerpo como su voz lo más fríos y rígidos posible. "He estado sentada fuera durante dos horas."

Se detuvo ante ella, la sonrisa que había flotado en sus labios había desaparecido. "Lo siento. Hizo una pausa, demasiado larga, como si se estuviera disculpando por algo más que su larga espera. Se aclaró la garganta. "He estado ocupado, pero debería habérselo dicho a mi ayudante, ella habría..."

"Lo hice, y no me dejó verte".

"Ya veo. Se acercó a ella y sus ojos la miraron. "Me alegro de que hayas esperado". Le tendió la mano, pero ella dio un paso atrás, con la boca torcida por el dolor, mientras intentaba refrenar su propio deseo de tenerlo cerca.

"¿Cómo pudiste, Razeen? ¿Cómo has podido?"

Frunció el ceño. "Lo has oído, entonces".

"Por supuesto. Habría sido difícil no hacerlo".

"Me está esperando. Voy a cenar con ella".

Estaban a una zancada el uno del otro, pero la distancia parecía insalvable. "No te irás antes de que me escuches".

"Por supuesto. Merezco cualquier cosa de la que quieras acusarme".

Su labio se curvó. "Te haces ilusiones de que he venido a hablar de asuntos personales. Se han ido. Muertos. Tú los mataste. No hay nada más que decir. No, por lo que estoy aquí es porque vi a Aakifah hoy. La mujer que conocí en el mercado".

Frunció el ceño. "Lo recuerdo".

"Su hermana menor sufre de anemia. Necesita medicación urgente".

"Entonces debería ir a la clínica".

"Las clínicas son corruptas, Razeen", gritó, dejando que toda la emoción contenida que guardaba en su interior estallara en ira. "¿No lo sabes?"

"La medicina es accesible a quienes la necesitan. Hay leyes".

"Leyes que no funcionan".

Sacudió la cabeza. "Ridículo".

"Si usted o sus ayudantes fueran a hablar con la gente de vez en cuando podrían saberlo. Les costaría el sueldo de un mes -que no tienen ahorrado- comprar la medicina. La enfermedad es la rife: el hierro del pan que fabrican es inaccesible porque es rico en fitatos: demasiados fitatos, nada de hierro. Las mujeres amamantan exclusivamente durante demasiado tiempo y apenas se las arreglan". Temblaba de rabia y frustración, furiosa con él por tantas cosas. Se le llenaron los ojos de lágrimas, pero tuvo que continuar. "La hermana de Aakifah necesita un médico". Puso un papel con la dirección en la mano de Razeen. "Urgentemente".

Apretó los labios para controlarse, pero no supo qué controlaba: si la rabia hacia ella o la frustración hacia su gobierno. "Me aseguraré de que reciba ayuda".

"Gracias. Se levantó para irse.

"Lucy, ¿adónde vas?"

No se dio la vuelta. "A mi habitación."

"Te veré más tarde."

"No. Se acabó". Estuvo a su lado en un segundo, obligándola a volverse hacia él. "Razeen, ¿no lo entiendes? Querías que confiara en ti. Y lo hice. Pero no me confiaste la verdad, ¿verdad? Nunca mencionaste que ibas a casarte; nunca dijiste nada de una prometida que te visitara una semana después de hacer el amor. ¿Pensaste que estropearía el ambiente?". No pudo evitar que la amargura se colara en sus palabras. "¿Pensaste que diría que no? Bueno, habría dicho que no porque no es justo para ella; no es justo para la mujer que te está prometiendo su vida. ¿Cómo crees que se sentiría si supiera que su prometido se ha estado acostando con alguien? Sin duda se enterará cuando descubra nuestra relación. Difícilmente lo has mantenido en secreto".

"Me merezco todo lo que dices. Pero no entiendes a Neelam. Por supuesto que lo sabe. Y ella no piensa peor de mí por ello. Su padre tiene tres esposas. Ella no esperaría que me casara más de una vez, pero tampoco esperaría fidelidad."

Lucy negó con la cabeza. "No me lo creo. Todas las mujeres quieren fidelidad. Ninguna mujer quiere compartir a su hombre con nadie más".

"¿Es así como te sientes?"

"Estás tergiversando mis palabras. I-"

"Quiero que asistas a la cena". Ella vio cómo su rostro se endurecía, cómo volvía a ser el Rey. "Estarás en la cena. Cenarás con nosotros y verás a Neelam. Quizás *entonces* lo entiendas".

Ella jadeó. "No, no lo haré."

"Estarás allí. Si no estás allí a las ocho, iré hacia ti, te echaré al hombro y te llevaré como el hombre primitivo que parece creer que soy".

"No te atreverías".

"Pruébame". Él enarcó las cejas en una pregunta sin sonrisa que ella no respondió. El aire entre ellos chisporroteaba de ira y de algo más que ella no se atrevía a contemplar.

Se dio la vuelta y salió de la habitación sin decir nada más.

LUCY SE DESLIZÓ en el asiento reservado para ella en un rincón del enorme comedor. Sólo unos pocos la miraron con complicidad. La habían colocado donde podía observar y escuchar a Neelam con facilidad y, lo que era más desconcertante, Razeen podía observar a Lucy con facilidad. Sintió que Razeen había notado su llegada, pero no la miró a los ojos. Por enésima vez aquella noche se preguntó si debería haber venido. No fue la amenaza de Razeen lo que la hizo aparecer. Se iría en unos días y necesitaba saber, necesitaba ver con sus propios ojos, a la mujer con la que Razeen se casaría.

Y Aakifah tenía razón. Neelam era hermosa. Ojos grandes y anchos y un rostro ovalado perfecto enmarcado por un lustroso cabello oscuro. Lucy se mordió el labio y se concentró en su comida. ¿En qué demonios había estado pensando? Por qué iba Razeen a *quererla* cuando podía tener a alguien como Neelam: guapa, bien relacionada y rica.

Lucy sorbió una cucharada de sopa y miró a su alrededor. Esta noche no había burkas, abayas, pañuelos ni hiyabs: sólo costosa moda parisina y londinense que exhibía su riqueza. Los colores y las piedras talladas brillaban a la luz. Se arrepintió de llevar su vestido de noche rojo de época. Lo había comprado por un dineral en París, pero era de buena calidad y le hacía parecer una de ellas. Y no quería parecerse a uno de ellos ahora, porque le daba náuseas pensar que Aakifah y su familia necesitaban medicinas esenciales mientras Razeen estaba absorbido por ese mundo de lujo remoto. No era él. Ella lo sabía y, sin embargo, le habían convencido de que eso era lo que hacía falta.

Miró a Neelam una vez más. Estaba mirando hacia abajo, escuchando a las jóvenes que se sentaban a su lado, hablando de la última moda. Lucy sintió que su resentimiento aumentaba ante aquella charla inane y entonces Neelam levantó la vista y la miró. Al instante, Lucy se dio cuenta de que Neelam sabía quién era. Pero no había ira ni celos en sus ojos. En lugar de eso, asintió brevemente y sonrió con vacilación. Los ojos de Neelam eran amables y también inteligentes. Lucy le devolvió la sonrisa con torpeza y se dio la vuelta primero. Se sentía fatal, como si hubiera traicionado a Neelam. Pero, más que eso, estaba enfadada con Razeen por haberla puesto en esa situación.

De repente se dio cuenta de que Razeen la miraba. No los miró, sino que se concentró en su cena y jugueteó con la comida. Nunca había tenido menos hambre y, sin embargo, la comida era suntuosa. Por suerte, la persona junto a la que se sentaba estaba más interesada en sus otros compañeros y la dejaron a su aire. No tuvo más remedio que escuchar la charla de las amigas de Neelam mientras ésta permanecía en silencio.

Al final del primer plato, Lucy sólo esperaba que Neelam no fuera como sus amigas, porque si lo era, no habría ayuda para la gente de Sitra que la necesitaba. Miró furiosa a Razeen. Él bebió un sorbo de agua y la miró fijamente. Era como si leyera sus pensamientos. En ese caso, ¿por qué demonios no comprendía que Neelam podía pertenecer a la élite adecuada para satisfacer a sus consejeros tradicionales, pero era demasiado joven, demasiado distante y, si sus amigos le servían de algo, demasiado superficial para ayudarle a modernizar su país?

Lucy no pudo aguantar más y, a pesar de una mirada de advertencia de Razeen, se levantó y se escabulló rápidamente.

LUCY ni siquiera tuvo fuerzas para desvestirse. Permaneció tumbada en la cama escuchando el silencio que se había cernido sobre la antigua ala doméstica del palacio durante toda la noche. Escuchó el agua correr por los arroyos y canales del jardín y se preguntó cómo demonios se había roto su mundo de forma tan espectacular en el espacio de una semana.

Era como si los vientos del khamseen hubieran azotado su vida, primero desbaratando el punto fijo de la brújula de Maia, a partir del cual siempre había sido capaz de orientarse. Y, en segundo lugar, resquebrajando la fuerza en la que siempre había confiado, para revelar una vulnerabilidad, un corazón, que había sido pisoteado por un hombre que se había autoproclamado como alguien en quien podía confiar. Puede que tuviera razón al confiar en él con su vida, con cualquier cosa, excepto su corazón, que él le había arrebatado y aplastado.

Se bajó las espumosas capas de su vestido rojo y se puso de lado para mirar hacia el cielo nocturno. Era el sonido de unos pies que caminaban hacia su habitación. Se quedó inmóvil. Ningún sirviente pasaba por estos aposentos. Miró hacia la puerta y se sintió aliviada al recordar que la había cerrado con llave. Llamaron a la puerta, pero no respondió. Se tumbó en la cálida oscuridad y escuchó los latidos de su corazón, deseando desesperadamente que el hombre que conocía estuviera al otro lado, pero sabiendo que si abría la puerta, perdería las fuerzas que necesitaba para seguir adelante.

Oyó que los pasos se retiraban. Se recostó y esperó a que su corazón se calmara. Respiró hondo y trató de mantener la calma. Había hecho las maletas. Alex había respondido a su mensaje y, por suerte, su barco atracaría a primera hora de la mañana. Estaría en él antes del desayuno. Esa misma noche zarparían.

Su corazón seguía latiendo con fuerza. Se levantó de la cama, se sirvió un vaso de agua y abrió las puertas francesas para que entrara el aire fresco de la noche. Fue entonces cuando lo vio acercarse a ella.

"¿Qué demonios estás haciendo? ¿No puedo tener intimidad?"

"No." Siguió caminando hacia ella.

Ella le golpeó el pecho con la mano. "Vete Razeen, no te quiero aquí."

Él la ignoró y le cogió las manos. "¿Y qué te pareció la hermosa Neelam?"

"Estás loco si piensas que ella te ayudará a sacar adelante este país. Estáis locos. Ella no es lo que necesitas".

"¿Entonces quién es?"

Sacudió la cabeza. "Vete, Razeen."

No pudo ver su expresión a la luz de las estrellas, pero intuyó que estaba frustrado y enfadado.

"Quiero que vengas conmigo. Tengo algo que enseñarte". Fue como si nunca hubiera

hablado.

"¿Tengo elección?"

"Por fin estás comprendiendo el poder del jeque", dijo en tono burlón. "Por aquí."

La condujo a través de oscuros pasillos hasta un rincón de sus aposentos privados que ella no había visitado antes. Le abrió la puerta y la cerró tras de sí. La oscuridad la envolvió momentáneamente hasta que Razeen encendió una pequeña lámpara. A pesar del enfado, se sintió sobrecogida. Se dio la vuelta en el acto y su mirada pasó de las valiosas obras de arte de las paredes al intrincado techo. Aunque estaba tan ricamente decorado como el resto del palacio, su escala era más pequeña e íntima. No era un lugar para impresionar a la gente, sino para apreciar sus tesoros.

"Es precioso". La voz de Lucy era baja mientras recorría la sala de bijoux.

"Era de mi madre. Era inglesa".

Razeen se convertía en un extraño para ella cada hora que pasaba. Se dio cuenta de que no sabía nada de él. Suspiró y miró la valiosa alfombra, sintiéndose de repente derrotada. "Creía que tus padres eran de Sitra".

"No. Mi padre fue educado en Eton y Oxford y se enamoró de una belleza de sociedad".

Había una tristeza tras el tono uniforme de Razeen que la hizo levantar la vista. "¿Qué ha pasado?"

"Tuvo dos hijos -mi hermano y yo- y murió sola e infeliz. Nunca la aceptaron en Sitra y mi padre empezó a resentirse. Perdió mucho apoyo por ello. Cada vez daba más la espalda a Occidente, mantenía a Sitra aislada. Ambos se amargaron. No era un lugar feliz para crecer. Mi madre era muy infeliz".

"¿Por qué no regresó a Inglaterra?"

"Porque eso habría sido aún peor para mi padre. Habría traído una gran vergüenza para él y para el reino. Sacrificó su felicidad por el futuro de mi hermano como Rey".

"No tu futuro".

"No, no la mía. Siempre fue por el futuro de Sitra y por eso, siempre fue por mi hermano".

Se acercó a una mesa en la que había fotografías. Cogió una. "Era preciosa". Reemplazó la fotografía y cogió otra, de Razeen y su hermano. "Y tú eras muy guapo".

"¿Sólo 'éramos'?" Se giró y lo encontró detrás de ella, con una sonrisa fantasmal en los labios.

"¿Buscando cumplidos?"

Ahora no había humor en sus ojos. "Lucy, ¿ves lo que intento decirte? Este no es lugar para una mujer occidental. No puede haber futuro para nosotros".

Dejó la fotografía con cuidado sobre la mesa. "Tu madre y tu padre cometieron errores. Eran personas diferentes a nosotros. Tienes razón pero por las razones equivocadas. No hay futuro para nosotros porque me iré por la mañana".

"Lo siento, Lucy. Nunca debió ser así". Le tocó la mejilla con la punta de los dedos tan suavemente, que toda resolución se desintegró.

Ella tragó saliva y dejó de mirarle a los labios. Se lamió los suyos. "¿Cómo tenía que ser?"

"Tú, de paso; yo, un breve respiro antes de ser arrastrado por el deber".

Levantó los ojos hacia los de él y, al ver el dolor que allí habitaba, le puso la mano en el pecho, por encima del corazón. "Pero eso es seguramente lo que sigue pasando. Me voy mañana por la mañana; vas a cumplir con tu deber".

"Sí, tienes razón. Eso es lo que sigue ocurriendo en la superficie. ¿Pero por dentro?" Enroscó

los dedos bajo su barbilla y le pasó el pulgar por el labio inferior. "Sabía que corría el riesgo de acabar deseando algo, a alguien, que nunca podría tener, y estaba dispuesta a correr ese riesgo. Pero nunca quise hacerte daño".

Ella bajó la mirada y él cruzó el espacio que los separaba y apretó la cabeza de ella contra su pecho, acunando su cuerpo con los brazos mientras le besaba la parte superior del pelo.

"Y creo que lo he hecho. Lo siento mucho, Lucy."

Ella cerró los ojos mientras lo respiraba, sus labios rozando su cuello. "Olvídate de mí. No puedes casarte con ella, Razeen. No es lo mejor para este país; no es lo mejor para ti".

"Ahora estás en gran desacuerdo con todos mis consejeros."

"Entonces despídelos. Están equivocados".

Sacudió la cabeza y se apartó de ella. "No, no lo son. Conocen Sitra y conocen al pueblo sitrano. Mi país necesita reformas y mi pueblo exige un Rey tradicional".

"¿Ha preguntado a su gente lo que quiere? ¿Y usted? ¿O sólo confías en algunos asesores? Razeen, tienes que salir ahí fuera entre tu gente, averiguar qué está pasando, descubrir qué quieren. Mira a mi hermana, va a marcar una gran diferencia para la gente con la que vive. ¿Crees que no te lo agradecerán? Mírame", se golpeó el pecho con el puño, repetidamente, intentando controlar la pasión que amenazaba con desbordarse. "Mírame, mira cómo me han aceptado las mujeres del mercado. ¿No cuenta eso más que tener la sangre adecuada?".

"Ojalá fuera tan sencillo".

"Lo es, Razeen, lo es."

"No lo entiendes, Lucy. ¿Llevas aquí una semana y crees que conoces la situación mejor que yo? ¿Que mis asesores? Vamos, ni siquiera tú puedes ser tan ingenua".

Puso los brazos a la defensiva, sintiendo frío de repente. "Bueno, si ya has terminado me vuelvo a la cama. Tengo que madrugar". Se alejó torpemente y caminó a paso ligero hacia la puerta.

"Lo siento..."

Levantó la mano para impedir que siguiera hablando. No podía volverse hacia él, no podía enfrentarse a él. "No lo hagas. Déjame ir".

"Ya no puedo tomar mis propias decisiones, mi vida no es mía".

"Creo recordar que me dijiste que no era una locura que Maia eligiera libremente dónde quería estar".

"Pero *no* soy libre de elegir. Debes entenderlo".

"No veo que haya mucha diferencia entre que lo entienda o no". Ella se volvió hacia él, necesitando saber. "Pero dime, Razeen, si fueras libre, ¿qué o a quién elegirías?"

El silencio se hizo pesado entre ellos. Razeen no hablaba, sólo la miraba con una expresión que ella no podía leer.

"Ya veo." Se dio la vuelta.

"Siento, Lucy, que las cosas no puedan ser diferentes".

EL PORTAZO RESONÓ en el palacio dormido y Razeen cerró los ojos mientras el dolor lo inundaba. No le cabía duda de que no tenían futuro juntos. Había tantas razones por las que no podía estar con Lucy. Ningún hombre responsable habría hecho otra cosa. No sólo era necesario para el futuro del reino, sino que no podía faltar a la palabra que había dado a su futura esposa y a su familia.

Y, pensó mientras recogía la foto de su madre, era necesario para la futura felicidad de Lucy. Sabía en qué se había convertido la vida de su madre; sabía lo infeliz que había sido. Y también sabía lo enamorados que habían estado sus padres desde el principio. Recogió otra foto de ellos el día de su boda. Su padre estaba irreconocible: su rostro radiante y feliz. No había nada que indicara el tirano en que se convertiría. Ni siquiera el amor podría soportar tanta presión.

Reemplazó las fotos, pero siguió mirando fijamente la fotografía de su madre, con los detalles oscurecidos bajo el resplandor hueco de la lámpara. Le escocían los ojos mientras miraba la foto sin pestañear. Pero había dejado de ver a su madre y, en su lugar, veía el rostro de Lucy, tenso y dolido. Sin apartar los ojos de la foto, buscó a tientas el interruptor de la luz y lo apagó. El rostro de su madre ya no era visible, pero el de Lucy seguía atormentándole.

Cinco meses después...

Lucy se tumbó en la tumbona y suspiró. Había pasado toda la mañana en la cocina preparando la cena y le sentaba bien volver a sentir los rayos del sol sobre su cuerpo. Cerró los ojos y se puso las gafas de sol en la nariz.

Una sombra cayó sobre su cuerpo. No se molestó en abrir los ojos; sólo podía ser Alex. Los demás estaban comiendo.

"Oye, estás en mi sol."

"Pronto te dará mucho el sol".

"Estaré cubierta de pies a cabeza con una abaya y mi bronceado se resentirá".

"Sí, supongo que sí. No lo había pensado así". Hizo una pausa, vacilante, y Lucy abrió los ojos y se volvió hacia él.

"¿Qué pasa? ¿Quieres convencerme de que me quede?"

Sonrió. "Sé que eso no funcionaría. Estarás con tu hermana en el nacimiento de su hijo contra viento y marea".

"Sí. Y quiero llegar unos días antes. No sale de cuentas hasta dentro de una semana, pero no quiero perdmelo. Me imagino que me quedará un tiempo después del parto para ayudar y luego me iré".

"Siempre hay un trabajo aquí, si quieres uno".

"Eres demasiado bueno conmigo. Ya has encontrado un chef sustituto. No me necesitas".

"Podría tener dos cocineros. Me parece bien".

"No *necesitas* dos. No te preocupes por mí. Estaré bien. Siempre hay trabajo en el Caribe. Lo intentaré allí primero".

"Quizá quieras quedarte en Sitra".

Miró hacia el mar que tanto amaba por sus cambios de humor y su constante movimiento. "No, no lo haré. Nunca me quedo mucho tiempo en un sitio. No soy 'permanente'".

"Pensé que Razeen podría haberte hecho cambiar de opinión sobre ese punto."

"No está interesado. No sé por qué crees que lo está. De todos modos, él no tiene nada que ver con mi razón para volver. Estoy allí por Maia y eso es todo".

"*Está* interesado, Lucy. Por supuesto que lo está".

"Por supuesto que no".

"Él me lo dijo".

Su cabeza se giró. "¿Qué?"

"Razeen es mi amiga, Lucy, seguimos en contacto. Sobre todo después de la debacle de la boda". Hizo una pausa. "¿Quieres saber lo que pasó?"

"No. Se mordió el interior del labio para ocultar su incertidumbre. "Sé lo esencial, eso es suficiente".

"Vergüenza".

Hubo una larga pausa mientras Alex se acercaba al mástil y apretaba un poco más un nudo. Lucy trató de contener su curiosidad. Jugueteó con las manos, cruzó y descruzó los tobillos y luego respiró hondo sabiendo que Alex no iba a marcharse hasta que ella se lo pidiera.

"No creo que haya mucho más que decir".

"No lo creo", aceptó.

"Sé que el matrimonio no tuvo lugar. ¿Pero por qué? ¿Quién sabe?" De nuevo un silencio burlón. "¿Alex?"

"Puede que lo sepa".

"Maldita sea, Alex, dime. ¿Qué ha pasado? ¿Quién lo canceló? ¿Fue Razeen?" Ella sabía que tenía que haber sido él. Después de todo, él *era el que tenía* el poder y el que no amaba a su prometida.

Alex negó con la cabeza. "No, no fue Razeen".

Lucy se incorporó de golpe y sus gafas de sol cayeron con estrépito sobre la cubierta de madera.

"¿Qué?"

"Su prometida lo canceló. Parece que estaba más enamorada de una vida fuera de Sitra que de una en ella. Ahora está en París, estudiando en la Sorbona".

"Entonces habría seguido adelante". Las palabras surgieron en una ráfaga de aire exhalado. La decepción caló hondo. Ella creía que él la había escuchado y lo había cancelado. Pero no fue así. Había sido la chica tímida e inteligente la que había hecho la ruptura.

"Sí, lo habría hecho. Se toma muy en serio sus responsabilidades. Deberías saberlo".

"Sí", se mordió el labio y desvió la mirada. "Sí, quiero".

Se obligó a recostarse. Alex se acercó a la barandilla y miró al horizonte con los ojos entrecerrados. Solo el chapoteo del agua contra el barco y los gritos ocasionales y la charla de fondo de la tripulación almorzando en el camarote rompían el silencio cada vez más largo.

"Pensé que ustedes dos se llevaban muy bien."

"¿Lo hiciste?" Intentó sonar despreocupada.

"Sí, creo que podríais haber hecho un buen negocio juntos."

"Umm. Obviamente no compartía esa opinión".

"¿Qué te hace decir eso?"

Se incorporó y suspiró. "Oh, no lo sé. ¿Tal vez la forma en que estaba decidido a casarse con otra persona?"

"Bueno, no lo hizo."

"No por su propia elección. Y luego está el hecho de que, después de que no se casara, decidió no ponerse en contacto conmigo. No hace falta ser Sherlock Holmes para deducir que no está interesado en mí".

"O que cree que cualquier avance suyo no sería bienvenido. Y luego está su historia familiar."

Vamos, Luce, sabes lo que le pasó a su madre. Él la adoraba y ella se retiró, lo abandonó a su suerte porque no podía manejar la vida en Sitra. Está aterrorizado de que si se casa con alguien de fuera de su país, pase lo mismo. Y no puede hacerle eso a alguien a quien ama".

"Alguien a quien quiere...", repitió débilmente.

"Mira, todo lo que digo es, dale una oportunidad. Cuando llegues a Sitra y lo veas..."

"No lo veré. Maia ha hecho arreglos para que me quede en un apartamento en la ciudad. No me acercaré al palacio. Ni siquiera sabe que voy a Sitra".

"Cuando le veas", continuó Alex como si no le hubieran interrumpido, "dale una oportunidad".

"Le *di* una oportunidad, Alex", dijo en voz baja, "y no la aprovechó. No me quiere".

"No me lo creo".

"Tal vez debería reformularlo. Puede que me quiera, no lo sé, pero no me tendrá. Fin de la historia".

"Todavía no lo es". Alex sonrió y volvió a entrar en la cabaña.

EL CALOR GOLPEÓ a Lucy como un muro al salir de la terminal del aeropuerto y agradeció haberse comprado una abaya y un hiyab ligeros. Con el pelo oculto, bronceada y con los ojos delineados con kohl, esperaba encajar y, por la forma en que nadie la miraba, así era.

Mientras caminaba hacia la pequeña parada de taxis, pasó junto a un lujoso coche cuyo conductor estaba de pie, con las manos en las caderas, escudriñando a la gente que abandonaba el vuelo con sumo cuidado. Le reconoció: era de palacio. Bajó la cabeza y siguió caminando. La idea de que Razeen se hubiera enterado de su regreso y hubiera enviado al chófer a recogerla pasó brevemente por su mente. Pero siguió caminando. Él había dejado claro que no la quería, así que ¿por qué iba a enviar a alguien a buscarla?

Subió a un taxi y dio al conductor la dirección que le habían dado. En diez minutos se arrastraron por el ajetreado y estrecho casco antiguo. Aparcó ante una de las casas de los comerciantes y señaló con el dedo. Después de recoger la llave de la familia que vivía y trabajaba en la tienda de abajo, subió los desgastados escalones del primer piso.

Era sorprendentemente bonito -los muebles eran evidentemente caros- y se había cuidado hasta el más mínimo detalle: desde la nevera y los armarios, completamente abastecidos, hasta la cama, que estaba hecha con sábanas blancas como la nieve. Pasó la mano por la mesa pulida y abrió las ventanas de par en par.

Las vistas eran increíbles. La ciudad se extendía ante ella, con sus tejados, ventanas abovedadas y paredes desconchadas de color ocre suave y terracota, como manchas de acuarela sobre papel. Más allá de los edificios se extendía la bahía. Sintió que si alargaba la mano tocaría el azul y sentiría el frescor del agua. El mero hecho de volver a ver el mar la hizo sentirse más cómoda. El sonido del muecín llamando a los fieles a la oración resonaba en la ciudad y el aroma especiado del café subía desde la cafetería. Era perfecto. Y ella siempre tenía que compartir lo perfecto.

Buscó su teléfono y encontró un mensaje de Maia. Todo iba bien y llegaría a la ciudad al día siguiente. Lucy exhaló suavemente un suspiro tenso. Estaba nerviosa por Maia, pero el mensaje la tranquilizó.

Y un día para sí misma le daría la oportunidad de visitar a Aakifah y a su familia. Lucy había recibido una carta breve y formal de Aakifah en la que le comunicaban que un médico había llamado y les había dado la medicina que su hermana necesitaba. No sólo eso, sino que se habían instalado clínicas por toda la ciudad donde se ofrecía tratamiento gratuito y se estaban investigando algunas de las dolencias más comunes. Lucy no había necesitado una carta de Aakifah para saber que esto ocurriría. Sabía que Razeen no la defraudaría; sabía que quería hacer lo mejor para su pueblo, sin importar el coste personal.

Se frotó el pecho con el talón de la mano. Le dolía. Le dijera lo que le dijera a Alex, el rechazo de Razeen le dolía mucho. Incluso en el extranjero, él había rondado su mente cada minuto de cada día. Pero aquí, rodeada de las vistas y los sonidos de Sitra, era más intenso. El olor del café le recordaba el sabor de sus labios; el resplandor turquesa del mar le recordaba cuando hacía el amor con él en las olas: su cuerpo, tan fuerte y ágil, estrechándola contra él. Se apartó del mar. Tenía que salir. Recogió su bolso y se dirigió a la puerta cuando el sonido de un timbre que sonaba con fuerza en el apartamento la detuvo en seco. Bajó las escaleras lentamente y se detuvo antes de levantar la mano temblorosa hacia la cerradura y abrir la puerta de par en par.

Un funcionario de palacio se inclinó cortésmente y le ofreció una carta. Le dio las gracias en un árabe vacilante, cerró la puerta y abrió la carta. Era una petición formal para ir a palacio esa tarde, firmada por un funcionario del que nunca había oído hablar. Volvió a leerla, tratando de encontrar en aquel conjunto de palabras algo más que una invitación a palacio. ¿Para qué era? No lo decía. Lo desordenó, lo metió en el bolso con la intención de tirarlo a la siguiente papelería disponible y salió a la luz del sol para visitar a sus amigos. Sólo era una invitación oficial, nada personal. Menos mal, se aseguró, porque habría corrido un kilómetro. Se iría dentro de unas semanas, como hacía siempre. Las cosas domésticas no eran lo suyo. Lo doméstico significaba... angustia. Así que Razeen había dejado claro que no la quería.

EL SOL brillaba rojo en el cielo para cuando Razeen vio a Lucy doblar la esquina, riendo con un par de jóvenes que la acompañaban. Sintió su presencia entrar en su cuerpo como una droga; su cuerpo la reconocía y le daba la bienvenida a todos los niveles, a través de cada vena, cada nervio de su cuerpo. Dio un sorbo a su café y trató de pasar desapercibido entre los demás clientes de la cafetería. Quería observarla el mayor tiempo posible, desprevenida y relajada, simplemente siendo Lucy.

Hablaba de diez en diez y era evidente que las mujeres la adoraban, sin duda incapaces de entender una cuarta parte de lo que decía. Pero se reían y charlaban en árabe, que sin duda Lucy apenas entendía, ayudada sólo por la traducción ocasional de una mujer, presumiblemente Aakifah.

Y por eso debían apreciarla, pensó. Ella había hecho más por su bienestar que cualquier otro miembro de su familia desde su abuelo. Pero, mirándolas ahora, se dio cuenta de dos cosas. Una, que las mujeres no sólo apreciaban a Lucy, sino que *realmente* les gustaba. Establecían contacto con ella, sus manos se posaban en sus brazos cuando hablaban; se movían libremente ante ella, riendo y bromeando como si fuera una vieja amiga. Se dio cuenta con un sobresalto de que ella era accesible para ellos de un modo en que su familia nunca lo había sido para el pueblo. La otra

cosa que le llamó poderosamente la atención fue que la consideración iba en ambos sentidos. Lucy parecía sentirse totalmente a gusto con ellos, a pesar de la barrera del idioma.

Frunció el ceño y se dio la vuelta, dejando la taza de café con cuidado sobre la mesa. En cuanto Lucy se marchó, se dio cuenta de que ella tenía razón y sus consejeros se habían equivocado. Necesitaba una reina cuyo corazón y alma estuvieran comprometidos con Sitra. El alma y el corazón de Neelam anhelaban abandonar Sitra, por lo que él la había animado a seguir sus sueños y la boda se había cancelado. Pero más que pasión por su país, necesitaba una Reina a la que pudiera amar. Y eso significaba una sola persona. Pero esta comprensión no le había hecho buscar a Lucy y proponerle matrimonio. ¿Cómo iba a hacerlo si ella había demostrado claramente, tanto con sus palabras como con sus acciones, que no le amaba?

La vio despedirse de sus amigos y cruzar la calle hacia él. Y en ese momento supo que tenía que averiguar lo que ella sentía por él, bueno o malo, *tenía* que saberlo.

LUCY no le vio hasta que se detuvo junto a la cafetería para sacar las llaves del bolso. La respiración casi se le congeló en la garganta cuando él la miró y se levantó para ir a su encuentro.

"Has estado fuera mucho tiempo".

"He estado con mis amigos del mercado".

"No, Lucy, me refiero a que has estado lejos de Sitra durante mucho tiempo".

"No tenía ninguna razón para volver".

Se quedó pensativo. "Pero ahora sí".

"Sí, ahora tengo cosas que hacer aquí".

Se detuvo, agarrando la llave con la mano. *¿Qué demonios hacía él aquí?*

"¿Puedo pasar?"

"Supongo que sí". Giró la llave en la cerradura, entró en el estrecho pasillo e inmediatamente subió las escaleras que conducían a su apartamento. Los pasos de Razeen la siguieron de cerca. Cuando salieron al piso de arriba, se detuvo y miró a su alrededor.

"¿Esto es satisfactorio? Maia dijo que no deseabas quedarte en el palacio así que encontré esto para ti. Me temo que es un poco pequeño. Hubiera preferido algo más apropiado para ti, pero Maia pensó que te gustaría y yo sabía que estarías segura aquí. La familia de abajo es de confianza".

Se dio la vuelta, no quería ver cómo le afectaban sus palabras. Todo era gracias a él. Todo - desde sus bombones favoritos en la nevera hasta la jardinera recién plantada, llena de las flores blancas perfumadas que tanto le gustaban- se debía a él. "Es perfecto, gracias". Ella se volvió y le sonrió. "Podría haber sabido que lo habías arreglado tú".

"Por supuesto".

"¿Quiere un café o un té?"

"Ya he bebido suficiente café mientras te esperaba."

"Apuesto a que no tienes que esperar a la gente muy a menudo".

"En efecto. Pero como rechazaste mi invitación a venir a palacio, no tuve más remedio". Se acercó a ella, con la cabeza inclinada hacia un lado, como para verla mejor.

"El Rey que no tiene elección. Nada cambia mucho, ¿verdad?" No pudo evitar que la amargura por su rechazo influyera en sus palabras.

Entrecerró brevemente los ojos. "Parece que me das pocas. Tal vez debería igualar el marcador y refinar *tus* elecciones".

Lucy se mordió el labio en un vano intento de que dejara de temblar. "¿Y cómo te propones hacerlo?"

"Te quiero en el palacio esta noche."

Ella negó con la cabeza. "No, no puedo. No tiene sentido, Razeen. Se acabó. Sólo estoy aquí por un corto..."

"Lo has entendido mal. Va a haber una recepción en el palacio para celebrar los progresos que ha hecho la clínica en seis meses de funcionamiento. Esa clínica se debe a ti, Lucy. Has marcado la diferencia. Deberías estar allí".

Se dio la vuelta, avergonzada por haber supuesto que su visita había sido personal. Por supuesto que no. Al fin y al cabo, era el Rey.

"En ese caso, iré".

"Bien. Haré que alguien te llame a las siete". Se dio la vuelta para marcharse, pero se detuvo y volvió a mirarla. "Estarás allí, ¿verdad? No volverás a desaparecer".

"Acabo de llegar".

"Eso significa poco. Vas y vienes a tu antojo sin pensar en tus responsabilidades".

"No tengo ninguno".

"Y así es como te gusta, ¿no? Tengo entendido que has seguido en contacto con la clínica y te han ofrecido un puesto con ellos".

"Sí, así es".

"Y lo rechazaste".

"Sí, por supuesto. Si aceptas un trabajo así tienes que comprometerte".

"Y el compromiso no es algo que se te dé bien, ¿verdad? ¿Por qué será, me pregunto?"

"Eso es personal". De repente, la habitación se quedó sin aire; no podía respirar. Razeen se acercaba cada vez más a ese nudo en el centro de las cosas que, tantos años atrás, había envuelto y rodeado para protegerse. Sabía por qué no se comprometía, *Maia* sabía por qué no se comprometía, pero nadie más debía saberlo. No podía arriesgarse a desatar el dolor que aún brotaba y fluía dentro de la tumba de hormigón de su corazón.

"Y tú no soportas hablar de lo 'personal', ¿verdad, Lucy?". Su voz se alzó de repente, la frustración evidente en cada sílaba.

Agitó la mano con impaciencia y se acercó a las ventanas, que abrió al máximo, desesperada por ver el mar. Pero ya estaba oscuro y no podía verlo. Su pánico aumentó y se volvió para encontrar a Razeen a su lado. "Déjalo, Razeen. Déjalo, Razeen. No quiero hablar de eso ahora".

Le apartó el pelo de la cara, observando distraídamente cómo le caía por la espalda. "No sé qué me estás ocultando, Lucy. Pero lo averiguaré".

El suave roce de su mano y las palabras susurradas hacían que la amenaza de ser descubiertos fuera aún más amenazadora. Era extraño estar tan cerca de alguien, sentir tanto por alguien y, sin embargo, que existiera un abismo tan grande entre ellos. Estaban frente a frente, respirando con dificultad. Lucy no sabía si Razeen iba a besarla o a gritarle.

De repente se oyó un fuerte golpe en la puerta.

"¡Entren!"

Un funcionario de palacio entró en la habitación. Razeen lo fulminó con la mirada.

"¿Qué es lo que quieres? ¿No ves que estoy ocupado?"

El asistente parecía incómodo. "Su Majestad, no es por usted que estoy aquí. Es la señorita Gee". Se volvió hacia ella. "Señorita Gee, su cuñado dice que debe venir de inmediato. Su hermana ha sido ingresada de urgencia en el hospital. Hay un problema".

El corazón de Lucy latía con fuerza en su pecho, mientras cogía temblorosamente su bolso y se acercaba al hombre. "¿Qué tipo de problema?"

"Lo siento, no conozco los detalles. Tengo un coche fuera". El hombre miró a Razeen en busca de aprobación. "¿Si le parece bien, Majestad?"

"Yo llevaré a la Srta. Gee". Razeen se dio la vuelta. "¿Lucy?"

Pero ella ya estaba corriendo escaleras abajo.

LAS BLANCAS PAREDES del flamante hospital eran fácilmente visibles en la vasta oscuridad del desierto. Razeen le había asegurado a Lucy que el hospital era puntero y que contaba con médicos bien cualificados, y que Maia recibiría los mejores cuidados posibles, pero Lucy apenas le hizo caso. La consumía un sentimiento abrumador de rabia y frustración por el hecho de que Maia hubiera permanecido en la ciudad de las cavernas hasta la fecha del parto sin haberse sometido a revisiones periódicas. Estaba llena de resentimiento porque Mohammed había seducido a Maia para alejarla de su vida y no había cuidado de ella como era debido. La brújula se movió en su pecho, la agarró y cerró los ojos. Al instante, la rabia desapareció y sólo quedó el terror de que Maia la abandonara.

Cuando Razeen detuvo bruscamente el coche sobre el cemento caliente de la entrada de urgencias, agarró con fuerza el tirador de la puerta para intentar calmar el temblor, pero no lo consiguió. La pena se le subió a las tripas como una bola de fuego.

"¿Estás bien?"

Sacudió la cabeza, incapaz de hablar, sin saber si surgirían palabras racionales o algún grito primitivo de pérdida.

"Todo irá bien. No asumas lo peor. Vamos."

Corrieron por los pasillos hasta el quirófano, donde se encontraron con un Mohammed angustiado que se paseaba fuera. Se volvió hacia Lucy y la abrazó instintivamente antes de volverse hacia Razeen para hacer lo mismo. Se detuvo de repente al recordar que estaba a punto de abrazar al Rey. En lugar de eso, retrocedió dando tumbos y se apoyó contra la pared, con cara de agonía.

A Lucy se le encogió el corazón, pero al verle tan desesperado se armó de valor. "¿Cómo está?"

Mohammed parecía haber olvidado su inglés y, en su lugar, pronunciaba un chorro de árabe.

"Dice que le han hecho una cesárea de urgencia pero que tiene una hemorragia grave".

"¿Puedes preguntarle qué pasó?"

Pero no hizo falta. Mohammed gesticuló enloquecido mientras soltaba un torrente de palabras que Razeen escuchó pacientemente, antes de dirigirse a Lucy para que tradujera.

"Al parecer todo sucedió rápido. Venían hacia aquí -por suerte Maia decidió irse antes porque tú habías llegado- y empezó a sangrar. Parece que el bebé está bien, pero no sabe nada de Maia. Está esperando a que le dejen volver al quirófano".

Mohammed empezó a pasearse de nuevo, incapaz de estarse quieto, y Lucy se recostó contra la pared, se cruzó de brazos y lo observó. En esos momentos de dolor, Lucy vio cuánto quería a Maia. Estaba escrito en cada gesto de impaciencia, de rabia, de angustia, estaba escrito en las lágrimas que corrían por su rostro sin control y en las palabras de autorrecriminación por cosas sin sentido que Razeen traducía. Entonces lo comprendió. Maia siempre había sido popular, siempre había tenido amigos, pero Lucy nunca había sido testigo de una devoción tan absoluta. Y se alegró por Maia. Feliz de que hubiera encontrado un hogar después de tantos años sin uno. Era un hogar que ella misma nunca tendría.

Cuando un médico salió por las puertas batientes y habló brevemente con Razeen, ella vio la cara de Maia, mortalmente blanca, con los ojos cerrados, y sintió una gran pena. "No, Maia, no puedes dejarme". Sacudió la cabeza y se secó las lágrimas que empezaban a caerle por la cara. De repente, Razeen la rodeó con sus brazos. "No puede dejarme". Las palabras surgieron como un gemido del miedo y la pena que yacían anudados en el fondo de sus entrañas. Cruzó los brazos sobre el cuerpo para contener el dolor. "¿Estará bien? Le miró. "Se pondrá bien, ¿verdad?"

"Todavía no lo saben. Están trabajando duro. Tiene una hemorragia posparto, algo relacionado con la placenta. Pero la sangre no coagula fácilmente, así que le están haciendo una transfusión de plaquetas". La rodeó con el brazo y la acercó a su lado. "No te preocupes, Lucy. Está en buenas manos".

Pero Lucy sí se preocupaba.

Apareció una enfermera y le hizo señas a Mohammed, que desapareció en la habitación. Lucy empezó a seguirlo, pero Razeen la detuvo.

"Déjalo con ella. Se necesitan el uno al otro ahora".

Se mordió el labio y se dio la vuelta, sabiendo que tenía razón. Apoyó la frente contra la pared que la separaba de Maia y lloró. Los brazos de Razeen la rodearon y su cálido cuerpo se apretó contra su espalda. Apoyó la cabeza contra la suya y murmuró palabras árabes de consuelo, incomprensibles pero tranquilizadoras. Siguió abrazándola y sus sollozos se calmaron poco a poco. Sólo entonces la dio la vuelta y la estrechó entre sus brazos.

Salió un médico y habló brevemente con Razeen. Vio por el alivio en la cara del médico y la respuesta de Razeen que lo peor ya había pasado. "Se va a poner bien, ¿verdad?"

"Se pondrá bien. Pero necesitará un tiempo de recuperación para recuperar fuerzas".

"¿Puedo verla?"

"Los médicos prefieren que espere. De momento necesita descansar". Una enfermera apareció detrás de él llevando un bulto. "Mohammed quiere quedarse con Maia y ha preguntado si usted podría cuidar del bebé".

Lucy se apartó, sacudiendo la cabeza. No podía hacerlo. ¿Cómo podía responsabilizarse de

un bebé? Pero la atareada enfermera no tuvo tiempo de hablar y empujó el bebé hacia los brazos de Lucy. Lucy se quedó paralizada, sosteniendo el pequeño bulto como si fuera una bomba de relojería. Y en cierto modo lo era. Porque despertó recuerdos que hacía tiempo que estaban reprimidos: Lucy, que apenas era una niña, con un bebé en brazos.

Entonces el bebé se retorció y Lucy dio un respingo, volviendo al presente con una sacudida. Con un dedo apartó tímidamente las mantas para mirar la cara del bebé y jadeó, conteniendo la respiración durante largos segundos mientras asimilaba sus diminutas facciones: una impresionante combinación de los rasgos perfectos de Maia y el pelo oscuro y la piel de nuez moscada de Mohammed. Las lágrimas volvieron a brotar -no estaba segura de que hubieran cesado nunca- y sus brazos acercaron instintivamente al bebé. El bebé abrió la boca brevemente en un llanto silencioso que se desvaneció rápidamente y luego se volvió hacia el pecho de Lucy y se quedó dormido. Lucy extendió las manos sobre la suave lana de la manta, rodeando las tiernas curvas del bebé, y acercó el bulto a su cuerpo. Incluyó la cabeza para aspirar su dulce aroma y en ese momento supo que, a pesar del dolor que se entrelazaba irrevocablemente con su propio pasado, podía hacerlo.

Miró a Razeen, que no le había quitado los ojos de encima. "Este tiene que ser el bebé más tranquilo que he visto".

"Entonces no se parece a su tía".

"¿Es una 'ella'? No se me había ocurrido preguntarlo".

"Sí, es ella. Mohammed dijo que Maia y él habían decidido el nombre 'Noor'".

"Noor", repitió Lucy. "Es precioso".

"Significa 'luz' en árabe".

"El mismo significado que 'Lucy'."

"No lo sabía". Su voz era tan suave, tan tierna, que desvió su atención del bebé que llevaba en brazos.

"Gracias, Razeen, por estar aquí para mí. Me habría hecho pedazos sin ti".

Sus ojos marrones estaban llenos de tristeza. "No", apretó los labios como si se arrepintiera. "No, tú no. Eres más fuerte de lo que crees".

"Incluso los fuertes necesitan ayuda a veces. ¿Te quedarás conmigo ahora?" Él no respondió inmediatamente y ella se sintió insegura de repente. "Lo siento, no debería preguntar. Debes tener tantas cosas que hacer, yo..."

"Por supuesto que me quedaré. El secretario dice que hay una habitación a nuestra disposición. Podemos pasar aquí la noche y así Noor estará cerca de Maia cuando pueda verla". Le levantó la barbilla para poder verla a los ojos. "¿De acuerdo?"

Lucy asintió. "Definitivamente bien".

Razeen la rodeó con el brazo y la guió suavemente por los pasillos hasta la suite.

En cuanto Lucy se sentó en el sofá, Noor se despertó, abrió la boca y gritó. Lucy miró ansiosa a la enfermera que acababa de aparecer. "¿Qué le pasa? ¿Está herida?" La enfermera se rió ante la expresión de Lucy. Aunque obviamente era incapaz de entenderla palabra por palabra, la enfermera comprendió lo esencial y le entregó el biberón de leche más pequeño que Lucy había visto nunca.

"La enfermera dice que tiene hambre. Eso es todo. Nada de qué preocuparse".

Noor no tardó en agarrarse al biberón y beber a gusto. Pero eso sólo provocó otro pensamiento angustioso en la mente de Lucy. "¿Significará esto que no podrá tomar el pecho de Maia?".

Razeen tradujo a la enfermera antes de volverse de nuevo hacia Lucy. "Dice que, con suerte, todo debería ir bien. No hay razón para que no lo esté".

"Esto da mucho miedo. Hay tantas cosas que pueden salir mal".

"Y tantas cosas que podrían salir bien", replicó Razeen. La enfermera dijo algo que Lucy no entendió. "La enfermera dice que serás una buena madre. Ya estás preocupada por todo".

Lucy se estremeció como si alguien hubiera pasado por encima de su tumba.

"¿Qué pasa, Lucy? La enfermera lo dijo sólo como un cumplido".

Pero Lucy no podía sonreír, no podía tranquilizar a Razeen, ni siquiera podía mirarle a los ojos. ¿Cómo podía decirle que, hacía mucho tiempo, cuando era demasiado joven, *había* sido madre, aunque por poco tiempo, una madre que no había sido capaz de cuidar de su propio bebé?

"¿Lucy?"

Lucy negó con la cabeza, con los ojos fijos en Noor. "No me imagino siendo madre, y menos de un bebé tan perfecto".

RAZEEN NO CONTESTÓ, sino que se limitó a mirar a Lucy y al bebé, y sintió lo contrario. No podía imaginársela *sin ser* madre. Pero había una diferencia con la escena que veía ante él: el bebé sería suyo y de Lucy y sería más perfecto.

"LUCY, ¿cuándo vas a dejar de sonreír con esa sonrisa estúpida y sentimental? No es propio de ti".

Maia estaba sentada en su propia cama de la ciudad de las cavernas, con el bebé mamando satisfecho.

"Creí que te había perdido". Lucy pudo sentir cómo las lágrimas, que parecían ser su compañera constante ahora, le punzaban los ojos.

Maia cogió la mano de Lucy y la apretó. Lucy la sujetó con fuerza como si no fuera a soltarla nunca más. "Yo no, hermanita, estoy hecha de algo más duro que eso. Haría falta algo más que un bebé para destruir a *esta mujer*".

La sonrisa de Lucy se hizo más amplia, menos sentimental. "Sí, bueno, supongo que siempre fuiste la reina del drama, Maia. No podías dejar pasar algo como el parto sin una escena".

"Una vez reina del drama siempre reina del drama. Estuve espectacular, ¿no? Nunca había visto a Mohammed tan conmovido. Supongo que eso significa que me quiere". Sonrió con suficiencia a Lucy.

"Creo que no hay duda de eso. Está enamorado de los dos. Puedo dejar que os quedéis en vuestra cueva felices sabiendo que puede que viváis en una cueva pero vuestro cavernícola siempre os cuidará".

Maia sacudió la cabeza con fingida irritación. "Eres buena para hablar. Se supone que tú eres la práctica, Luce. ¿Qué es eso que he oído de que casi te desmayas en brazos de Razeen?"

"Tuve que hacer algo para que me abrazara".

"Realmente te gusta, ¿no?"

"Más que gustar. Pero no hay futuro. No quiero sentar la cabeza. Aunque lo hiciera, él no me quiere. Se aferra a la idea de que yo sería infeliz aquí y que no encajaría, etc etc. Es tan responsable que tiene que hacer lo que cree que es bueno para el país y para mí. Pero -se encogió

de hombros- eso es irrelevante. Quedarme en un sitio no es para mí".

"Tiene que ser responsable porque es el Rey".

"Y porque tiene que demostrarse a sí mismo que su padre estaba equivocado: demostrar que merece ser Rey y que se puede confiar en él".

Se hizo el silencio unos instantes mientras Maia se llevaba al bebé al otro pecho, con expresión pensativa. "Y viniste aquí creyendo que Razeen me había secuestrado. Lo cual, no me malinterpretes, fue muy dulce por tu parte, pero dudo que sirviera de mucho para mejorar la creencia de Razeen de que se podía confiar en él cuando la mujer a la que ama no confiaba en él".

"¿Qué te hace pensar que me ama?"

"Incluso una reina del drama puede ver que te ama. Es sólo usted y él que parece que no puede poner dos y dos juntos".

"Si es verdad -aunque sea un poco- supongo que mis sospechas sobre él le habrán descolocado más de lo que pensaba".

"Quizá sólo necesites hacerle ver cuánto confías en él".

"No tiene sentido. Si le demuestro que confío en él, ¿entonces qué? Me iré en unas semanas".

"Pero tú lo amas, Lucy. ¿No es eso suficiente para que te quedes?"

Lucy negó con la cabeza y se encogió de hombros torpemente. "No." Volvió a negar con la cabeza. "Como he dicho, me voy."

"¿Por lo que pasó hace tantos años?"

"Sí, supongo. Aún así..."

Maia agarró la mano de Lucy. "¿Harías algo por mí?"

Lucy se sintió aliviada por el cambio de tema. "Por supuesto. Sabes que lo haré. Cualquier cosa".

"Dile a Razeen lo que te pasó."

"Eso es una tontería. ¿Por qué? ¿Por qué quieres que haga eso?"

"Sólo díselo. Tienes que compartirlo con él".

"¿Por qué?"

"Dijiste que harías cualquier cosa por mí. Estuviste de acuerdo. Tengo a Noor como testigo".

"¡Maia! No me extraña que Mohammed cayera rendido a tus encantos. Es imposible decirte que no. Está bien. Se lo diré, si debo hacerlo".

Maia sonrió muy satisfecha de sí misma. "Bien".

"Aunque no tiene sentido. No me quedará aquí".

"Sólo díselo. En cuanto vuelvas a Sitra, díselo".

LOS SUAVES rayos de sol se filtraban a través del calado de la antigua pantalla, proyectando intrincadas sombras sobre el escritorio de Razeen. Cerró el portátil y se frotó los ojos.

"Su próxima cita es aquí, Su Majestad."

Razeen frunció el ceño. "No tengo".

"La persona apareció y pensé que querías verla".

"¿Ella?"

Su nuevo ayudante sonrió y Razeen se levantó de un salto. Sólo podía significar una cosa.

"Hazla pasar".

Razeen esperó a que entrara. Quería acercarse a grandes zancadas y estrecharla entre sus brazos, pero no podía precipitarse. Ella se había mantenido reservada con él, a pesar de todo lo ocurrido. Se agarró al respaldo de la silla para contenerse. No lo consiguió.

Se acercó y la estrechó entre sus brazos. "Lucy. Le levantó la barbilla para poder ver la expresión de sus ojos. No era tranquilizadora. Dejó que sus manos se deslizaran a su lado y le indicó que tomara asiento. Se sentó en su silla al otro lado del escritorio, esperando poder mantener las distancias. "¿Cómo se ha instalado Maia de nuevo en su casa?"

Lucy resopló y sacudió la cabeza. "No sé cómo pudo vivir así". Se encogió de hombros. "Pero parece feliz y", sonrió, "Noor está prosperando".

"Bien". Él no podía apartar los ojos de ella, pero ella fijó la mirada en el escritorio, como fascinada por la parte trasera de su ordenador.

"Bueno", suspiró, "estoy aquí para despedirme".

El corazón de Razeen se hundió. "¿Tan pronto?"

"Puede ser. Volver a mi vida".

Su alegría al verla aquí se evaporó al instante, sustituida por irritación. ¿Cómo podía no ver lo que era tan obvio para él y para Maia? Ella pertenecía aquí con él. "¿Y qué vida es esa exactamente?"

Ella le miró con una tristeza que cortó inmediatamente su ira. "*Mi* vida, eso es. Seguir adelante, aceptar el siguiente trabajo y luego el siguiente".

"No puedes seguir así para siempre".

Se encogió de hombros. "No veo por qué no".

"¿Por qué no parar aquí, en Sitra? Quieres a tu hermana, verás crecer a Noor. He oído que aún no has visitado la clínica, a pesar de las numerosas invitaciones. Podrías pasar tiempo con Aakifar y su familia y amigos".

Su rostro se relajó al pensar en sus nuevos amigos. "Por cierto, gracias por darle a Aakifar tan buenas referencias. Le encanta su trabajo en la clínica. Son gente estupenda y he oído que la clínica está haciendo un trabajo muy interesante en torno a la dieta y los suplementos. Pero..."

"Entonces, quédate".

"No me necesitan".

"Tal vez, pero yo sí".

Ella le sostuvo la mirada. Permanecieron en silencio durante largos minutos. "¿De *qué* estás hablando?"

"Quiero que te cases conmigo, Lucy. Me enamoré de ti en cuanto te vi, al salir del mar, y cada vez es más fuerte, estés aquí conmigo o no. Te siento aquí", se golpeó el corazón con el puño, "y quiero que estés conmigo".

Una sonrisa triste se dibujó en su rostro. "¿Me he vuelto aceptable, con mi interés por la clínica, con mi relación con las mujeres? ¿Es eso? Lucy Gee se ha vuelto aceptable de repente. Bueno, Razeen -sacudió la cabeza-, te equivocas. No soy aceptable, ni para mí ni para ti".

"¿De qué demonios estás hablando, Lucy?"

"Tengo que decirte algo". Miró sus manos fuertemente apretadas. "Algo sobre mí. Puede que te ayude a entenderlo". Se encogió de hombros. "Personalmente no creo que lo haga, pero Maia me ha dicho que tengo que decírtelo".

Frunció el ceño. "Continúa".

"Tengo que seguir moviéndome, simplemente tengo que hacerlo. No me quedo en un sitio

mucho tiempo. No puedo".

"Lo sé, has dicho que estás decidido a experimentarlo todo, a disfrutar de la vida al máximo. Pero esperaba que tu reciente experiencia hubiera cambiado las cosas. Que pudieras ver que vivir aquí, quedarte en un lugar aquí, conmigo, podría traerte felicidad".

"Necesitas una esposa que sea feliz quedándose en un lugar, una esposa que quiera tener hijos. Yo no soy esa esposa y nunca pienso tener hijos".

"Eso cambiará".

"No, no lo hará."

"Lucy", extendió la mano y la agarró de las manos temblorosas. Ella las apartó de él.

"Tenía quince años cuando tuve un bebé".

El dolor le cortó las tripas. Así que aquello era el origen de todo. Tragó en seco, haciendo acopio del autocontrol que necesitaba para no saltar alrededor del escritorio y tomarla en sus brazos. Eso no la ayudaría. Sólo hablar. "Continúa.

"Fue un parto fácil". No levantó la vista hacia él, siguió hablando con el escritorio. "No como el de Maia". Se rió a medias. "No, fue después cuando las cosas fueron de mal en peor. No quería ver al bebé, lo rechazaba de plano. Y, debido a mi edad, los médicos, los trabajadores sociales y Maia accedieron a mis exigencias de adoptar al niño. Sólo mucho después me diagnosticaron depresión posparto". Seguía sin mirarle a los ojos, como si tuviera miedo de lo que pudiera encontrar allí. "Así que, como ves, no estoy preparada para ser madre. Los hijos, el matrimonio, eso es para otras personas, eso es lo que hace la gente que vive la vida de la manera correcta. Yo no. No sé hacer otra cosa que herir a la gente y seguir adelante". Sus ojos siguieron los agitados movimientos de sus manos mientras ella hundía con fuerza las uñas en la palma de la otra mano, como si quisiera sustituir el dolor que sentía en su interior por dolor físico. Se aclaró la garganta. "¿No tienes nada que decir?"

"¿Qué le pasó al niño?"

"Murió. Joven. No entraré en detalles, pero resultó que la gente que lo adoptó tenía menos idea de cómo criar a un niño que yo. Si lo hubiera tenido conmigo, habría vivido".

"De ahí su interés aquí".

"Por supuesto. Siempre estoy intentando compensarlo, siempre enfadado conmigo mismo. Así que ahora sabes lo estúpido que soy".

"Sí."

Por primera vez desde que había hablado le miró con una sonrisa triste y resignada. "Estás de acuerdo conmigo, entonces. Soy culpable".

"Sí, eres estúpido. Sí, tienes la culpa. Pero no por lo que te ocurrió cuando eras poco más que un niño". Saltó de la silla y se paseó detrás del escritorio. "Me enfureces. ¿Cómo pudiste castigarte por algo así? Eras joven y estabas sola, aparte de una hermana que también era aún una niña. Claro que no eres culpable. ¿Cuándo dejarás de castigarte?"

"¿Castigarme? ¿Moviéndome, divirtiéndome, disfrutando de nuevas experiencias?"

"Castigarte huyendo. Tan pronto como puedas ser feliz, te vas. Detente. Quédate. Aquí. Conmigo."

"¿No has oído una palabra de lo que he dicho?"

Siguió caminando. "¿Recuerdas cuando nos conocimos? ¿Junto a la piscina te expliqué lo del *djullinar*, el monstruo que obliga a la gente a enfrentarse a aquello que más teme?"

"Me acuerdo. Creo que eres el *djullinar*. Me has hecho pensar más en mi pasado que en ningún otro momento de los últimos ocho años".

"Entonces haz algo al respecto. *Lucy*, sólo tenías quince años. No puedes seguir culpándote eternamente. Eres joven, tienes una vida que llevar, una vida aquí, conmigo". Dejó de pasearse, le cogió las manos y se las apretó con fuerza, haciendo círculos con los pulgares sobre sus puños apretados. "¿Qué tengo que hacer para que veas?"

"Necesitas una familia. Necesitas hijos. No puedo ir allí. No puedo arriesgarme. No sirvo para esas cosas".

"¿De verdad? ¿Y cómo lo sabes exactamente?"

"Simplemente lo sé".

Le soltó las manos. "Si me quisieras te arriesgarías. Obviamente no me amas lo suficiente". Se sintió enfermo de ira, frustración y un amor que ella no quería.

Ella no se movió inmediatamente. Prácticamente podía nombrar las emociones que revoloteaban por su expresivo rostro. Confusión, tristeza, resignación...

"Tengo que irme. Tengo que irme". Su voz era tan pequeña, diminuta y suave como si una brizna de viento se la fuera a llevar.

Extendió la mano y pasó el dedo por debajo de la brújula que colgaba de su cuello. "¿Y adónde te llevará esta vez tu brújula? Alex dijo que siempre habrá un trabajo para ti con él".

"Le preguntaste, ¿no?"

"Por supuesto. Quiero que estés a salvo. Quiero que te cuiden, si yo no puedo hacerlo". Dejó caer la brújula. "Será mejor que te vayas, entonces."

No se lo iba a poner fácil. ¿Por qué iba a hacerlo? Se quedó mirando mientras ella se daba la vuelta y se iba. Se detendría en cualquier momento. Seguramente se detendría y vería que él hablaba con sensatez. Entonces ella abrió la puerta en silencio y él contuvo la respiración, esperando a que se diera la vuelta. Pero entonces ella desapareció y la puerta se cerró. Por un instante, la frustración lo invadió y quiso ir tras ella y arrastrarla a sus brazos, hacer que se quedara. Pero sabía que sería inútil. *Sentía* que ella lo amaba, pero sin que ella se lo dijera, no podía estar seguro. Estaba seguro de que era el miedo lo que le impedía quedarse. Pero no se podía *obligar* a nadie a enfrentarse a sus miedos, lo sabía por experiencia. Pero tal vez la fuerza no era el único camino. Cogió el teléfono.

LA INVITACIÓN a la clínica había sido inesperada y no deseada: interfería con sus planes de viaje y con la autodisciplina que necesitaba para abandonar a Razeen. Podría haberla rechazado, como había hecho con las invitaciones anteriores, si no se la hubiera entregado en mano Aakifah, con su hermana pequeña en la cadera, de ojos brillantes y traviesa, ya totalmente recuperada de su anemia.

Mientras Lucy observaba cómo Aakifah charlaba con facilidad con las mujeres de la clínica, se dio cuenta de lo mucho que le gustaba su trabajo allí y de lo bien que encajaba en la clínica. Lucy se sintió bien al darse cuenta de que había hecho algo valioso por su amiga.

Después de intercambiar unas palabras con Aakifah, la recepcionista se volvió hacia Lucy con expresión desconcertada. "La directora que te invitó ha sido convocada a una reunión y me ha pedido que te presente a la paciente más reciente. Pero le gustaría hablar de algo contigo más tarde, después de tu visita". Aakifah parecía insegura. "Si te parece bien, Lucy".

"Claro". A Lucy le pareció extraño, pero supuso que la naturaleza del trabajo de la clínica

haría difícil que el director se ciñera a un horario.

Aakifah la llevó a un extremo de una larga habitación donde una mujer muy joven estaba sentada sujetando a un bebé fuertemente contra su cuerpo. Mientras sus brazos sujetaban al niño, sus ojos parecían desconectados, enormes, aterrorizados.

Se saludaron formalmente y luego Aakifah acercó un par de sillas junto a la mujer.

"Esta es Hala. Su marido es..."

"¿Tiene marido a su edad?" Lucy interrumpió. "No puede tener más de, ¿qué? ¿Diecisiete?"

Aakifah se encogió de hombros. "No es raro en nuestra cultura. Su marido está en el extranjero ganando dinero y ella vive con su familia, pero no entienden por qué llora todo el tiempo".

La vacilación de Lucy fue breve. "Dile que lloré todo el tiempo". Aspiró con dificultad. "Cuando tuve a mi bebé".

Aakifah enarcó las cejas, sorprendida, pero no dijo nada más que traducir las palabras de Lucy.

La joven dirigió a Lucy sus grandes ojos atónitos y habló rápidamente.

"Quiere saber si la familia de tu marido te ayudó".

Lucy pensó en el adolescente al que apenas conocía y cuya familia no había conocido. Ella quería amor y resultó que el chico sólo quería sexo. Cuando ella se dio cuenta de que estaba embarazada, él ya se había ido con otra.

"No. No lo hicieron."

"Dice que eso es triste y quiere saber quién te ayudó con tu nacimiento si tu familia no lo hizo".

"Dile que estuve en el hospital. Era muy joven, más joven que ella, pero tenía a mi hermana conmigo".

Aakifah abrió la boca para traducir la respuesta de Hala, pero negó con la cabeza, con los ojos llenos de simpatía por Lucy.

Lucy puso la mano sobre Aakifah. "No pasa nada. Dime lo que dice".

"Quiere saber qué color de ojos tenía tu bebé. ¿Eran verdes como los tuyos?"

Lucy se tragó el dolor y cerró los ojos como pensativa. "Umm, déjame ver". Pero sólo podía visualizar a su bebé con los ojos cerrados por el sueño o entrecerrados mientras gritaba. Y había estado llorando mucho la última vez que lo vio. Lo había dejado en el moisés, gritando, y se había alejado y escondido en un rincón apartado del hospital. No la habían encontrado en horas. Respiró entrecortadamente. "Eran azules".

"¿Y ahora? Quiere saber si siguen siendo azules".

Si la primera pregunta la había atravesado, ésta sondeó profundamente en la herida. "Sí, todavía azul". A veces una mentira era mejor que la verdad. Más duro para ella, pero más fácil para la joven.

"Quiere saber si odiabas a tu bebé".

Lucy tragó saliva. "I..." Era demasiado difícil. Pero los ojos de la joven siguieron clavados en ella con una desesperación que reconoció. "Odio" es una palabra para describirlo. Tenía miedo. No lo quería. Y me odiaba a mí misma tanto como al bebé".

Aakifah tradujo, con las cejas fruncidas por la confusión, su cortesía innata negándose a permitirle cuestionar a la propia Lucy.

"Quiere saber cuánto duró el odio".

Lucy se mordió el labio. "No mucho. Dile que tiene que tomarse cada día como veng,

aceptar ayuda, cuidar de sí misma y pronto descubrirá que mira al bebé con amor. Y ese amor no hará más que aumentar". Lucy se levantó y rodeó con la mano la mejilla redondeada del bebé antes de dejar caer la mano sobre el brazo de la mujer. "Y dile que no está sola. Muchas, muchas mujeres sufren como ella con estos sentimientos después del parto y se recuperará".

Lucy vio cómo el alivio llenaba el rostro de la mujer.

Aakifah se volvió hacia Lucy. "Dice que pensaba que estaba sola en esos sentimientos". Lucy negó con la cabeza y la joven sonrió. "Dice que te agradezca tus palabras".

"De nada". Lucy se levantó. "Tengo que irme ya. Hay cosas..." Sacudió la cabeza con impotencia. La verdad era que había tenido que ahondar en el dolor que llevaba consigo y su propia pena ahora le desgarraba el corazón, reclamando atención. Tenía que irse antes de derrumbarse. "Creo que necesito un poco de aire".

Caminaron en silencio unos instantes hasta que llegaron a una puerta que daba a un patio frondoso. Aakifah se volvió hacia Lucy. "¿Es cierto? ¿Todo lo que has dicho?"

"Más o menos. Dejé de odiar al bebé, pero fue demasiado tarde para mí. Nunca dejé de odiarme a mí misma".

"Entonces creo que ya es hora de que pares, ¿no?"

¿Ah, sí? Al recordar a la joven aterrorizada, de repente se vio a sí misma, allí sentada, aterrorizada y dolida. La chica no era culpable de nada excepto de honestidad, igual que ella no había sido culpable de nada. ¿Era demasiado tarde para empezar a vivir de verdad?

LUCY VACILÓ entre las sombras y su corazón se dirigió a Razeen, que permanecía inmóvil en el balcón de piedra. Tenía las manos metidas en los bolsillos y la tensión de los hombros denotaba cansancio, mientras miraba sin comprender hacia el cielo violeta, donde aún se veía la estela de vapor blanco del avión en el que Lucy debería haber estado.

"Razeen..." Tal vez habló demasiado bajo, porque aunque Razeen se puso un poco rígido, no se movió, se limitó a sacudir la cabeza como para despejarla de algún pensamiento.

Dio un paso hacia él, pero antes de que pudiera tocarlo, él se volvió y ella se detuvo en seco, detenida por la intensidad de su expresión. Abrió la boca para hablar, pero no salió nada. Se aclaró la garganta.

"No te fuiste entonces".

Sacudió la cabeza y sonrió, sintiéndose repentinamente insegura. "No."

"¿Perdiste tu vuelo? ¿Vas mañana en su lugar?"

Volvió a negar con la cabeza. "No. Bueno, no lo sé. Pensé que podría, bueno, quedarme". Él se quedó callado y ella continuó, tratando de llenar el silencio con palabras, cualquier palabra, cualquier cosa que pudiera diluir la tensión en el aire. "Fui a la clínica. Fue", se encogió de hombros, parpadeando, "increíble. Me ofrecieron trabajo allí. Y pensé que podría...", cometió el error de captar su mirada ardiente, "quedarme...".

"Quédate..." Sus labios se torcieron pero sus ojos seguían tristes. "Te quedarías por el trabajo. Me alegro. Me alegro. Estoy seguro de que lo disfrutarás".

"Sí", asintió ella, queriendo explicarse, queriendo contarle exactamente lo que le había pasado en la clínica, pero incapaz de encontrar las palabras bajo su intensa mirada. "Yo..."

"¿Cuánto tiempo te quedarás?"

Una pregunta directa con la que podía lidiar. "No tengo planes de seguir adelante."

Dio un paso hacia ella. "¿Sin planes? ¿Qué pasó con la mujer que tenía que seguir moviéndose, seguir corriendo. ¿Adónde fue?"

"Dejó de huir. Encontró a un hombre que creyó en ella, que le dio ganas de quedarse".

Cerró los ojos como si le doliera y dejó caer la frente sobre la de ella. "Pensé que te habías ido. Pensé que me habías dejado".

"No, estoy aquí. Y, si me quieres, me quedaré aquí. Te quiero, Razeen". Él cogió su brújula y la examinó como si tratara de ganar tiempo. Durante un largo instante, ella se preguntó si se había equivocado, si él no la amaba después de todo. Pero tenía que continuar; tenía que averiguarlo. "Razeen, ¿no lo entiendes? La brújula te señala a ti".

"Lo entiendo perfectamente. Significa, Lucy, que siempre puedes encontrarme".

"Sólo si quieres que te encuentren".

Él sonrió, le pasó los dedos por el pelo y le acercó la cara. Su aliento era cálido en la cara de ella, el rizo de sus labios la invitaba; pero fue en sus ojos donde por fin encontró la respuesta que había estado buscando, la respuesta confirmada por la palabra susurrada contra sus labios. "Siempre."

EPÍLOGO

Lucy vadeó por los bajíos hasta llegar a la arena aún caliente. Era el atardecer, su momento favorito del día. La bruma violeta que mantenía a raya la oscuridad desaparecería en un momento y la remota cabaña sería el único faro de luz en la oscuridad circundante. Siempre disfrutaba de su baño solitario, pero sólo porque sabía lo que le esperaba.

Subió corriendo el corto tramo de escaleras hasta el porche de madera, cogió una toalla de un montón y se secó rápidamente.

Caminó en silencio por el suelo de madera oscura y abrió una puerta de un empujón. Los gemelos estaban profundamente dormidos. La luz nocturna mostraba a Taban tumbado boca abajo, con las mantas quitadas, el trasero vestido de pijama al aire y la cabeza cubierta por un brontosaurio muy querido. Sonrió para sus adentros. Imaginó que Razeen era como su hijo cuando era niño. Desde por la mañana hasta por la noche, cuando se quedaba dormido en la última postura. Lo metió suavemente en la cama, le destapó la cabeza, lo arropó y le dio un suave beso en la mejilla. Murmuró algo incomprensible y volvió a dormirse.

Entonces Lucy se volvió hacia Sabuhi. Estaba tumbada de lado, con las manos recogidas bajo la mejilla. Era tan morena como su gemela, tan seria como su hermano, tan alegre. Acarició el espeso y delicioso cabello, apartó un mechón caliente de su cara y bajó un beso hasta su mejilla. Sabuhi abrió los ojos, sonrió con confianza y cogió la mano de Lucy y se la llevó a los labios. "Te quiero, Ommy".

Lucy se llevó los puños conjuntos a los labios, en una rutina nocturna que siempre parecía calmar a su hija más nerviosa. "Te quiero más. Duerme bien, cariño".

Se volvió hacia la puerta y contempló a sus dos hijos, abrumada por el agradecimiento. Dio un respingo cuando Razeen la atrajo con fuerza contra su cuerpo y deslizó las manos alrededor de su vientre de embarazada en una dulce caricia. "Así que esta vez no son gemelos".

"No, sólo uno. Vergüenza".

"¿Por qué?"

Cerró la puerta, se volvió hacia él y le besó profundamente. "Tardaremos más en alcanzar el número requerido".

"¿Y eso es?"

"Al menos uno más que Maia. Somos muy competitivos, ya sabes". No pudo evitar sonreír ante su expresión. "Y ella quiere al menos cuatro".

"¿Cuatro? Pero eso significa..."

"Seis, al menos seis. No puede haber un número impar".

"¿Y sabes lo que eso también significa?"

Sacudió la cabeza.

"Practica. Mucha práctica".

Deslizó las manos hasta su trasero, la atrajo contra sus caderas y la besó de una forma que la hizo olvidarse de los números, de todo excepto del poder del amor que existía entre ellos: un poder superior a cualquier fuerza magnética de la Tierra.

EL FIN

¡Compre ya el próximo libro de la serie!



Cada día, el jeque Tariq descubre algo nuevo sobre Cara: cualidades que rompen la coraza protectora que había construido a su alrededor y habilidades lingüísticas que puede utilizar en beneficio propio y de su país. Mientras Cara no sepa que la está utilizando, Tariq tendrá éxito.

Aquí tienes una reseña de Despertada por el jeque para que te hagas una idea de lo que te espera.

"Este libro y esta serie lo tiene todo. Amor romance sensualidad misterio e intriga..."
(Amazon.com)

Despertado por el jeque

POSTFACIO

Gracias por leer *La amante perdida del jeque*. Espero que les haya gustado. Las reseñas son siempre bienvenidas: me ayudan a mí y a los posibles lectores a decidir si les gustará el libro.

La serie de los Reyes del Desierto comprende:

Se busca: Una esposa para el jeque
La novia de ganga del jeque
La amante perdida del jeque
Despertada por el jeque
Reclamada por el jeque
Se busca: Un bebé para el jeque

El próximo libro de la serie Los reyes del desierto está protagonizado por Tariq y Cara en *Despertada por el jeque* (extracto a continuación).

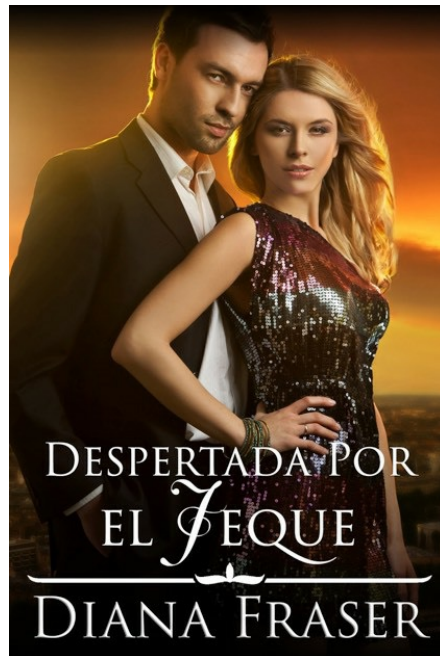
¡Feliz lectura!

Diana

<https://dianafraser.com>

DESPERTADA POR EL JEQUE

LIBRO 4 DE REYES DEL DESIERTO-TARIQ Y CARA



Cara Devlin, que mide 1,70 m, está acostumbrada a pasar desapercibida... hasta que habla. Su voz sexy le había valido los anuncios de locutora, y son sus tonos aterciopelados los que le consiguen el puesto de traductora del rey de Ma'in, un trabajo con un sueldo que le permitirá abandonar Ma'in y empezar de cero. Un nuevo comienzo lejos del país donde su futuro ex marido la traicionó a ella y a su familia para su propio beneficio. Sólo una semana más en Ma'in y será libre para empezar una nueva vida.

Desde que murió su infiel esposa, el rey Tariq de Ma'in se dedica a tres cosas: sus hijos, su país y permanecer soltero. Cuando su hermano le contrata una traductora que no necesita, Tariq no se deja impresionar. Pero, cuando escucha la seductora voz de Cara, decide que ella puede quedarse, siempre que no le distraiga de las reuniones más importantes de su vida, en las que pretende recuperar el control de la riqueza de su país. Pero cada día descubre algo nuevo sobre Cara: cualidades que rompen la coraza protectora que había construido a su alrededor, y habilidades lingüísticas que puede utilizar en su propio beneficio, y en el de su país. Mientras Cara no sepa que está siendo utilizada, tendrá éxito.

Extracto

"Estás callada, Cara. He estado matando el tiempo, nadando, intentando sacarte de mi mente. Esperando hasta el desayuno cuando pudiera verte razonablemente de nuevo".

Tragó saliva, sin atreverse a creer lo que estaba oyendo.

"¿Sientes lo mismo que yo?" Le apartó el pelo. "Dímelo ahora, si no es así, y retiraré mi mano de tu brazo. Dímelo rápido", susurró mientras acercaba su cabeza a la de ella, "para no equivocarme".

Aspiró de repente, mientras su cercanía inundaba sus sentidos con su olor, su presencia, sus ojos, sus labios, tan cerca de los suyos. Pero tampoco quería equivocarse. "No sé lo que sientes, así que ¿cómo puedo decir si es lo mismo?".

Le levantó un mechón de pelo y sus ojos recorrieron la ondulación entre las yemas de sus dedos. "Tan cauteloso. Bueno, no lo seré. Cada hora de cada día que he estado contigo, te has ido revelando ante mí, poco a poco, como si tu brillo fuera demasiado abrumador para revelarlo de golpe. Nunca había sentido tantas ganas de estar con alguien. Cuanto más sé de ti, más quiero saber. Pienso en ti por la noche, antes de dormir, y vuelvo a pensar en ti cuando me despierto. Y luego están mis sueños. Cara, quiero hacer el amor contigo, pero sólo si estás segura, porque no puedo prometerte nada más allá de ahora. Mis relaciones son, por necesidad, breves y casuales. Quiero que mis hijos se críen correctamente, sin ningún susurro de escándalo. No puede haber más futuro que el que tenemos en el presente".

Asintió con la cabeza, con la garganta demasiado contraída para decir nada. La respiración se le entrecortaba y los ojos se le humedecían de emoción. Él frunció el ceño, como si no estuviera seguro de lo que quería decir. Ella volvió a asentir con más fuerza. "Sí", consiguió susurrar. "Sí, te deseo. Y sólo por ahora también me vale".

Ella podría tenerlo todo. *A él. Ahora.* Y luego, decirle la verdad cuando él ya no la quisiera.

La cogió de la mano y volvieron sobre sus pasos hacia el palacio. Pero esta vez se dirigieron a la suite de Tariq.

Comprar ahora

OTRAS OBRAS DE DIANA FRASER

-British Billionaires-

El matrimonio por contrato del multimillonario

El CEO imposible del multimillonario

El bebé secreto del multimillonario

Conjunto de libros de multimillonarios británicos (serie completa)

-Los jeques del diamante-

A las órdenes del jeque

A las órdenes del jeque

El placer del jeque

Diamond Sheikhs Boxed Set (serie completa)

-Secretos de los jeques-

La venganza del jeque por seducción

El amor secreto del jeque

La trampa matrimonial del jeque

Secretos de los jeques (serie completa)

-Los jeques de Havilah-

El bebé secreto del jeque

Comprado por el jeque

La amante prohibida del jeque

Ríndete al jeque

Llevada al harén del jeque

The Sheikhs of Havilah Boxed Set (serie completa)

-Reyes del desierto-

Se busca: Una esposa para el jeque

La novia de ganga del jeque

La amante perdida del jeque

Despertada por el jeque

Reclamada por el jeque

Se busca: Un bebé para el jeque

Caja de los Reyes del Desierto (1-3)

Caja de los Reyes del Desierto (4-6)

Caja de los Reyes del Desierto (serie completa)

-Romance italiano-

La amante perfecta del italiano
Seducida por el italiano
El italiano apasionado
Una Navidad accidental
Romance italiano en caja (serie completa)

- Romances contemporáneos de pueblos pequeños-

-Los Mackenzie-

Un lugar llamado hogar
Secretos en Parata Bay
Escapada a Shelter Springs
Lo que ves en las estrellas
Segunda oportunidad en Whisper Creek
Verano en el Lakehouse Café
The Mackenzies Boxed Set (Libros 1-3)
La caja de los Mackenzie (Libros 4-6)
La caja completa de los Mackenzie

-Lantern Bay-

Tuyo para dar
Tuyo para atesorar
Tuyo para atesorar
Tuya para siempre
Para siempre
Tuya para amar
Lantern Bay Box Set (Libros 1-3)
Lantern Bay Box Set (Libros 4-6)
Caja completa de Lantern Bay

-Romance medieval-

Reclamar a su dama
Seduciendo a su dama
Despertando a su Dama
Caballeros de Norfolk (1-3)
Defendiendo a su Dama
Honrando a su Dama

* * *